

Enrique
González Rojo

Las Huestes
de Heráclito

editorial 
la palabra del viento

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

**LAS HUESTES DE HERÁCLITO
O
ASTILLAS DE INFINITO**

1988

Este cosmos, uno y el mismo para todos,
no ha sido creado por ningún dios, ni
por ningún hombre, sino que ha existido,
existe y existirá como un fuego eterna-
mente vivo, encendiéndose y apagándose
con arreglo a medidas.

Heráclito de Éfeso.

PROEMIO

El poeta no crece cuando calla:
no hay alpiste mejor para las aves
que los trinos.
No crece en un jardín de minúsculas.
No lo hace si se empeña
en examinar la anatomía de las hormigas,
en grabar el bramido de los espermatozoides,
en emprender una cacería de luciérnagas
hasta caer de luces
(víctima de un diluvio de paredes)
en un laberinto de minucias.
Es grande
cuando desde su pluma
(punto en que se acurruca el universo)
se pone a deletrear sus terquedades,
se encarama en los zancos de sus ojos,
tiene con el mundo un intercambio de palabras mayores,
entrevista al ser,
marca el número telefónico de la nada,
hace la radiografía del absoluto,
es el cronista
de la lucha cuerpo a cuerpo
de Dios y la materia.

I. LA CREENCIA Y EL BAUTISMO

1. *ORIGEN*

La creencia en Dios
surge cuando el hombre,
coyote metafísico,
sobre la punta de un peñasco
le busca barandales a su vértigo.

Brota cuando este ser
capaz de venirse a menos
más que nadie,
y que carga
el reloj de pulsera
de un gerundio,
se muerde las uñas
frente al cosmos.

2. *PROCEDENCIA*

Creencias sagradas y profanas,
nacidas tras de grabar un disco
con el cuchichear de un ángel
o leer alguna de las octavillas
en la que se nos asegura el advenimiento
de la perfección,
se multiplican como los panes y los peces
horneados sin cesar por el mismo milagro.
Delirios, hongos enajenógenos, ideologías
emanan de las más opuestas Sagradas Escrituras,
partidos,
Estados,
deseos elevados a infinita potencia
o rodillas muertas de miedo.

3. *¿RECOMIENZO?*

¿Morir es encontrarle
la cuadratura al círculo?
¿Dar, en el cajón mortuario,
en su alcancía de rincones,
con la serpiente bíblica;
pero ahora, en plena curvatura,
gozando del sabor a manzana
de su cola?

4. *LUX AETERNA*

Puedes hallar al Señor,
me insiste el sacerdote
(asiendo, en las solapas de mi traje,
el punto menos obcecado de mi resistencia)
si le das a oler al sabueso de tu búsqueda
jirones de eternidad.
Y, sabedor de mi entusiasmo por las imágenes,
apunta:
la luz eterna se ubica
a la distancia de un empecinamiento,
a la vuelta de un ahínco,
al triste espectáculo de las preguntas
que llevan como respuesta
la cola entre las patas.

5. *PILA BAUTISMAL*

"Yo te bautizo en nombre del Padre,
del Hijo y del Espíritu Santo",
así dijo el sacerdote,
y él dejó de ser
un juguete de la biología,
el anónimo de células abandonado por las leyes, naturales
en el quicio de una puerta,
el incidente de uñas y pestañas que padece
la enfermedad mortal de ser
y el mocosito que avista a sus padres, tíos, abuelos
desde un diminutivo,
para encarnar un nombre,
embarcarse de polizón en la propia finitud,
firmar lo mismo algún sollozo
que un poema.

A partir de ese entonces,
no portando más equipaje que el agua y que la sal,
era de los pies a la cabeza,
de la cabeza a sus más ambiciosas fantasías,
un nombre y apellido,
el puñado de vocablos de su ser en el mundo,
el embrión en pañales de su rúbrica.

El sacerdote le dio el ser,
la diferenciación,
la carta de identidad
y el pasaporte para su propia sangre.
Átomo que carga su mismidad al hombro,
punto que en una línea se resiste
a que sus fronteras se diluyan,
él es entonces un ente que habrá de conservar,
lo mismo en un sepulcro irrelevante
que en la rotonda de los polvos ilustres,
la acción perpetuadora del bautismo.

Tras de su muerte,
le sobrevivirán las letras que lo informan,
la fría obcecación de su acta de nacimiento,
para al fin desvanecerse entre los pliegues

de la temporalidad desmemoriada.
El epitafio es en verdad
el último de nuestros estertores.

6. *LA CONFESIÓN*

Lo que deseo ofrecerle,
padre,
no es un retrato mío
sino una de mis radiografías.
Lo que busco
es la absolución a mis entrañas.
Lo que ansío
no es recitarle la lista completa de mis pecados,
o mis llagas más dulces,
sino develarle la efigie del antropoide
que, después de vomitar a Adán,
torna a su vida aérea,
mece sus intimidades en el árbol,
y se niega a cambiar una parra
por una de sus hojas.

7. DECISIÓN

Los padres de esa joven
decidieron
llevar a bendecir una camisa
de
fuerza,
cuando la oyeron confesar
que su cuerpo era un campamento
de zonas erógenas,
que comía pedazos de cielo,
que había tenido
breves experiencias de levitación
(encaramándose a su primer milagro)
y que hasta hablaba con Jesucristo
en las galerías más oscuras
de la complicidad.

II. PASAJES BÍBLICOS Y SENTIMENTALES

I. *METAPSICOLOGÍA*

Tras de sufrir la operación quirúrgica
que le extrajo del cuerpo
la soledad,
tras de ser hipnotizado por una larga y reptante ponzoña
y tras de salir al campo a cortar palabras femeninas,
Adán le dio un primer mordisco,
en la manzana,
a su inconsciente.

2. *FE DE ERRATAS DE LA BIBLIA*

Adán,
tras de robarle sueños a la rama,
se quedó inmóvil,
masticando con los ojos la sorpresa,
al ver cómo emergía,
desde el pubis de su amada,
el árbol de los árboles.
Se supo entonces
el padre, no sólo de Caín
o de Abel
(la primera de las guerras mundiales)
sino de toda la especie
humana.
El tramo inicial del infinito sufrimiento
de los hombres.
Cayó en cuenta
de que ese dolor, mezclado con el semen,
volviéndose en el óvulo milagro,
estafeta de angustia que le pasan
los padres a los hijos,
es la prueba irrefutable
de la ausencia de Dios.
Y Adán,
arrodillado a la mitad exacta
de su estupor creciente,
rugió desencajado:
"Señor, Señor,
¿por qué te abandonaste?"

3. *LA SEGUNDA CREACIÓN*

Autocrítica de Dios,
el diluvio arrasó toda forma de vida
sobre el haz de la tierra,
hasta hacer que el universo mundo
se dividiera en enormes continentes de espuma
surcados por fantasmales carabelas de viento.
Noé, segundo primer hombre,
borrón y cuenta nueva,
cargó sobre sus hombros nuestra especie,
atesoró en el Arca
parejas de animales
que encarnan, en el deseo,
en la corriente eléctrica que atraviesa sus glándulas,
la unidad de contrarios,
la progenie,
la parte más excitable de la futura selva;
criaturas que han sido arrojadas al mundo
como mitades que se extrañan,
que sueñan con los lirios y la miel de un escondite,
que deambulan por la cubierta de la nave
con bocados de historia.

Como Adán redivivo,
logró casi la hazaña del eterno retorno.
De la resurrección de la manzana.
Del despellejamiento de lo efímero
en el cuerpo de la víbora.

Era lo mismo, sí, pero viviendo
en un punto diferenciado
de la identidad.
Era la segunda creación. El otro intento.
La nueva oportunidad a las manos de Dios.
Algo así como si bajo los rayos
del "nada hay nuevo bajo el sol"
se cumpliera un programa heracliteano.

4. *¿IMPOSTURA O MITO?*

Los tres impostores, Moisés,
Jesucristo y Mahoma.

Barón D'Holbach

Es sabroso ver cómo la manzana
se puso a enrojecer
por los siglos de los siglos
en la más aromática forma de ruborizarse
que visualiza la sospecha.
¿Embaucamiento o autoengaño histórico-social?
¿Bauer o Feuerbach?
Lo ignoro:
mi pluma guarda un solo grupúsculo de respuestas
para muchedumbres de preguntas.

5. REDEFINICIÓN

No fue un *Barbara* o un *Camestres*
lo que convenció a San Agustín
de la verdad cristiana.
Fueron las lágrimas de su madre:
la conclusión húmeda de las dos premisas
de pestañas y párpados y súplicas.
Su conversión se debió
al infatigable aletear de un pañuelo,
al par de estrías que el intenso trabajo de los ojos
grabó en la cara de Santa Mónica
y al Edipo más santo que registran los tiempos.
Por eso la teoría del Obispo de Hipona
debe ser explicada
no sólo como la síntesis
del platonismo y las Divinas Escrituras
sino como la síntesis
del platonismo y las Divinas Lloraduras.

6. *LENGUAS SUBMARINAS*

En las aguas
de todas las creencias
(incluyendo las que aducen
océanos completos
contra las pilas bautismales)
hay una catedral
sumergida.
¿Acaso no percibes
la campanada
que brota, ruge, rueda,
entre el flujo y reflujo
de los miedos,
llamando a dogma?

7. AUTOPSIA A LA DIVINIDAD

No es difícil descubrir
que tiene pies de harina
el coloso de colosos
que duerme al interior
de cada hostia.

De harina, sí,
pero de otro costal.

Cómo duele,
nada mía,
cerebro a ras del cuerpo,
saber que Dios
–la esperanza en cuarto creciente–
es un inefable,
sublime,
divino
cheque sin fondos.

8. *ENCRUCIJADA*

Una de dos:
en la hostia
(la abreviatura
del don de ubicuidad)
o se halla el todo
o está la nada.

El tercero, excluido,
recita eternamente
su impotencia.

9. *DEUS EX MACHINA*

La muerte, mis señores,
no fue creada
por el relojero.
Ni el semen
es hijo
de una excitación mayúscula.

Todo, lo que se dice todo,
fue empollado por las yemas
de los dedos
divinos.

No hay hoja, entonces,
que se venga abajo
sin el deseo de Dios.

Excepto la de la parra.

III. DIEZ MIRADAS A LA FE

1. *COMUNIÓN DEL ESCÉPTICO*

Con la hostia,
saboreé la bienaventuranza,
sentí todo el sistema digestivo santificado,
viví el difícil aletear de un ángel
en el cielo putrefacto de mis vísceras,
se me clavó la eternidad en el esófago
y me creí por un instante
digerir poco a poco lo perfecto.

Mas para mí,
para este hombre al que parió su madre
en los trapos más sucios de la historia;
para este yo
que gusta de esconder sus entusiasmos en diminutivos,
que se siente a sus anchas en el complejo de inferioridad
y que oye hablar a las deidades como quien oye llover;
para este individuo que,
cuando se hallaba pintando de un azul purísimo los cielos,
alguien le quitó la escalera
y lo dejó agarrado a la brocha de su duda,
lo sagrado es un manjar que acaba por atragantárseme,
alimento condimentado en demasía por lo incomprensible,
vianda que diviniza mi organismo
para crucificarlo.

2. *ORO SUPLEX ET ACCLINIS*

Era niño.
Y en un reclinatorio
hice que a mi oración
le dolieran las rodillas.
Recliné la esperanza en el regazo
de la promesa.
Me di
con el más allá
golpes de pecho.
Puse a Dios bajo mi almohada.
Sentí que me veía de reojo
el infinito.
Mas al llegar al amén,
al acorde perfecto de mis ansias,
me sorprendió el tufillo de azufre
de una duda.

3. *FIDES*

Se me empezó a desvanecer
como aquellas pinturas religiosas
que se van decolorando
hasta sólo exhibir,
entre tantas pinceladas de *tiempo*,
una *Sagrada Familia* de manchas
o una *Adoración* de sombras.
Alguien desencadenó contra mi pobre espíritu
la más grande estampida de vacilaciones
que se recuerde.
Y ahora
soy el padre superior
de un monasterio de dudas
que no hacen,
ay de mí, un voto de silencio.

4. *MARTIROLOGIO*

Primero por el lado del pecho y de los brazos,
luego por el del vientre y los tobillos,
después por todas partes.
De los pies a la certeza.
La fe se me fue despellejando.
La serpiente del paraíso cambió de piel.
Y al fin se estableció
un doloroso diálogo entre la carne viva y la intemperie.
Qué tragedia cargar en los hombros
el fardo de mi piel completa.
Qué desollamiento.
Qué desnudez de nunca acabar.

Soy, sin duda, el San Bartolomé del ateísmo.

5. *CREDO QUIA ABSURDUM*

Tertuliano:
en la lucha que mantuvieron en tu espíritu
la razón y la fe,
ésta se coronó campeona.
Creencia imperturbable, invencible, blindada.

Oh Padre de la Iglesia
olvidaste que nunca
–palabra que ahoga entre sus brazos
todas las excepciones–
nunca, nunca
baja la guardia lo imposible.

6. *MI RESISTENCIA*

Nada ha podido convencerme
de que existes,
Dios.

Ni la prueba ontológica,
ni la de la contingencia,
ni la de la causalidad.

No han podido persuadirme,
con su santa saliva, ni San Anselmo,
ni Santo Tomás.

Ni Gentry, ni Gioberti, ni Rosmini.

Ni siquiera,
te lo confieso,
el *Aleluya* de Handel.

7. *ICONOCLASTA*

La Iglesia se perdió a mis espaldas.
Las rodillas acabaron por volverseme
solamente un incidente abultado
de las piernas.
Las virtudes cardinales se me hicieron,
a las plantas de los pies,
tres montículos de polvo.
El sentimiento de culpa
dejó de habitar el tronido de mis dedos.
La verdad cambió de sitio.
La fe, ya sin el zumo,
levantó la escultura del bagazo.
El infinito se hizo del micrófono.
La dialéctica apareció por un momento
en todos los canales de la televisión.
Heráclito y sus huestes derrotaron
a todos sus enemigos.

Y la materia me ofreció su manzana.

8. *CONFIDENCIAL*

Entre los frailes cartujos
(que se muerden el áspid de la lengua
para exprimirle la ponzoña)
se han convertido algunos en escépticos.
Extremistas que juzgan
cualquier afirmación un desacato,
un acto irreverente
ante el cerebro.
Imposible identificarlos,
saber cuántos y quiénes son,
porque también los encubre
el hábito del silencio.

9. *SUSPENSIÓN DEL JUICIO*

"¡Oh preciosa *Epojé*! ¡Oh seguro y agradable retiro mental! ¡Oh, inestimable antídoto contra la presunción de conocimiento de los pedantes!"

(*Francois de La Mothe Le vayer*)

El escepticismo pirroniano,
oh Montaigne,
oh Charron,
hizo que la sedienta pluma del filósofo
abrevara tinta invisible,
que su actividad intelectual
fuera un manojo de páginas en blanco,
que pusiera su lengua en *epojé*,
que sus opiniones brotaran en sordina
y que hasta su silencio
se hallara entre signos de interrogación.

10. *CUANDO ADVIENE LA INCREDULIDAD*

¡Qué derrumbe!
¡Qué aguacero de dioses!
¡Qué lodazal formado
con el agua iracunda
del Diluvio!
¡Qué cielo
con los pies de barro!

IV. LA ORFANDAD

1. *DESORIENTACIÓN*

La torre del faro tuvo un corto circuito
(como si la luna se fatigase de contradecir a la noche)
y acabó con su luz guillotizada por el párpado.
Los barcos se han vuelto locos:
no logran adivinar el girar perpetuo,
en la torre del faro,
de la negrura.

2. *LÁMPARA VOTIVA*

Con lo que restaba de la quincena,
la mujer
(piadosa hasta el grado de cortarle
las alas al incienso)
compró una veladora
para alejar todo nuevo infortunio.
Al día siguiente,
se quedó sin su choza
(convertida en fácil presa de las llamas),
sin sus haberes
(transformados en un museo de cenizas),
sin sus hijos pequeños
(que mostraban carbonizados hasta los sollozos)
y sin su fe religiosa.
Ni siquiera le quedó, para consolarse,
el proyectil antiaéreo
de una blasfemia.

3. *LACRYMOSA DIES ILLA*

¿La luz del sol y de la luna
desaparecerán?
¿Los días se sucederán
como un rebaño de bocas de lobo?
¿Se vendrán a desplome las galaxias
como un aguacero de polvo incandescente?
¿Estallarán las "virtudes del cielo"?
¿Los océanos tomarán la palabra
y la tormenta agarrará por las solapas al paisaje?
¿El espanto, la tortura
hincarán sus picotas en el cuerpo?
¿Volveremos la vista a la búsqueda
de la constelación de la esperanza
y una ominosa estrella nos llevará de los ojos
hacia el "pesebre del Anticristo"
de tu energía nuclear, oh bomba?

4. *ETERNO RETORNO*

Qué tragedia intuir
que la jaqueca producida al pensar
en que todo retornará
de igual modo, cierto día,
al caer del mismo gránulo del reloj de arena,
me volverá a embargar
alguna vez, en otros tiempos,
por idénticas razones,
y a la hora exacta en que el reloj
ponga el mismo granito de arena
en la edificación de mi neuralgia.

5. *OTRA UBICACIÓN*

Mi fe,
incienso sin fragancia,
perfume que ha perdido su don de ubicuidad,
terminó por morderse los puños
y arañar las paredes del aullido.
Supo que en el diccionario de lo existente
no se encuentra uno solo de los versículos
del *Credo*,
del arca de palabras que los feligreses querrían
arrancar al naufragio.
Entonces
me vi en la necesidad
de cambiar de ubicación
las Escrituras:
las puse en ese hueco de mi biblioteca
que se halla entre las novelas de terror
y la literatura fantástica.

6. *GUSANOS VORACES NO SÓLO DE CARROÑA*

Dios les pertenece tanto a los creyentes,
es tanto, tan tantísimo su patrimonio,
que al llegar éstos a su postrer momento
mueren con todo y Dios.

Qué bálsamo.

Qué dulzura, por fin, de ya no ser.

El sepelio es entonces
una inhumación del tiempo
y sus delirios.

7. *REQUIEM*

Enarboló el ateísmo
de por vida.
Sin tronarse los dedos
una sola vez,
un instante,
una noche.
Sin flaquezas,
ni concesiones,
ni oportunismos.
Fue un ateísmo
que murió
en olor a santidad.

8. *ORFANDAD*

Zapatero: a tus zapatos.

A tu camino.

A tu deambular.

A tu cansancio.

A tu derrota.

A tu sepultura.

Zapatero: a tus olvidos.

V. NUEVE POEMAS SOBRE EL PECADO

1. *MORALIDAD I*

La felicidad parpadeaba al alcance de la mano.
A la distancia del atrevimiento.
A un tris de degustar en los pezones
la abreviatura del insomnio.
Mas el pecado
y su conspiración contra el cuerpo,
se convirtió en el nido de un ave de rapiña,
en un manantial de lágrimas termales,
en el punto
desde el cual el compás de la libido
empezó a trazar
concéntricamente
todos los círculos del paraíso
en llamas.

2. MORALIDAD II

Cirio encendido
por el deseo,
mi resistencia,
mi *porque sí* custodio,
mi superyó restañeante,
mi alambrada de benditas púas,
se me fue lentamente
derritiendo.

Poderoso caballero es don pecado.

3. *SANTA SIMPLICIDAD*

La verdadera agua bendita,
dijo Savonarola,
no se encuentra en la pila de la iglesia
–en el cuenco de la mano de Dios–
sino en los ojos
del pecador
arrepentido.

4. *TRIÁNGULO*

Nos revolcamos en el lecho
la culpa, tú y yo.
¡Qué intercambio, amor mío,
de fronteras!
Durante horas
tiene lugar
la lucha carne a carne
entre el pudor
y la audacia.
De pronto
unos zapatos se alejan corriendo
un adiós se unta en las paredes
la prisa se transforma en portazo
y yo me quedo en el lecho
revolcándome con la culpa.

5. *SORPRESA*

¿Quién me iba decir
–después de arrinconarte en la lujuria–
que el siguiente paso
consistiría en hojear
el catecismo que traías
entre las piernas?

6. *MONÓLOGO DEL FRAILE*

Cada pupila tuya
–mendrugo de esperanza
mordido por los párpados–
le da luz verde a mi boca.
Mi beso,
la desnudez completa a flor de labio,
se hace artículo inicial del estatuto dulce
de la complicidad recién nacida.
No obstante,
tras de torcerle el brazo a tus escrúpulos
y emprender la seducción de tus botones,
tras de romperle diques a mi tacto
y sentir que la sábana es el telón de fondo
para estar con tu cuerpo secreteándome,
me persigno,
me pongo a arrepentirme,
a desdecirme tiempo,
maldigo los geranios del delirio
y tomo aquí en la diestra
la frase *nunca más*
para empezar a flagelarme.

7. *INTERREGNO*

Lo sospechoso,
mi Señor,
lo que no tiene
perdón de ti,
lo que me inquieta,
sacude,
conturba
(como la zambullida de un escándalo
al centro de la serenidad
del agua)
es que,
cuando por fin la decisión
me hinca el diente,
el voto de castidad
lo empeño sólo
entre una mujer
y la que sigue.

8. *DESCRIPCIÓN*

Es de una honestidad violenta,
de una virginidad alzada en armas.
Halla *dulce compañía* en el ademán custodio
que da el trato de sucios moscardones a las tímidas
caricias
que la merodean.
Si se siente presa de la excitación,
con una voz ensordecedora en cada poro,
su intimidad se le oculta tras de los óleos más santos.
Si se arriesga a masturbarse
termina por ensartar una camándula
de remordimientos.

Su futuro es fácilmente predecible:
cuando tropiece con la trampa de lino
que le tienda otra epidermis,
cuando viva a todo volumen su cuerpo,
cuando se le desmayen los puentes levadizos de la
 resistencia,
alcanzará,
 jadeando,
 solamente
el orgasmo del pecado.

9. *¿SANTO O PERVERSO?*

Misericordioso,
como Vicente de Paul
(cuando ocupó el sitio
del condenado a las galeras)
tomó el lugar del pecador
(del drogadicto de epidermis femenina)
para evitarle el infierno.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

1. *PRIMER MANDAMIENTO*

Amarás a Dios sobre todas las cosas.
Sólo que, si descubres un vacío
(en la tierra, los cielos y en todo lugar)
de su tamaño exacto,
dejarás tus palpitaciones a los pies de un espejismo,
descansarás en el regazo de una quimera
que el pelo te acaricia,
harás de tu corazón un pobre satélite
que gira en torno de un sol acartonado,
agonizante, frío.
Y advertirás que Dios fue lo formado
con la costilla bíblica.

2. *SEGUNDO MANDAMIENTO*

No jurarás el nombre de Dios en vano.
No harás comparecer a lo absoluto
para dirimir las pequeñeces de lo relativo.
Dejarás al Señor en sus provincias
regando su silencio, cultivando su nada.
No jurarás el nombre de una quimera en vano.
No pondrás más garantía de lo que hablas
que tu lengua.

3. *TERCER MANDAMIENTO*

Santificarás las fiestas.
Reposarás al final de la semana
jubilando a tus músculos.
Descansarás al séptimo día,
chorreando sudor bendito,
después de fabricar a Dios,
sus entrañas,
sus provincias,
su desnudez de tiempo,
su complejo de causa.

4. *CUARTO MANDAMIENTO*

Honrarás a tu padre y a tu madre.
Venerarás al óvulo y al espermatozoide
que te armaron.
Enterrarás tus pies
ante cualquier impulso de volverte
el hijo pródigo.
Respetarás las canas del pretérito.
Escribirás poemas al regazo
y a la insomne parvada de caricias que sobre él
revoloteaba.
Testamento de células, honrarás a tus padres.
Cuidado con tu boca:
no hablarás sólo de Eros a tu madre
y a tu padre de Tánatos.

5. *QUINTO MANDAMIENTO*

No matarás.

No te convertirás en reloj de los otros.

No le arrojarás un puñado de estertores a tu hermano.

No reeditarán tus manos los ademanes de Caín.

No intentarás,

si débil de espíritu,

o Zaratustra anémico,

asesinar a Dios,

llegar con las manos manchadas de eternidad.

6. *SEXTO MANDAMIENTO*

No fornicarás.

No amueblarás tu mente con malas intenciones
(como el frutero que con arrimar una manzana a otra
muestra el álgebra de la concupiscencia).

No arrojarás almíbar a la luna.

No doblarás el brazo a la delicia
para volverla paraíso.

No formarás celadas de deseo,
zancadillas de tacto.

Estudiarás para ángel.

Que el ser mismo del hombre no se asome
ya más por la bragueta.

7. *SÉPTIMO MANDAMIENTO*

No robarás.

No sustraerás de la bolsa ajena tu pecado
y sus intereses de remordimiento.

No dejarás al prójimo
con un título de propiedad sobre un vacío.

No serás el solitario salteador
que, tras de sacarle filo a la amenaza,
cosecha una bolsa tintineante
del dorado guarismo de su júbilo.

No brindarás las tuyas a la banda
de manos de rapiña.

No permitirás tampoco que otros pongan a retozar
sus ansias dactilares.

No dejarás que la niña de tus ojos,
embarneada por la vista gorda,
por la pupila entrada en carnes,
se haga cómplice del robo
que acaece en los litorales de la displicencia.

No robarás. Y lucharás a corazón partido
contra la propiedad privada
para volver el robo en imposible,
fantasma del pasado,
glaciar en que tiritita la prehistoria.

8. *OCTAVO MANDAMIENTO*

No levantarás falso testimonio.

Te esforzarás porque tus labios hagan diariamente ejercicios espirituales.

Gozarás, complacido, el sabor de tu lengua.

Harás que la verdad se halle en tu boca como pez en el agua.

Tu diente le hallará

los pies de barro

a la moneda falsa

y al llegar a este punto, no dirás:

"Dar al César lo que es del César

y a Dios lo que es de Dios",

sino: "al pueblo lo que es del César

y al hombre lo que es de Dios".

9. *NOVENO MANDAMIENTO*

No desearás la mujer de tu prójimo.
No guardarás debajo de la almohada
los senos de la mujer prohibida.
Esconderás tus manos si las sientes
arremolinadas de tacto.
No desearás la mujer ajena.
A menos que ella dé indicios evidentes
(por ejemplo si te grita, al pasar a tu lado,
la blancura de sus muslos
o le pasa una mano de pintura fresca
a los umbrales del consentimiento)
de que desea
al hombre de su prójima.

10. *DÉCIMO MANDAMIENTO*

No codiciarás los bienes ajenos.
No suspirarás por el perro, los doblones
o la obra poética del hermano.
No pondrás tu cabeza,
a la hora de dormir, en la rocosa
tristeza por el bien ajeno.
Mas si el ambicionar lo de los otros
te lleva a conquistar tus pertenencias
(como si le entregaras un gránulo de azúcar al instinto)
volverás de revés el mandamiento,
te cambiarás de alcoba hacia la antítesis,
darás a la codicia carta abierta
y harás que en tu cerebro, poco a poco,
la materia encefálica
salga del escenario hasta dejarle
sus completos dominios a la envidia.

VII. UN CIELO CON LOS PIES DE BARRO

1. *LA OTRA PERSPECTIVA*

Si los hombres,
hambrientos de absoluto,
no hubieran detectado
un vacío sin fin en el estómago,
no habrían sido sus perplejidades:
preguntas que demandan, llorosas, la respuesta,
pechos que en lugar de vivir
se ponen a contar latidos,
pavores que hacen al corazón volverse pálido.
Tampoco se habría visto
ese tener-los-pies-en-la-tierra
del cerebro que se entretiene en arrojar
alas rotas a un cesto de basura.
Ni ese andar de su antorcha hincando el fuego
en todas las leyendas.
¡Qué paradoja,
Señor,
saberte sólo el atrio
de la materia!

2. *EN BUENA LÓGICA*

Los indicios, mi querido Watson,
te impelen a inferir
que este mundo ha sido creado por el demonio,
no por Dios
y las perfectas yemas de sus dedos.
Pero tu lógica
(como el asedio al sol
con argumentos de parafina)
te impide ver que el progenitor de nuestro mundo
no es a quien se suele atribuir tan singular criatura
ni tampoco a quien tú se la adjudicas.
Su autor es la materia.
La omnipotencia frágil y a retazos
de la materia.
Por eso toda muerte natural
es un crimen perfecto.

3. *CONTRAPUNTO*

El politeísmo se convirtió en monoteísmo.
El monoteísmo en panteísmo.
El panteísmo en ateísmo.
Del politeísmo al ateísmo
hay un largo calvario que finaliza
con la crucifixión del más allá.
Ciertamente la historia de nuestra orfandad
es, a un tiempo,
la historia de nuestra paternidad.

4. *CONJURA*

La rebelión del ángel
no constituyó un riesgo para la divinidad.
Fue una leal oposición al Todopoderoso.
El peligro se encuentra
en esa célula de la nada
que acaba de organizarse,
clandestinamente,
en el cielo.

5. *LA ESTRATEGIA*

La materia debe hacer frente común
con Dios Padre
para destruir el panteón decadente,
corrupto y hemofílico.
A continuación,
en lucha ininterrumpida,
debe expropiar al Rey de Reyes
su propiedad privada de todo cuanto existe,
y erigir, por último,
una férrea dictadura de consejos
donde estén representadas todas y cada una
de las leyes naturales.

6. *LA SUBVERSIÓN*

El primer rumor nació en un ángel de tantos,
con alas raídas y un lote en el cielo
de pocas hectáreas.
"La gracia, dijo, es un robo".
Y se escondió tras el velo del escándalo.
Hubo después un par de serafines
que emplearon todas las plumas de sus alas
en escribir sobre el tema.
"¿Cómo aceptar, preguntaban,
que haya ángeles, arcángeles, serafines, querubines,
potestades y dominaciones,
clases y castas en la topografía
de la misma perfección?" Y levantaron voces
contra la propiedad privada de la gracia divina.
Y a favor de que entre las criaturas celestiales
encarnara, sin privilegios, la bienaventuranza colectiva.
"En cuanto a Dios, decían,
no será necesario destruirlo,
simplemente, y poco a poco,
se irá extinguiendo"...

7. UNA COMPARACIÓN

Materia, estás en insondable desventaja
con la divinidad.
Nunca has enviado a un hijo tuyo a redimirnos.
Nunca has sido crucificada.
Nunca serás un laboratorio de milagros.
No hay una sola iglesia en el globo terráqueo
dedicada a glorificarte
ni a ensartar, flechadora del cielo,
las preces en los tímpanos escurridizos
de la primera causa.
No existen plegarias con pulmones de nunca acabar
para invocar tu nombre.
En ningún púlpito se leen versículos
de *El origen de las especies*.
No hay un solo canto gregoriano
que hable de los trilobites
o del ácido desoxirribonucleico.
En las pilas de agua bendita
nunca hay agua de mar. Nunca hay oleaje.
En los órganos, ahítos de Divina Providencia,
jamás se escucha la música de los astros
y el ruido y sus armónicos
del vendaval que derrota al follaje y al silencio.
No nos prometes otra vida,
tener, de corazón, un Ave Fénix,
ni liberar al tiempo que se encuentra
en el punto final acurrucado.

Estás en insondable desventaja
con el Señor de los ápices y las galaxias
porque tu pesebre está perpetuamente crucificado.
Pero tienes ganada la partida,
pues ¿qué puede el Rey de Reyes,
el ser que padece delirio de absoluto,
el ente que presume conocer la ecuación de lo perfecto,
frente a ti que, siendo la clave para descifrar todo enigma,
siendo el campo de batalla de las huestes de Heráclito,
te deslizas o corres, sudando eternidad,
sin dar nunca de bruces
en una dilución o un epitafio?

8. *INSPIRACIÓN*

Al estar revolviendo con la mano un matorral de ideas,
opiniones, certidumbres,
sentí de pronto el tremendo escozor de una mordida.
Torné los ojos,
abrí una interrogación desorbitada
y contemplé que el áspid de la infinitud
había, ay, confundido uno de mis dedos
con su cola.

9. *PERPLEJIDAD*

Hay quien piensa
que las pruebas de la existencia de Dios
–ese viaje redondo a la esperanza–
no son asumidas unánimemente por los hombres,
dada su soberbia, su vanidad
y su orgullo.
Y que, por eso,
esas "vías" vuelven evidente
no sólo la existencia de la divinidad
sino la del Príncipe de las Tinieblas.

¿Quién me iba a decir, Materia mía,
que mi humilde ateísmo
le iba a servir a alguien
para demostrar la existencia
del demonio?

10. *ANTÍDOTO*

Las campanas de la Iglesia
fumigan el ingenuo materialismo del poblado.
Ponen el más allá a la vuelta de la esquina.
Invitan a un recital de incienso.
Hacen rugir a Dios dentro del órgano.
Musitan muerte.
Llaman a infinitud.
Mueven a culpa.
Desencadenan,
entre relámpagos que tijeretean la atmósfera,
un chubasco de cielo.
Mas frente a los creyentes,
a los que buscan a Dios en el pesebre de su
 desgarramiento,
estamos quienes saben
que en cualquier puño de tierra
hay el número de larvas suficiente
para denunciar
el fraude musical que exhala el templo.

VIII. SIMPATÍAS, DIFERENCIAS

1. *LA TORRE*

Camposanto de lenguas,
pausado elevador dirigido hacia un cielo,
ruidoso, que ensordece,
en la Torre de Babel
a cada mudo
corresponde alguien que escucha
y a cada sordo
alguien que conversa.
Cada quien arroja,
a todo pulmón,
su autolenguaje.
Qué griterío.
Qué forma de obsequiarle al escándalo permanente
todos los atributos del silencio.
Aquí, todas las líneas telefónicas están cruzadas.
Aquí, cada individuo habla, oh Dios, un distinto dialecto
del hallarse solo.

2. *EL ASCENSO*

Que tiemblen las estrellas.
Materializando la audacia de los ojos,
la torre crece, crece.
Sólo le falta un adobe para llegar al cielo.
Cada quien a su sitio.
Que todo albañil le dé las instrucciones adecuadas
a sus músculos.
Arriba, mis audaces,
a la conquista del último centímetro.
No teman la derrota.
No se nos sorprenderá como la vez pretérita:
ya se ha ordenado la movilización
de todos y cada uno
de nuestros traductores.

3. *MI CAMARADERÍA*

No es lo mismo
el bajo que el alto clero.
El cura de la aldea
que calza sandalias de polvo,
que los más elevados ministros
que sufren (cuando se codean
con todos los superlativos)
de lo que podría llamarse
amnesia de pesebre.
Mi entusiasmo, mi camaradería,
el ala izquierda de mi corazón,
están con Hidalgo, Morelos,
y Camilo Torres,
o séase con toda sotana
raída, harapienta, decolorada
y olorosa a pólvora.

4. *MODERNIDAD*

Mi amigo,
teólogo de la liberación,
católico moderno,
me dice:
San Pablo odiaba el cuerpo,
la materia
y en especial el sexo femenino.
San Francisco,
por fortuna,
cambió las cosas
y extendió su amor
a las florecillas,
los lobos,
las estrellas.
Hoy sueño con que haya un nuevo Santo de Asís
que, reconciliado con sus instintos naturales, diga:
hermano cuerpo,
hermana excitación,
hermano orgasmo.

5. *ARETINIANA*

No pocos sentimos
el deseo inconfesable
de seducir a una monja,
de obsequiarle, detrás de una puerta, la malicia,
de restablecer la línea telefónica que nos permita hablarle
a sus instintos,
de guiñarle el ojo a su "ello",
de pavimentarle el camino hacia su aceptación.
No pocos sentimos
el satánico propósito de cambiarle a nuestra monja
los buenos por los malos hábitos.
Mas nos mordemos la punta de los dedos,
congelamos nuestro paso por los siglos de los siglos,
metemos el freno de mano de la resignación,
porque, ay de nosotros,
formando parte de la grey ciudadana
no somos sacerdotes.

6. *SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR*

El sacerdote macilento y ojeroso,
desfalcado de Dios,
pordiosero de dogmas
(que se le han ido escurriendo de las bolsas agujereadas
de los pantalones)
esconde lo que piensa
para no confundir a su rebaño.
El hábito no hace al monje,
pero sí su simulacro,
la apariencia de que todo continúa como siempre,
que no hay ningún derrumbe de perfecciones,
que Dios está en su sitio,
que el rebaño de iglesias
continúa su inmóvil procesión al firmamento
y que hasta aquella hormiga
que corre bordeando mi zapato
carga, como una rama gigantesca,
su designio.

7. *KANTIANA*

El afuera y el adentro.

Lo interior y lo exterior.

El fenómeno y el noúmeno.

La virgen de Guadalupe y Tonantzin.

IX. EXCESOS

1. *EL RESPETO*

Sal de ahí, mocoso.
Cuidado con las manos.
Deja esa caja, déjala.
No vayas a regar
las reliquias del Anticristo.

2. *EL DESCARRIADO*

Asiste a misa negra de seis.
Luce ostensible sacrilegio en el ojal del traje.
Escribe Dios con minúscula.
Odia los coros gregorianos.
Piensa que persignarse
es darle forma geométrica
a un acto de brujería.
Y está dispuesto a pagar lo que sea
por alguna reliquia de Judas Iscariote.

3. *DIVERSIDADES*

He visto una película y he leído un libro
donde el actor principal son los pulmones.
La película es *Teresa* de Alain Cavalier.
El libro *El inmoralista* de André Gide.
En *Teresa*, tras de un calvario de saliva,
los pulmones son crucificados.
En *El inmoralista*, se rehacen,
después de semanas y semanas de enrojecidas toses,
para retener el oxígeno de una moral distinta.

A decir verdad, resulta extraño
advertir que hay tuberculosis
con diferente concepción del mundo.

X. RELIGIONES PROFANAS

1. *ECUMÉNICA*

Católicos, marxistas, freudianos,
filósofos de la ciencia
y un etcétera en el cual
siempre hay asientos,
se han asociado,
tras de poner en cuarentena sus discrepancias,
y cerrando filas a siete llaves,
para formar
un gran fumadero de incienso.

2. *DE ENTE ET ESSENTIA*

Ciertas marchas
me hacen pensar
que si en lugar de puños en alto que retan al cielo,
lleváramos cirios;
si en vez de exultar consignas,
entonáramos cantos gregorianos;
si en lugar de dirigirnos
a la tarima donde está el futuro
dando manotazos,
fuéramos a un púlpito
levantado a la mitad del zócalo;
pasaríamos, oh camaradas,
del fenómeno a la esencia.

3. *REO*

Hay individuos sentenciados
por la comisión de no sé qué delito,
a cumplir en el calabozo de una idea fija
su cadena perpetua.

4. *ACTO DE FE*

La religión
pone a Dios en el corazón del hombre
y hace de cada electrocardiograma
un Evangelio.
Los individuos se hallan, así,
manejados a control infinito.
Dios está en todas partes
sin excluir el cráneo del ateo.
La religión profana
cree que las oraciones,
y hasta las sílabas del caudillo
(del Dios de carne y hueso
que esconde la eternidad en sus bolsillos),
le son dictadas en el Sinaí
de su propia grandeza.
Enhebra sus palabras
como últimas palabras,
dogmas,
mandamientos olorosos a iglesia,
verdades que no serán nunca devoradas
por la pátina del tiempo.
La verdad sea dicha:
los púlpitos han ganado la calle,
las manifestaciones son grandes y ruidosas procesiones
y el puño en alto
la cruz resucitada.

5. *POR DESGRACIA*

Catadores de sonidos,
sabemos que hay campanadas,
entre otras,
que llaman a marxismo.

XI. PENITENCIA Y LIBERACIÓN

1. *PENITENCIA*

Arrodillado,
cargando en la cerviz mis convicciones,
mostrando una gota de saliva impoluta en la punta de
la lengua,
rugiendo mi verdad a todo el que se arriesgue a
aproximárseme,
tras la sesión de crítica
y de golpes de autocrítica
en el pecho
tuve que emprender un viaje sin retorno por la culpa
y sufrir como penitencia seguir viviendo.

2. *REBELDÍA*

No continuaremos encerrados
dentro de tus paredes, oh prejuicio.
Le daremos rienda suelta a nuestros puños.
Que se despellejen.
Que enrojezcan.
Que se nos deshagan en el lloro iracundo
de la sangre.
No desmayaremos.
No aceptaremos la insinuación de los rincones.
No permitiremos que la fatiga le recite armisticios a los
músculos.
Sólo nos detendremos
cuando, bendito rayo,
aparezca tu cuarteadura en el techo
y cuando el caos
esté en la orden del día.
A todo punto final
(y su timbre para tocar a un callejón sin salida)
lo ahogaremos con las manos
para ver, confidentes de la intemperie,
cómo trotan,
galopan,
se desbocan,
huyendo de nosotros
los horizontes.

3. AL CENTRO DE LAS RUINAS DEL OLIMPO

La orfandad es dolorosa:
nos duele desde el horizonte
hasta los tuétanos.
Es dolorosa sobre todo
cuando atrae las caricias de la lástima
hacia la carne viva.
Jenófanes fue el primero
en develar los pies de barro
de todas las deidades;
pero también el primero en socializar
la corona de espinas.
La orfandad es dolorosa;
pero lo peor es sentir entusiasmo
por la flauta con un agujero de Bartolo,
por el barco chiquito que deletrea los mares de nunca
acabar,
o por la vida eterna
que es el más prolongado de los cuentos de hadas.

**XII. MI LENGUA, MI PLUMA,
MIS PALABRAS**

1. *LA OVEJA NEGRA*

A mis espaldas,
este poema intentó convertirse al catolicismo.
Pasó flagelándose noches enteras
y halló su título nuevo
en las aguas bautismales.
Pensando que alguno de sus lectores
podría ser un padre confesor
asumió la forma lírica
del catálogo de los malos pensamientos
o del inventario de sus pecados más gratificantes.
Pero yo lo volví al redil del ateísmo.
Estuve conversando con él de teología.
Para mostrárselos, desempolvé trozos de mi materia
encefálica
ateridos de duda.
Y, finalmente, al enseñarle los pies de barro
de las pruebas de la existencia de Dios,
desistió de su propósito
y colgó sus malos hábitos.

2. *TERAPIA*

Para curar la superstición,
las fantasías religiosas
y los delirios de ultratumba,
para hacerles
una transfusión de nada
a los espectros,
resulta apropiado,
además de los jarabes,
las cápsulas y las fricciones
indicadas por el médico,
leer tres veces al día,
antes de cada comida,
uno de los poemas
de las *Huestes de Heráclito*
sin dejar, sobre todo,
de ingerir la pastilla
de su punto final.

3. *RELIGARE*

Todo *ismo* acaba por contrabandear incienso.
O lucir la voz afónica
de la moneda falsa.
Aunque los dedos saboreen un rosario de convicciones,
aunque los dientes de nuestras rodillas
muerdan el polvo
o aunque nos ciña un hábito
abotonado en los lugares precisos
para dejar sin palabras
nuestras vergüenzas,
en lo esencial decirnos camaradas o hermanos es lo
mismo.
Es reconocernos hijos de idéntica madre:
con placenta de agua bendita,
leche vifurcada,
vientre con vocación de paraíso.

4. *INTENCIÓN*

Mis poemas
–aquí, lector, donde te brindo
metáforas para armar y desarmar–
son únicamente, lo confieso,
las sagradas escrituras
de la nada.

Mira, en el rechinar de mi lápiz,
o en esta pluma de tinta desgañitada,
se aprecia el estruendo en sordina
de las abejas,
los insectos con vocación de agudos,
los grillos que depositan sin cesar su ofrenda
en el altar de la monotonía.

Oye,
en mis versos no se escuchan
ni el canto gregoriano de las exhortaciones
hincadas de creencia,
ni la sinfonía
(con Dios obligato)
para plegaria y silencio,
ni la música de cámara
del aletear de un ángel.

Enrique
González Rojo

El Tránsito

EDITORIAL



la palabra del viento

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO ARTHUR

El tránsito I
o
En el principio era el gerundio

El tránsito II



Enrique González Rojo es un poeta que se caracteriza, en la panorámica de nuestra literatura, no sólo por su afán de escribir sino de reescribir. Su pasión es la *creatio continua*. Su compromiso, el *cuento de nunca acabar*. Primero publicó su libro *Para deletrear el infinito* en 1972. Después tomó dos decisiones: reescribir cada uno de los quince cantos de este volumen hasta formar quince libros e irlos dando a luz, agrupados, bajo el título que los cobijara inicialmente. Este proyecto lo ha ido cumpliendo con toda puntualidad, como lo demuestran la edición de *Para deletrear el infinito* (1975-1981) y *Para deletrear el infinito* (1981-1985). *El tránsito* aparece ahora como el décimo cuarto libro de su plan original. Reescribir, sin embargo, no es igual a escribir. Es hacerlo desde diferente enfoque, con más años encima, con otra pluma y con tinta de diversa tonalidad. Ahora el poeta se vale de la prosa. Pero no sólo de una prosa poética, sino de un género al que llama *cuentema*, es decir, de un cuento que se adueña de las alas de la poesía para tutearse con las nubes. El *cuentema* es un género que deliberadamente tiene un pie en la anécdota y el otro en la divagación del sueño. No nos cabe la menor duda de que Enrique González Rojo logra en este pequeño libro, con creces, su propósito de hacerse el cronista apasionado de los apareamientos que tienen lugar algunas veces entre el cielo y la tierra.

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

EL TRÁNSITO I
O
EN EL PRINCIPIO
ERA EL GERUNDIO

1990

*El cuentema es un poema que
se asoma a un cuento que se
asoma a un poema.*

E.G.R.

**EL LIBRO DE LOS
GERUNDIOS**

EN EL PRINCIPIO ERA EL GERUNDIO

Todo gerundio debería de hacer su testamento. A diferencia de los infinitivos, que son contrabandistas de la eternidad, los gerundios cabalgan en las pezuñas de sus puntos suspensivos. Los fragmentos de Heráclito "El oscuro" están escritos en gerundio, aunque, a decir verdad, no es posible bañarse dos veces en idéntico devenir. Los verbos ser o estar, así en su forma infinitiva, son tarjetas postales que nos envía lo intemporal o, si se prefiere, descripción de algunas de las posturas de Dios. Pero no hay que dejarse llevar por el espejismo que pone su granito de arena humedecida a la idea fantástica de que el desierto no es sino el ámbito donde crecen comunas de agua. No hay que confundirse ni dar el cerebro a torcer. En los sótanos de los infinitivos también se halla, agazapado, el tiempo. Callado. No diciendo este tic tac es mío. Permitiendo que el verbo, del que es una forma clandestina, se pasee por el mundo sin sufrir la tarascada de las conjugaciones. Cuando decimos: amar, y advertimos cómo nuestras huellas dactilares escuchan el canto de las sirenas, decimos en el fondo: amando. Y es que, mi amor, nuestro lecho tiene un pacto con el presente, con el hic et nunc del gerundio de nunca acabar. ¿De nunca acabar? Mientras vayamos en el convoy del presente, la estación terminal, y las paletadas de oraciones fúnebres que supone, no es sino una pesadilla, un sueño sometido a la tortura de sentir cómo le cae, gota a gota, la imagen de la nada. Todo participio pasado se halla a la busca de su museo. Sabe muy bien que se encuentra en alguno de los capítulos de la memoria o en alguno de los recovecos con más telarañas de la inconciencia. El futuro, por su lado, mira al presente como la realización ve a su sala de espera. El futuro es el más allá del más acá. El perpetuo residuo de nuestro banquete de tiempo. El agua de Tántalo que

huye de nuestro pie con la puntualidad del deshojarse de las margaritas ante un viento sentimental cualquiera. El gerundio se ubica entre el pretérito y el futuro como el pecado entre la excitación y el remordimiento. Es el pan nuestro, desmoronándose, de cada día. Es un pastor que lleva su majada de segundos desde quien sabe dónde hasta quien sabe qué. Es, en fin, mi personaje, mi tema, mi ocupación, no de deletrear el infinito, sino de hallarme, oh lector, deletreándolo.

MI TEMA

Cuando a un ángel se le pregunta: ¿Qué es un hombre? El ángel contesta: Un ser que contrajo tiempo.

El protagonista esencial de todos mis poemas (de todos, también de los estertores que figurarán en la última página de mis obras completas) no es el ir desde un entusiasmo hasta un punto cualquiera y sus suburbios, no es el comprar con un pasaje la aniquilación vertiginosa del espacio, sino que es el devenir, el paulatino derrumbamiento no sólo de la arena del

reloj sino del reloj de arena, el ser que es desde siempre un siendo, el viajar en la carroza de lo efímero contemplando cómo todas las provincias de la transformación se nos vienen en sentido contrario.

En realidad, no escribo poemas, sino historias. Hablo, por ejemplo, de la crónica de un suspiro, de la biografía de un deseo inconfesado, de la historia verdadera de un silencio.

A veces, me duelen los relojes. Tanto, que veo al cucú como la más siniestra de las aves de rapiña. Pero no puedo cruzarme de ojos ante lo evidente: soy, somos, seremos personas con las manos empolvadas de tanto acariciar la idea de inexorables velorios. La muerte está a la vuelta de este júbilo, vendrá el miércoles, llegará al mismo tiempo que la llamada telefónica que espero desde hace un siglo.

Por eso el personaje principal de mi lápiz es el misterio de un verbo crucificado por todas sus modalidades. Por eso la obsesión central de mi musa es seguir el rastro de todo coleccionista de huellas.

Mas no puedo dejar de inquirirme si el protagonista primordial de estos alaridos —que discurren no en verso o en prosa sino en tiempo— es el interminable dejar de ser que en todo existe o si, por el contrario, es todo lo que, para ser, se embarca a perpetuidad en el moverse. Lo diré sin reservas: mi personaje es cualquiera de las criaturas del elenco infinito que puebla y que despuebla este escenario al que damos el nombre de mundo, no de aeropuerto de ángeles.

EL AVE FÉNIX

Iba conformándose. Cada mes equivalía, aproximadamente, a un año. Al principio, era una masa informe, caótica. En algún lado estaban los ojos; pero era difícil hallarlos. El proyecto de boca se encontraba en su fase de hoquedad recién nacida. Los brazos se alargaban, segundo con segundo, a la busca de esas carnosidades de cinco puntas que los entendidos designan: manos. Alguien podría decir que las orejas eran alas atrofiadas; pero estaban ahí, una de cada lado, dándose a la tarea de llegar al tamaño previsto. Entre las piernas colgaba una lágrima de carne, lo cual significaba que el sexo se abría paso a su definición. No sé en qué momento, la cabeza fue separándose del tronco mediante aquello que los diccionarios, los vendedores de collares o los espectadores de una decapitación llaman: el cuello.

El homúnculo llegó a tener, pues, todas sus partes en su sitio. No había desorden alguno. El estómago no ocupaba el lugar de la lengua. Las caderas no usurpaban el espacio de las rodillas. El cerebro no se acurrucaba debajo del esófago. Y el color de los ojos, eterno patrimonio de familia, no se hallaba en tratos ni con el estado de ánimo del firmamento ni con las propuestas de la vegetación. Bajo el cráneo, la materia encefálica, feto de la conciencia, agitaba su espíritu nonato. Diseño de hombre. Sujeto sin objeto. Yo sin el espejo de un mundo para mirar que mira y que se mira. Ser en ciernes. Arqueología de niño.

Pero no sé qué leyes bioquímicas fueron pisoteadas por la excepción. Y el ser que iba creciendo, ocupando más y más espacio en el vientre de su

constitución, al cumplir los sesenta años de hallarse en la sala de espera, desdobló su intimidad y se miró a sí mismo en su ser otro. Carecía, sin duda, de cosas y experiencia. Era un Robinson arrojado a la isla de su cuerpo. Pero supo de sí y corría sin cesar de un lado a otro para ser el que habla o el que escucha, el que afirma o el que niega, la tesis o su noche. Y comenzó a ser a destiempo un ser humano. Un diálogo perpetuo, allá tras la placenta.

Soy producto, se dijo, de algo extraño y oscuro que ocurrió en mi pretérito. ¿A dónde voy? —rugió desencajado. El silencio fue el preludio del ruido, las convulsiones, los estertores. El triunfo del más allá.

El trauma del nacimiento no es sino la muerte y la transfiguración del gerundio de lo interno en el gerundio que yace en los pañales.

HEIDEGGERIANA

No sé qué ocurrirá con los otros, pero yo no me puedo dormir del lado izquierdo: las palpitations del corazón, la roja cuenta de todos mis instantes, me dan insomnio. Para dormirme, preciso apoyarme del lado derecho, donde me arrulla la somnífica ausencia de latidos. No me puedo dormir del lado del gerundio. Del lado de la vocecilla miserable que habla siempre de lo mismo: de posibles infartos, estertores y mortajas. Del lado, en fin, donde la muerte se confunde con mi tetilla izquierda. Duermo a la perfección, en cambio, si me vuelvo al sitio opuesto, ahí donde el oxígeno no se halla racionado, donde brota una mullida canción de cuna y donde

no se siente a lo efímero, con su ábaco intemporal, contando los pasos que le faltan a uno para hacer de los pies las huellas últimas.

Tal vez fuera mejor tomar nuestra preñez de muerte por los cuernos y deshacernos de la cantimplora de espejismos que nuestra ilusa sed ha conformado. Quizás fuese mejor mirar de frente nuestro caer de bruces para morder el polvo y el olvido. Encarar los turbios negocios en que nuestro futuro ha de meterse. No temer confesar: "Te he de seguir viviendo, vida mía, con este afán de inmortalidad que han de comerse los gusanos". Ni rehuir la insistencia: "La manera de prepararse para morir no es aguantar por un momento la respiración, ni hacer una antología de los cien mejores epitafios de la lengua castellana, sino aceptar que somos seres para la muerte, criaturas que no eluden, ante cualquier herida, ser infectados por la idea del desenlace". Así deberíamos de expresarnos. Pero al meditar que la rosa es rosa solamente para marchitarse, sentimos que el corazón, demudado, se inquieta y palidece y se lanza a extraviarse en una distracción, un juego, un trabajo o el placer que nos envuelve en un mundo de amorosas musarañas.

Por eso, sin saber lo que ocurrirá con los otros, no me puedo dormir del lado izquierdo, de mi lado heracliteano, del sitio en que se dicta mi condena, del lado en que se halla el puñado de polvo que hará mi sepultura.

ESE TEMOR

El amor de mi vida no es otro que la atmósfera. Ya en mi cuna me dedicaba, feliz, a respirar todo el santo día. Después de los nueve meses, en que la respiración, aleteando, se desató de su capullo, hubo entre mi pulmón y el oxígeno un amor a primera vista. Y me di a saborear el aire con una glotonería de palmera. No ha habido nunca la menor desavenencia asmática entre mi entorno y yo. Estamos hechos el uno para el otro como la mano martirizada y el vientre del terciopelo.

Ignoraba de velorios y pésames de cera. Vivía como el ángel que en la estación de su nacimiento se sube al tren de nunca acabar. El ángel que es eviterno, según se dice, y va no de la nada a la nada ni del infinito al infinito, sino del principio a la eternidad, o séase, que brota de las entrañas de un reloj y salva, en permanente carrera de obstáculos, todos los puntos finales que lo acosan. Ángel sin pretérito, sin la negra ley de la tasa decreciente de futuro.

Yo sabía que las moscas volaban hasta el sitio en que se les despellejaba el completo tiempo. Que el perro tarde o temprano habría de lamer la herida del inicio de su dejar de ser. Que el gallo llegaría a su crepúsculo en menos de su canto. Que el azotador se trasladaría, desentendido, desde sus preocupaciones de gusano hasta el pisotón de este pie con pretensiones de destino. Yo fui a los dos o tres años un ser eterno. Nadie se había acercado a mi oído a decirme: Enrique, sabes, eres polvo. Vives los primeros tramos de tu epitafio. No deletreas en realidad sino lo efímero. Llegará el día en que sufras una angina de tiempo. Tus manos se te habrán de volver, amortajado el pulso, las zonas arqueológicas del tacto.

Pero un día me ceñí la muerte de los otros. Asistí a un entierro y oí las oraciones fúnebres *desde* la caja mortuoria. Tropecé entonces con un inquietante silogismo. Todas las ovejas se hallan pastoreadas por la muerte —me dije—. Yo no hago otra cosa que balar al infinito. Ergo —y en este ergo recibí una transfusión, no de sangre, sino de los *fragmentos* de Heráclito— sé que ya está escrita, ay, la partitura de mi último suspiro... Me coloqué, pues, en la lista negra, como uno más de los seres minusválidos orillados a vomitar todo lo eterno.

De joven me gustaba jugar a ya no ser, a colocarme en las sienes un infarto. Me quitaba la ropa. Me tendía en la cama. Me quedaba inmóvil, sin mover una pestaña. Tapiaba los ojos. Contenía la respiración. Y durante los segundos que discurrían entre la clausura del oxígeno y la imperiosa necesidad de devorarlo, le daba los últimos retoques al cadáver, delgado y macilento, de mi excentricidad.

Tanto y tanto diseñé mis futuros ataúdes que llegué a tronarme unos dedos astillados.

No siempre fue así. A veces la muerte se me moría en el olvido, victimada por el síncope de alguna indiferencia. Yo sacudía mi árbol de metáforas, hacía el amor (o lo deshacía), conspiraba contra el asco, jugaba a los naipes con la parte más distraída de mí mismo, hacía una hoguera con todos los calendarios de mi casa.

Pero en ocasiones hallaba la muerte a la vuelta de los ojos, al dar de pies a boca con el asombro o al encontrarme tarareando un entusiasmo. ¿Cómo olvidar los sueños interrumpidos por el pavor que vio relampaguear la nada?

Hallo la muerte al torcer una mirada, al emprender un silencio, al tomar una ducha (y añadir al diluvio ambiente la cuota de mi lloro) o al acto de escribir, ya con olor a punto final, las frases estas.

No tengo escapatoria. Soy un ser que aunque se ha pasado la vida deletreando y deletreando las palabras mayores, se sabe en el lado moridor del gerundio.

VATICINIOS

Hay presentimientos prematuros, madrugadores, de vista larga.
Adivinaciones que no leen en el humo, con los ojos llenos de lágrimas, las

fechorías del fuego o en la inquietud de los nidos y el tremar de las hojas la aproximación de la tormenta, sino que, a destiempo, sin la brújula de un indicio, forjan no sé qué trampas en las que capturan el futuro. Hay previsiones, en cambio, resueltamente tardías, como la del que supone, en medio de un diluvio, que podría llover, o la de quien conjetura, cuando su mujer se entrega al pleno ejercicio del odio, que su consorte podría dejar de quererlo. La realidad aparecida y dominante, vuelve ridículos y de triste figura esos anuncios que no tienen los pies en el tiempo. Pero hay profecías en su punto. Oyen las curvadas voces de su bola de cristal cuando hay que oírlos. Arrastran el futuro hacia el presente cuando el ahora necesita prepararse para ser el anfitrión desvaneciente del mañana.

Hay gallos que se alimentan de granos de puntualidad. Cantan y surge, zás, la madrugada. Se despiertan, baten las alas, olfatean el medio ambiente, y hay cuarteaduras en todas las sombras de la noche. Cuando estos gallos encienden la mecha de su pico, los segundos de la oscuridad están contados. Pero hay gallos que se manifiestan a deshora. Cantan, por ejemplo, a las tres de la mañana. Aletean, hacen que su cántico picotee los más audaces agudos para anunciar la luz; pero la noche se hace, negramente, la desentendida y continúa hojeando su libro de azabache. Hay otros que cantan bien entrado el día. Enarbolan su clarín, digamos, a las once de la mañana, cuando son las únicas supervivencias de la noche un lobo que bosteza y un búho desvelado.

Suena el teléfono. Es casi de mañana. Despierto y despierta conmigo el gallo de un presentimiento. No es tardo ni prematuro, no se atrasa ni precipita. Se halla en clave de oportunidad. Bate las alas, esponja el cuerpo hasta llenarme las entrañas y destruye, con su canto, todas las penumbras de mi materia gris. Corro. Levanto el auricular y la mano conduce hasta el oído la voz, recién nacida y palpitante, de mi corazonada.

UN SECRETO

Esto que tienes delante de tus pestañas, oh lector, no es una anécdota. Tampoco un rollo lírico. No es un minicuento. No es, en fin, un cuentema. Es la revelación de un secreto. Sí, leíste bien. Revelación de un secreto. No ignoro, y sé que tú lo tienes presente, que los secretos se caracterizan por restar el mayor espacio posible entre la lengua y la curiosidad, por eso escogen, como lugares normales de operación, la cama, el teléfono o el confesonario.

Cómo es posible, dirás, que este señor, hable de secretar algo y lo publique, robándole su natural privacidad a la discreción y poniéndole magna voces a una confidencia. Es claro que parto del supuesto de que este libro tendrá muy pocos lectores. No voy a decir que se podrían contar con los dedos de la incertidumbre porque sé que al menos me van a leer mis amigos. Pero sé que este volumen, ofrecido en cualquier escaparate, no guardaría el menor parecido con el pan caliente. Además, aun suponiendo que varios lectores se hagan de este tomo, estoy plenamente seguro de que pocos se detendrán —dado que su título está pergeñado deliberadamente para no decir nada— en este relato. Todo lo anterior me da confianza, pues, para entrar en materia y confiarles mi revelación.

Mi secreto es el siguiente: estoy casi seguro de haber descubierto la única manera de hacerse uno inmortal. Sé que llegar a esto, la mitad de los lectores intrépidos que se habían arriesgado a internarse en la tierra movediza de este texto, maldecirán al autor y desertarán de su aventura. Deserción ésta que debo confesar me parece muy bien porque garantiza que el secreto llegue a pocos oídos.

La única manera de volverse inmortal está a la mano de todos. Escucha. Todo lo que hay en el mundo, nace, se las me que ver con el espacio y el tiempo, y muere. No hay una sola excepción a esta monstruosa regla. No ignoro que podemos hacer algunos juegos de palabras destinados a salvar la eternidad, enterrar a los enterradores y brindarnos un estúpido confort. Podemos decir, por ejemplo, como el viejo Hegel, "todo cambia menos el cambio". O "todo muere menos la muerte". O también: "lo único inmortal es lo percedero". Pero este juego es lo más aburrido del mundo. Asimismo podemos reivindicar la creencia de que la agonía es una casa en llamas del que el habitante huye a la búsqueda otro oxígeno, de un mundo en el que Heráclito ha sido crucificado y el tiempo no sólo se muerde la cola, sino que —Cronos de la culpa— se devora por completo a sí mismo. Pero, a decir verdad, así como al llegar a los umbrales de la adolescencia dejé de creer en los cuentos de hadas —aunque había algunos tan hermosos que llenaban de florecillas silvestres el cerebro— ahora he dejado de creer en los cuentos de eternidad.

De ahí que, para darle contenido a mi insomnio, un día escribí: *Dios les pertenece tanto a los creyentes,/es tanto, tan tantísimo su patrimonio,/que al llegar éstos a su postrer momento/mueren con todo y Dios./Qué balsa-mo./Qué dulzura, por fin, de ya no ser./El sepelio es entonces/una inhumación del tiempo/ y sus delirios.* La muerte no es, por consiguiente, un atajo para la inmortalidad. Algo que obtengamos en un abrir y cerrar (indefinido) de ojos. Tampoco, que quede claro, vamos a trascender el tiempo en y por nuestras obras, si es que ellas llevan al calce la rúbrica de nuestro afán de sobrevivimos. Nada más falso. La memoria ajena es sólo un estercolero de sombras, un armario de espectros, un arcón de siluetas ganadas por el polvo y las polillas. El secreto para volvernos inmarcesibles, coetáneos de los ángeles, no consiste en perpetuarnos en nuestros hijos, en nuestros nietos y en ese etcétera encargado de ensartar genes y genes en idéntico apellido.

El secreto es más sencillo: se precisa recogernos en la cama, prescindir audazmente de los ojos y soñar que por fin somos eternos. Soñar que nos tuteamos con los dioses. Que saludamos de mano a lo divino. Que, al hablar de la muerte, nos carcajamos de ella, como David

se reía, en pláticas con su honda, del gigante. Es la única manera de saber en qué piensa el infinito. Sólo así le podremos hacer tablas al señor de los cielos si se digna a jugar una partida de ajedrez con nosotros. Miraremos entonces a los hombres como seres minusválidos que nacen oliendo ya a cadáver, como tribus pastoreadas por la muerte, como juncos asaeteados por el viento que devendrán las víctimas, por más que con plegarias y plegarias construyan un refugio, del olfato finísimo que luce la guadaña.

Viviremos en clave de infinito. Tendremos de ese modo un pasaporte para entrar a todas las salidas. Haremos del corazón un habitáculo del cuento de no acabar de un ocaso que le pisa los talones a la aurora.

Más, lector, si tú tienes la cabeza en su sitio y tus pies en el ínfimo pedazo de mundo que te toca, tal vez podrás decir: pero ¿y si se despierta a los que duermen? ¿Si, con moverles un hombro, se les trasquilan las alas? ¿Si los reintegramos a la infamante profesión de deletrear su propio pulso? Si eso me dices, no veo otra salida que afirmar que no tengo ya nada que añadir. Que aquí llega a su término mi aliento. Y entonces, oh lector, busco esconderme, acurrucar mi voz y mi vergüenza en el punto final que habrá de protegerme de tu enojo.

PUGNADA SAGRADA

PRECEPTIVA

En ocasiones, se empieza impunemente un escrito con el tradicional "había una vez". Quien tal hace, adolece quizás de una deficiencia orgánica que le impide ruborizarse o pugna por deshacerse lo más pronto posible del sueño que carga en la punta de la lengua. Quien tal hace, adolece quizás... Pero lo más probable, es que el "había una vez" haya aparecido por una razón especial: la distracción del "colorín colorado". Normalmente, el "colorín colorado", vigila la hoja amenazada por el poeta en éxtasis o el cuentista de tiempo completo. Se agacha. No dice esta boca es mía. Y cuando el "había una vez" pretende sentar sus reales e introducir de contrabando la anécdota temida, el espía aparece, alza la vibrante libélula de su puño y hace que el "había una vez" huya despavorido.

La verdad es que en ocasiones el "había una vez" resulta más fuerte que el "colorín colorado". Echa raíces en la página. Se detiene a comer lecturas y se protege, como puerco-espín, del borrador enemigo. Incluso, de lograr su propósito, llega a transmutarse en cuento y aun en novela. Y sólo cuando, en la página 637, el "había una vez" y su prole se sienten fatigados, bajan la guardia y dan ocasión a que el "colorín colorado", con la consigna de "más vale tarde que nunca", le tuerza el aliento al relato

que se desarrolla con ridículas pretensiones de embarcarse en el barco chiquito del cuento de nunca acabar.

Pero también es cierto que a veces el "colorín colorado" es más vigoroso que el "había una vez". No es imposible, como escribí, que la distracción del "colorín colorado", el hallarse papando nubes, haya permitido al "había una vez" dar los primeros pasos. Pero el "colorín colorado", blandiendo una mordaza, brinca a escena y, tras un forcejeo, consiente sólo la consumación de un epigrama o un minicuento donde un punto final diligente y prematuro canta victoria.

No pocas veces, el "había una vez" y el "colorín colorado" hacen tablas: las tablas de la ley dialéctica que dice: la síntesis del ser y el no ser es el gerundio o el matrimonio entre el principio y el fin es la borgiana historia de la eternidad. Y ocurre en estos casos que aunque el escrito se desenvuelve con dificultades podría terminar donde quiera: en el adjetivo con ambiciones de coda final, en el punto y seguido con delirio de grandezas o en la frase ingeniosa que busca robar el escenario. O, a la inversa, aunque el texto finalice abruptamente, hubiera podido continuar indefinidamente, recorriendo los puntos suspensivos de la infinidad.

La lucha entre el "colorín colorado" y el "había una vez" equivale a la pugna entre el sepulcro y la cuna. El punto final es el cómplice de la hoja en blanco. Es un antipoema. O el espíritu autocrítico que encarna en el borrador del lápiz. El "había una vez", por lo contrario, es la inspiración, el hombre, el yo gesticulante.

El poeta es el que sabe disparar a tiempo, a punto, a poesía, un "colorín colorado" sobre el "había una vez" y sus pretensiones. El poeta es, en este sentido, el señor de los silencios.

RECITAL

Apuntó hacia el público su metralleta de imágenes. Cortó cartucho en las metáforas más agresivas. Le arregló a la inspiración el tren de aterrizaje y sintonizó la lectura en los manotazos de la pasión. Se rodeó de relámpagos, de lluvia al menudeo, de chubascos y huracanes. Pero el público permaneció, como quien oye llover, frío, distante, perezoso, dándole las últimas pinceladas a su indiferencia.

Inmoladas en la hoguera del punto final, él guardó sus poesías. Los asistentes, después del chasquido que se detuvo en las inmediaciones del aplauso, abandonaron poco a poco la sala. Él salió, a continuación, cargando su enorme portafolios de poemas.

Salieron primero los cerdos, después las margaritas.

MÁQUINA DEL TIEMPO

Año 2089. Noticia importante aparecida en varios diarios europeos: "Causan sensación en el mundo —dice el encabezado— los 'conciertos de aromas' ofrecidos recientemente en la ciudad de México". Un reportero escribe: "La sorprendente creación mexicana asombra cada vez más al globo terráqueo. El último concierto de la temporada de otoño, que concitó gran entusiasmo en la ciudadanía de la capital azteca y que operó como un poderoso imán para el turismo, presentó el siguiente programa: Preludio 'Niñez de la vainilla', 'Partita para eucalipto solo', 'Dúo para sándalo y hueledenoché' y 'Variaciones sobre un tema del heliotropo'. Como nuestros lectores nos han solicitado una descripción de estos conciertos, pasamos puntualmente a hacerlo: Las 'casas de perfume', nombre con el que se les conoce, son semejantes a las viejas salas de cine o de teatro. Tienen varias hileras de butacas y una pequeña pantalla frente a ellas. En la pantalla aparece el título de la obra odorífica a presentar, el año y las condiciones en que fue creada, las opiniones de la crítica y una breve biografía del autor. A continuación, cada uno de los asistentes se coloca en el rostro su 'mascarilla', esto es, el receptor de la creación aromática. El técnico pone a funcionar el 'emisor colectivo' y el público se sumerge en las inefables delicias del perfumario".

Año 2099. Noticia importante aparecida en varios diarios europeos: "causan asombro —puntualiza el encabezado— los vertiginosos cambios de estilo en los 'conciertos de aromas' del mundo entero". A renglón seguido se lee que: "tras el breve período, conocido con el nombre de clásico-mexicano, los artistas del perfume pasaron al romanticismo cosmopolita, después al impresionismo y al expresionismo decadentes y, tras de una fugaz etapa vanguardista, al posmodernismo contemporáneo. El clásico-mexicano se basaba en reglas precisas, equilibradas y armoniosas. El 'manual de composición aromática', por ejemplo, se hizo imprescindible. Era una especie de preceptiva o canónica que ofrecía recetas para una buena composición odorífera y enumeraba prohibiciones que habrían de tenerse siempre en cuenta ('no deben nunca mezclarse las esencias de origen floral con los olores de prosapia alimenticia', etcétera). El romanticismo rompió con todas esas reglas: 'ser romántico —decía uno de sus representantes— es cargar en las bolsas un revólver'. No hubo entonces ningún impedimento para combinar olores,

siempre que fuesen 'buenos olores'. Creaciones características del período romántico fueron aquellas en que sobre el fondo de una emanación de agua de colonia se erguía, señera, el olor a tierra mojada, o aquellas en que el olor a pastel recién nacido alternaba con el de las manos de un niño acabadas de lavar. El impresionismo y el expresionismo implantaron en la creación artística olores inusitados y sorprendentes. La 'Sinfonía para aroma de mar' de Maurice Delius es un claro ejemplo de tal cosa. Y también dieron carta de ciudadanía a olores rípidos, ácidos, inquietantes. Los artistas del perfume expresionistas, verbigracia, echaron mano exageradamente del azufre y hasta tuvieron la loca pretensión de hacer cadencias de amoniaco. El advenimiento de las vanguardias representó la génesis del caos. Los 'conciertos de aromas' empezaron a no tener ni pies ni cabeza. El olor a lápiz se combinaba con el sensual aroma del pescado, la esencia de una lagartija con el aliento de las comadreas. La pestilencia de lo podrido con la fragancia equívoca del velorio".

Año 3009. Noticia importante aparecida en varios diarios europeos: "Los conciertos de aromas viven su etapa del más exagerado posmodernismo". Un articulista dice a continuación: "La esencia del posmodernismo en el arte de los olores es, como se sabe, la incorporación en las 'creaciones para el olfato' de los malos olores. Al principio, se mezclaban en dosis soportables los buenos y los malos olores, las fragancias que terminaban en un redoble de pestilencias o los hedores que se sublimaban, en el último compás, en un efluvio de azucenas adolescentes. Después han ido ganando terreno las fetideces y las argucias de la descomposición. El surgimiento, en un 'concierto de olores', de una serena exhalación de flores silvestres es vista como pasada de moda, ridícula y sensiblera. El posmodernismo pesado ya no mezcla la hediondez y el efluvio, la prosa y la poesía, sino olores hediondos en diversa proporción. Y alguna gente se dice entusiasmada por los postreros aullidos de esta moda. Es importante señalar, en fin, que en el último 'recital de aromas' celebrado, se ha prescindido de la variedad de olores a favor del olor único, y durante tres largas horas, sin un solo intermedio, el público ha recibido en su mascarilla el olor de las diversas fases de putrefacción que atraviesa un cadáver".

MINIESTÉTICA

El minicuento sale perfecto, redondo —o el cuentema arriesga un paso hacia su fórmula algebraica— cuando la hilera de vocablos que lo forman se muerde la cola, se muerde la cola y empieza a deletrear su propio símbolo. Se muerde la cola y hace, con ello, el ojo de la cerradura por el que puedes tú, lector, asomarte para observar las perversidades de la hoja en blanco.

REGLA DE ORO

Cuando decidí dar a luz este cuento (breve como un suspiro en pie de prisa) llamaron ruidosamente a mi puerta un título, el "había una vez", el "colorín colorado" y un sinfín de ocurrencias protagónicas. No les abrí mi casa. Más bien le torcí el brazo a mi lápiz para que en vez de decir se desdijese. Ni siquiera le permití que insinuara, en las desnudeces del ingenio, los harapos de una anécdota. La goma de borrar pidió el micrófono. Logré agrupar entonces, con paciencia de orfebre, tan sólo este puñado de palabras enamoradas del silencio.

A MI MISMO

Te dedicas de lleno a la poesía. Desde niño. Desde adolescente. En el cuarto de los trebejos, entre los cofres, los trajes vetustos, las telarañas de lo ido, hallas la vieja lira. La desempolvás, te la llevas clandestinamente a tu alcoba. Das con la manera de afinarla. Y empiezas —generalmente en alto insomnio— a robarle algún acorde, a solicitarle cierto arpegio, a hurgarle no sé qué melodías. Y de ahí en adelante, durante décadas, ignoro qué pasión te tuerce el brazo para Obligarte a negar con versos, estrofas y estancias la blancura perfecta de la página. Pero un día das de bruces con la prosa, la hallas inesperadamente, a la vuelta de una axila. Te le quedas viendo. Los entusiasmos se te vienen al rostro y el enamoramiento sienta sus reales a lo largo y a lo ancho de su entraña.

Te sientes prendado por el habla común. Rechazas las formas elípticas. Los simbolismos y los circunloquios son agrupados en la lista de tus enemigos. El ideal, te sugieres, es tender puentes entre las vísceras de los humanos. La línea más corta entre un individuo y su semejante no puede ser la alegoría ni el seductor periplo del rodeo. Tiene que; ser la prosa. La prosa que es un infatigable molino porque; siempre va al grano. La prosa que puede dar testimonio del gruñido de un átomo o de la música para galaxia sola.

Y resuelves que nada mejor que un haz de cuentos. Nada mejor que torturar o entretener al prójimo. Regalarle un olvido. Extirparle la ingratitud de algún regazo. Descorcharle una anécdota. Empujarlo a decirse. A colocar sus ojos a la altura de una imaginación que emprende el salto.

La prosa te seduce. Para llegar a ella, caminas pisoteando los pájaros del verso. Las metáforas están bien, sentencias, sólo para las jaulas.

Mas, de pronto, después de vivir los cuatro rincones de la prosa, sientes nostalgia por las piruetas del gorjeo, añoras los crujidos tarareables, recuerdas los aullidos a la luna de los tropsos.

Pero el nido está ahí: con su redondo y blanco ofrecimiento. Te acercas. Levantas, con el pulgar y el índice, la promesa. Ves aparecer las cuarteaduras que prologan la atmósfera, la existencia, el tiempo. No se trata es verdad ni de un poemínimo (cómplice cuando más de un parpadeo) ni de aquel minicuento que corre tras el rastro del ojo de una hormiga. Es un poema que se asoma a un cuento que se asoma a un poema. O es un cuento que se asoma a un poema que se asoma a un cuento. En fin, es una prosa a la que el alpiste y la vecindad de los superlativos, la convierten en un pájaro consciente de que no hay jaula capaz de encarcelar sus trinos.

LA ALQUIMIA

El gran minicuento debe tener vocación de manjar. Debe tutearse con la delicia. Aprender el arte de la insinuación. Entre los ingredientes que lo forman debe comprender el guiño. Después de batirlo y antes de ponerlo al fuego (para darle las últimas pinceladas al milagro) debe espolvoreársele con mucho y variado ingenio, hasta hacer que se halle en punto para ser devorado, oh lector, por tu mirada y para dejarte por horas, días, semanas, un buen sabor de ojos.

LAS PIÉRIDES O ¿DÓNDE ESTÁ PETRA?

No sé por qué en todos los parques de la ciudad de México hay perros, callejeros y nostálgicos, que lo siguen a uno. De repente, reparamos en ello y aceleramos el paso. El can le mete primera a su resolución y se apresura. Reflexionamos entonces en que no hay por qué inquietarse, vemos con malos ojos a nuestra prisa y tornamos al ritmo despreocupado de la gente normal. El perro, sin dejar de ver de reojo las arbitrariedades del zapato, disminuye también la velocidad y se siente ya camarada, compañero o amigo nuestro. Asustados por esta ilusión del ente irracional que olisquea nuestros talones, nos paramos de pronto en seco, sin decir agua va. El perro, confundido, se detiene también. Se hace el que la virgen le habla y nos busca las pupilas. En ese momento no hay sino dos posibilidades: huir en un automóvil y olvidarnos para siempre de este molesto incidente o adoptar por los siglos de los siglos a este animal que tuvo por nosotros un amor a primera vista.

Algo similar a lo anterior, si no es que idéntico, sucede con las musas en los parques. Mas, espérenme, antes de proseguir, voy a hacer una aclaración. No ignoro que, de acuerdo con la mejor tradición, domina la idea de que existen nueve musas. O, si se quiere, para tomar en cuenta una aportación mexicana, hay diez. Pero quiero aclarar que aquí se han confundido los géneros con las especies. No es cierto que sobre la superficie terrestre sólo haya nueve o diez musas, sino que hay nueve o diez géneros de musas. Es como si, también mezclando el género y las

especies, dijésemos que el globo terráqueo está poblado por cuatro hombres (negro, blanco, amarillo, cobrizo) cuando todos sabemos que hay millones de hombres, pertenecientes a estos géneros o razas habitando el mundo. En realidad existen, entonces, millones de musas. Y un número significativo de ellas gusta, como los perros, de pasearse por los parques de nuestra ciudad.

El otro día, yendo por el parque México, divisé a una musa que se hallaba comiendo una manzana en las ramas de un árbol. Aclararé que no todo individuo está capacitado para ver a una musa. Sólo ciertas personas que tienen aptitudes artísticas, actuales o potenciales, pueden gozar de este privilegio. Incluso existe (o debiera existir) una definición del poeta como "hombre capaz de ver a una musa". Yo pertenezco, para qué ocultarlo, a la familia de los seres que tienen cabida en esta definición porque vi con mis propios ojos —y no es la primera vez que me sucede— a la musa meciéndose en la rama. Ella también me vio. Descendió del árbol y se puso a seguirme como uno de esos perros callejeros de los que hablé al comenzar. Me hice el desentendido. Me puse a descifrar una constelación de musarañas. Pero ella se situó exactamente atrás de mí y caminó al mismo tiempo en que yo lo hacía. Y comenzó el conjunto de actos consabidos. Apresuré el paso y la musa hizo otro tanto. Corrí desesperadamente. La musa dijo pies para qué los quiero, y se volvió también una exhalación. Me detuve entonces y llegó el momento de la decisión. ¿Huyo en mi automóvil de esta musa o la incluyo para siempre entre mis pertenencias?

Necesito nuevo paréntesis. Las musas que andan en los parques y que, convocación de sombras, se unen a veces a algunos transeúntes son, por lo general, de baja estatura. Su cuerpo llega, casi siempre, al estómago de cualquier poeta. Chaparras y vestidas a la moda: con blusas sencillas y pantalones muy ceñidos. En un sesenta o setenta por ciento tienen un cuerpo muy bien formado. Cintura pequeña. Senos puntiagudos. Caderas y muslos proporcionados y exuberantes. Su rostro, en cambio, es invariablemente desagradable y feo. Las musas son, así, como pequeñas ancianitas alocadas o, si se prefiere, como brujas a medio hacer.

Al instante en que, como dije, me detuve y me vi en la necesidad de decidir si me escapaba de mi persecutora o de plano la adoptaba, hubo dos especies distintas de argumentación que en mis entendederas entraron en colisión: por un lado, el cuerpo de la musa me hablaba a favor de la adopción. Por otro, la cara de ella me convencía de la oportunidad del olvido. La indecisión dio su golpe de estado y me quedé, lelo, recorriendo las provincias del estupor. Sin embargo, la musa habló. Y aunque el hablar se hallaba localizado en el rostro, más bien rimaba con el cuerpo. Voz dulce, sensual, como de grillo venido a más. Al oírla comprendí que el empate entre el cuerpo de diosa y el rostro de erinia, iba a ser superado por la voz. Y así fue. Por eso la tomé de la mano, como un padre a su hija, y me fui al departamento. Dije hace un momento que fue su voz la que acabó de convencerme de llevármela a casa; pero no es exacto. Más que su voz fue lo que me dijo con su voz. No recuerdo las palabras; pero más o menos lo que me sugirió es que, dado que la inspiración poética se me venía poco a poco angostando –yo acababa de hacer un censo preciso de mis vacas flacas–, necesitaba una musa, y que ahí estaba ella para suplir mis incapacidades.

Mis temores carecieron de base. Alicia no la volteó a ver. Entré con ella, ambos de puntitas, y pensé que la compañera de mis días la iba a poner de patitas en la calle. Pero no. Ni la vio ni la oyó. La musa me acompañó a mi cuarto. Y sugirió que podía dormir debajo de mi cama... Esa noche, como se comprende, no pude dormir. Pero al día siguiente, al verme con la pluma en la mano y el papel frente a mí, comenzó a dictarme. Honradamente este "portaliras" necesitaba desde hacía mucho una musa de uso corriente. Ahora comprendía cabalmente una vieja intuición: que hay dos clases de poetas: los que, por así decirlo, llevan la musa por dentro (o están embarazados de musa) y los que, faltos de inspiración, requieren de una musa externa que les dicte sus creaciones. Yo había sido un poeta del primer tipo hasta que un día se me salió la musa y me quedé más vacío que un círculo. Por eso, a decir verdad, me caía de perlas la existencia de esta criatura que, llena de imágenes, metáforas y sugerencias, se me colocaba al oído e iniciaba un festín de confidencias.

Mis poemas empezaron a aparecer en suplementos de cultura, revistas, antologías, paredes sensibles, troncos de árbol comunicativos. Y empecé mi colección de elogios, reconocimientos, jardín de flores naturales. La envidia alzó su antena. Y la tristeza por el bien ajeno descorchó su ponzoña ante mis triunfos.

Un grupo de poetas, o parvada de plumas nacionales, se enteró, no sé cómo, de que quien esto escribe, pudo hacerse, para uso cotidiano, de una musa. Y preparó un complot para robármela. Mas uno de ellos fue preso de dudas. Se aproximó al teléfono para darme el pitazo. Yo le giré instrucciones a Jerónimo, el policía-conserje del lugar donde vivo. Preparé mi revólver. Aguardé la llegada del comando. Mas los facinerosos desistieron, alteraron su concepción política o quién sabe. El caso es que ese día no corrió peligro mi criatura.

Días más tarde me quedé viendo a mi musa. Le pregunté su nombre. No quería decírmelo. Yo pensaba –¡ay de mí! – que se llamaba Calíope o Erato. Mas mi musa gritó: me llamo Petra. "Se llama Petra", decía yo asombrado. "Sí, se llama Petra". "Y encima de esta piedra –jugaba mi inconsciente– se alzaré tu renombre". Y así me imaginaba gozando para siempre la dulce mordedura del aplauso.

Una mañana amaneció mi boca saboreando un escrúpulo. ¿Dónde ha quedado –dije– mi honradez? ¿Seguiré aprovechándome de la rima y el ritmo de una voz que no me pertenece, ni me nace desde el hondón del ser o de la entraña? Mi impostura me exige –resolví– fe de remordimientos y no sólo de erratas. Y sorpresivamente, sin decir nada a nadie, me fui a buscar un sitio en que pudiese publicar unos versos que, aun hallándose escritos de mi puño y garabato, presentaban al calce la firma de la musa. Petra.

Al saber eso Petra, se encabronó todita, se mesó los cabellos y se inclinó del lado de un quejido. Y es que le está vedado a toda musa suplantar al poeta, prescindir de su mano, patearle su tintero. Temerosa de no sé qué castigo, abandonó mi casa para siempre.

Hoy he tornado al parque. Después de varias horas entreví, recostada en el césped, una musa. Clasificaba nubes y apuntaba los datos en su

mano. Pasé delante de ella. Lo hice ruidosamente (victimando hojas secas a mis plantas) para que me prestara su atención y siguiera mi rastro. Pero nada. La musa me miró como percibe, si aquello es percibir, la indiferencia. Volví a pasar dos veces o tres como el que está exhibiendo, intencionado, la misma insinuación. Pero ella, sin mirarme, se levantó de golpe. Comenzó a deambular como llamada por la voz de un ignoto itinerario. Me dispuse a seguirla. Y caminé a su espalda como sin intención, silbando pasos dobles. Ella anduvo más rápido. Yo aceleré mi ritmo. Ella corrió hacia el viento. Y yo, ya sin pudor, hice otro tanto. Y la musa, de pronto, se detuvo. Una doble pregunta parpadeante dirigió a mi mirada. Y sobrevino entonces el momento en que la musa tuvo que decirse: ¿huyo de este persecutor (este poeta) o lo convierto en mío para siempre?

Me hallo esperando ahora su respuesta.

RODEADO DE MUNDO

PEQUEÑA CRÓNICA DE UNA COINCIDENCIA

El siglo XIX chillaba sus primeros pasos. Dos genios, oriundos de distinto continente, condición social, estado de ánimo, pasaron, sin pensarlo dos veces, del sí al no. Tomaron el rápido de la línea recta para ir del punto al contrapunto. El hombre –hijo de Don Quijote y Dulcinea– que habría de ser el maestro de obras del destino para edificar naciones en la América nuestra, y el hombre que ante el papel pautado movía una pluma, a la que resultaba imposible desoír su origen en un ave canora, coincidieron en correr del entusiasmo al descontento, del fervor al desengaño. Coincidieron en abrir los ojos, rechinar los dientes y cerrar los puños.

Bolívar y Beethoven amaron en Bonaparte el brazo armado del siglo de las luces, el cañón de pólvora enamorado de los ideales, el héroe con las bolsas del traje atestadas de cielo. Pero (al saber de su alpinismo al trono, de su cetro de rapiña y de su cacofónica y desafinada suerte de entonar la marsellesa) destituyeron a su júbilo y recorrieron todas las galerías de la misma iracundia.

Bolívar plasmó su repudio en la decisión de encerrarse en las cuatro paredes de la muina para no asistir al acto de coronación. Beethoven tachó la dedicatoria de aquella sinfonía que es un campo de batalla donde cantan victoria frente al héroe despellejado, los ejércitos de la marcha fúnebre.

Ante los poderosos y su prisa por asediar las alturas con urgencias de cúpula o por disparar en ráfaga sus órdenes, los pueblos acaban por gritar, a voz en cuello, furor y barricadas. Pero también algunos hombres elegidos saben poner el dedo en la universal denuncia, en el sueño perdido o en la llaga. Prometeo, gracias a Dios, no murió intestado.

MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SISMOS

*Y no hallé cosa en qué poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.*

Quevedo

Cierto, hay palabras con sabor a durazno. Vocablos que deben servirse a los postres del banquete. Alocuciones para desabotonarle cualquier reticencia al consentimiento. Cláusulas que irrumpen pastoreando sus puntos y seguido. Llamadas de larga distancia capaces de apresar a un ángel.

Pero existen también los vocablos inesperado, nerviosidad, aturdimiento. O la palabra horror, aquella que se pronuncia cuando hay un terremoto en la lengua, cuando un aullido brota por entre los escombros de toda la gramática o cuando se percibe el ruido que produce el firmamento al venirse abajo.

Miércoles. Débil, anciana, enferma, la noche da de bruces con un gallo. Las estatuas hacen voto de inmovilidad. Un surtidor insiste en inventar de nuevo la geometría. Aunque miran pasar y pasar a los transeúntes, las casas no dan un solo paso. Se encuentran en la colonia, la calle, la confianza y el número de siempre. Una elegante brisa se atuza los aromas. Las paredes, los tugurios, los rascacielos hablan seguridad, gritan rutina. Los hospitales, con su vestido blanco de enfermera, exudan salud por los cuatro costados: alzan ventanas sin resfríos, columnas no reumáticas, piedras cuya presión no tiene nada de alarmante. En posición de firmes, sólo admiten el aséptico derrumbe de los elevadores. El astro, en el cenit, hace que únicamente las sombras se desplomen de los edificios. La tarde, con su redada de grises, le pone los primeros cimientos a la noche. Los puentes continúan ocupados en tomar de la mano las dos orillas. El crepúsculo se inicia con un redoble de penumbras y la noche baja su tren de aterrizaje...

Mas el jueves diecinueve, cuando el asombro se hace madrugada, hay un pavor que se abre, un huracán que preña cada adobe, un tronar de oraciones en los dedos. La naturaleza, sepultada bajo edificios, avenidas, zapatos, depositada en las bodegas del olvido, resucita, se despereza, aflora dando manotazos y conjugándolo todo en presente de apocalipsis. El epicentro de la angustia es un nudo en la garganta. Los individuos corren a protegerse en los rincones, en el pasillo, en los marcos de una vieja leyenda o en el "lugar seguro" de una plegaria. Mas el techo (donde la lámpara es el sismógrafo al que los ojos elevan sus preguntas) salta a cohabitar con el piso y cada casa o vecindad, con su atmósfera agrietada,

corre, enloquecida, en dirección de los escombros. La palabra horror brinca del diccionario, se despelleja de sus letras y se clava en la frente. Una mujer, un hombre, un niño, en el primer cuadro de la inadvertencia, viven bajo los pies la conversión de lo sólido en gaseoso. Y quedan atrapados en el sitio exacto en que se establece un compromiso entre el espacio y la pesadilla. Un puñado de oxígeno, que no halla ni el elevador ni las escaleras, les hace compañía. Hombre, mujer, niño, oxígeno se saben en la sala de espera de la desesperanza. El ruido se esfuma poco a poco: hay un endeble silencio sostenido con estacas. Y se escuchan desde la trastienda del caos una, dos, tres voces que, con todas las palabras hincadas de rodillas, le demandan a su deidad la salida de emergencia del infierno. Pero Dios, si existe, se encuentra jugando un solitario, resolviendo un crucigrama de planetas o revisando las instalaciones de su perfección.

¿Quién es el responsable? ¿Quién despertó los zarpazos del escenario? ¿Quién convenció a las piedras de realizar sus inclinaciones homicidas? ¿Quién arrastró al suelo a sacudirse su horizontalidad adormilada? ¿Quién, desencadenando los vientos subterráneos, hizo que zozobrase la quietud en la loca pretensión marítima, cómplice de la incurable enfermedad de las anclas? ¿La divina providencia? ¿Un sabor amargo en la boca del destino?

Al asco en punto, cuando se haga el poema banquillo de acusados, y sean pasados por el odio el que diseña casas y edificios que ya desde su placenta de números eran añicos amalgamados, o el que vela la amenaza del derrumbe con los brochazos de su mentira fresca o con la policromía ronroneante de una mano de gato, llegará la hora de domesticar la fiera subterránea. Pero sólo será dable tal empeño si los hombres que no tienen los puños guardados en casa, si los individuos de manos callosas y un cerebro pintado de verde, logran alzar un nuevo terremoto, más violento, más caos, más hipnotizado por la nada, pero hoy contra el sistema, contra sus columnas burocráticas, contra la corrupción que se ha

hospedado en el enjambre de intersticios de sus muros, contra el techo de su poder ejecutivo y contra los pilotes de su iniciativa privada de madre.

EL TRÁNSITO

Sí, el crujido es el himno de la destrucción. Todas las cosas –los muebles, los arcones, los arbotantes– descubren que tienen una entraña y la vuelcan al exterior en un quejido. Mas el caos no es una epidemia contraída sólo por las cosas. No se limita a repartir, con su morral de grietas, la muerte en los alrededores. También sacude los estados de ánimo, los arregla, los convierte en pedazos de neuralgia al viento. No hay entonces ninguna decisión que no haya recibido instrucciones del vértigo o que no se haya inclinado a morderse los puños a escondidas.

Alguien deja, por ejemplo, de creer en su padre. Y deja de tener, al fin, las rodillas despellejadas. El respeto se le bambolea, y el futuro despide un inconfundible olor a añicos. Se hace fuerte en su pecho y le pide consejos a su náusea. Sabe que ha llegado el día de formar una comuna con su orgullo. Y saca a pasear a su mayoría de edad a los parques, a las cantinas, al aire puro.

Puede ser, igualmente, que una mujer enferma de sumisión, viva un desquiciamiento en su paciencia. Vaya a buscar el viejo masoquismo que guarda en el cajón de los pañuelos, cuidadosamente planchado, y lo arroje a la basura. Rompa su alcancía de rencores. Arroje la cocina al colofón de su existencia y, tras de descubrir que sus manos, embarazadas, se convierten en puños, se arremangue el entusiasmo para romper a hachazos la puerta clausurada, a la busca de un orgasmo de oxígeno.

No es difícil, tampoco, que en este mismo instante, un obrero, al hacer el mismo ademán por milésima vez, se tropiece con su rechinar de dientes, con su cólera nueva –su furor cachorro– que acaba por ponerlo en pie de muina: primero con dos o tres dedos que se declaran en huelga, después con sus manos que, en la materia prima de su propia carne, esculpen su completa parálisis, la belleza sin fin de la iracundia.

También es probable que el hombre rudo, el destetado de letras, el famélico de frases y guarismos, sienta que la misión oculta de las ciencias es patearle los testículos. Buscará, entonces, una salida de emergencia. Desnudará la atmósfera: la volverá intemperie. Y saldrá, firme el paso y la frente enredada en la nube de un propósito, a firmar el acta de su propia independencia.

El hijo rebelde, la mujer en ristre, el obrero en lucha y el ignorante en llamas dejan su contubernio con los muros y corren, como gotas retrasadas, a unirse al mar rugiente del mitin callejero, al océano que, con

oleaje de gerundios, desafía al orden imperante, a la inercia, a la tradición y su bestiario de ideas fijas.

Suena, entonces, la hora. En todas las palabras del diccionario que hablan de paz, armonía, calma hay un ligero temblor ominoso, como si les castañeteara el ser. El zapato da en el suelo con las vísceras o las menudencias de las verdades eternas.

Suena, entonces, la hora. Diseñador de escombros, el terremoto gana el corazón de las instituciones: en el templo, en la escuela, en el hogar los derrumbes se siguen unos a otros con la puntualidad de un tiempo por las divinas leyes aceitado.

Suena, entonces, la hora. Más que un cambio de sueños requerimos un cambio de cabezas. Poner las cosas en su debido desorden. Brindar, con pedazos de vidrio, por la anarquía existente. Hacer un inventario de las ruinas que vaya imaginando el fin del mundo.

**EL AZAR Y OTROS
DESVELO**

CAÍN

Pájaro estrafalario. Pero pájaro. Pájaro que rechina cada vez que pretende ser gorjeo. Pero pájaro. Artefacto de papel, varillas, engrudo que hace su nido en los extremos de mirada. Juguete de propulsión a sueño. Ángel extravagante manejado por el control remoto de mi júbilo.

Cometa con su cauda de trapos. Asteroide transterrado de la geometría. Prófugo del compás. Monarca del vaivén y los bandazos. Chirrido disonante de la música que va cada planeta tarareando.

Yo lo enseñé a volar. Le obsequié su primera cartilla de tormentas. Le dije de la atmósfera. Lo recluté a la célula de todos los que odiamos la ley de gravedad. Lo conjunté a manos con un hilo de la más flaca y dura vocación carcelaria. Inicialmente, lo hice moverse a lo largo de la pista, como el avión que no puede hacerse a las alturas si no corre olfateando una porción de tierra antes del vuelo. Después lo hice aletear temeridades. Lo presioné a codearse con los dioses. Lo encaramé al orgullo. Lo hice decoración del absoluto.

Pero llegó mi hermano. Y llegaron sus dedos. Y arribaron, con su relampagueo de níquel o de plata, las tijeras. Las tijeras y su hambre renovada de minucias. Las tijeras, hijas de la vindicta y la guadaña. El hilo fue tronchado y el cielo retornó a su condición de viejo invernadero de palabras mayores.

Me arrojé a un amasiato con la cólera. Mis entrañas se pusieron en pie de barricada. Mis músculos oyeron la consigna de la máxima alerta.

Quise soltar las riendas a mis puños. Me coloqué al oído del revólver. Mas preferí amarrar mis ansias asesinas al rechinar de dientes.

Después de vacilar, y comerme pedazos de mí mismo, finalmente sentí que a mi criatura le asistía el derecho de ser libre, de ser fiel a los votos de libertad que estaba predicando en el espacio. Miré cómo jugaba a ser crepúsculo. También cómo fingía ser el punto de cita de las ráfagas. La seguí en su propósito de hacer de su esperpento de colores el anuncio fugaz de lo sublime.

Y mientras, a lo lejos, adiviné a mi hermano revolcándose en los clavos de su cama, contemplé, satisfecho, el hilo roto, el hilo cabizbajo retenido por el pulgar y el índice de mi alma. Supe de la derrota de otra cárcel.

MUTACIÓN

Como perro sabueso detrás de unos pies en polvorosa, Caín corría en pos de Abel. Éste huía despavorido, sabiendo que su propia agonía le pisaba los talones. Arribaron finalmente a la ciudad. La persecución prosiguió. El persecutor y el perseguido llegaron por último al callejón sin salida. Pasaron lista a su resuello.

Abel divisó el muro, advirtió los estertores del camino, palpó la claudicación del porvenir. Se detuvo. Giró sobre sus pasos. Y aguardó la

llegada puntual del infortunio. Un ave de rapiña, allá en el cielo, se dedicó a exhibir las formas todas que luce la impaciencia.

Caín, blandiendo el arma, clavó los ojos en su víctima, en su pecado mortal. Hojeó las vivencias de su hermano. Descifró el jeroglífico del miedo en las provincias del aullido. Sufrió un transplante, entonces, de cerebro. Vivió el terror de una sentencia a muerte, de un brazo con el pulso marchito. Titubeó entonces. Y dejó caer la quijada de burro.

Abel miró a su hermano. Creyó ver la mirada de siempre: la vista sanguinaria y fratricida del enemigo de su oxígeno. Tomó por los cuernos la mirada, el parpadeo del odio. Lágrimas que eran un verdadero compendio del rechinar de dientes. Y levantó del polvo la quijada del asno.

Qué cambio de papeles: de un lado, la iracundia cambiándose de cuarto, cuitada en compasión, remordimiento. Del otro, la ternura mutada en pie de cólera, gatillo de la rabia. Qué mutación. Qué trueque de contrarios. Qué forma de engendrar la tesis y la antítesis su síntesis de sangre.

Llegué, como todas las mañanas, todos los días, a la pinche terminal de los autobuses para comenzar mi recorrido, mi chamba de un día sí y otro también. Agarré con las manos entumecidas el volante desde las cinco o antes o eso parecía por la oscuridad. Calenté el motor y salí como alma que lleva el diablo. Dentro de un rato el pasaje ojete va a llenar el camión. Y tengo que manejar y cobrar y cobrar y manejar. Dentro de un rato, maldita sea, esta nave va a ir atiborrada de gente como un mitin ambulante. No voy a poder respirar. Me puse a pensar en una bufanda. De esas calientitas de colores chillantes. Palabra que vendería mi alma por una bufanda. Nadie en la esquina. Disminuí la velocidad. Si al menos el café con leche no hubiera estado frío, pero la canija Chole siempre a destiempo, sin atenderlo a uno. Di vuelta a la derecha. Aplasté el acelerador. En la esquina no me esperaba ni un alma. Empecé a canturrear. Privilegio de la soledad es hacerle un rato al Jorge Negrete, al Pedro Infante, al Javier Solís. Atravesé no sé cuántas cuadras sin que un solo pasajero me hiciera la parada. A eso de las 5.15 la cosa me empezó a llamar la atención. ¿Qué mosca le picó al pasaje? ¿A todo mundo se le pegaron las sábanas? Me puse a caminar lentamente, casi a vuelta de rueda, y a pensar en el regaño de mi viejo, y darme de nuevo coraje porque se entromete en mis cosas y qué carajos le importa que yo me pase hablando muchas horas con la vecina. A lo lejos, a la mitad de la avenida, se distinguía el punto. Era un punto que movía la cola y caminaba distraídamente. Bajé la velocidad. Pisé el freno suavemente. El punto fue engordando, por uno de sus poros soltó un ladrido y le pude ver los ojos azorados y suicidas. Frené violentamente. El perro salió hecho una estampida dejando a sus espaldas el espectro de su espanto. Me detuve en la esquina, con la doble intención de reponerme del susto y de esperar al pasaje. Pero nadie se acercaba a mi jet. Ya había gente en la calle. Ya un periodiquero le estaba salpicando los canes a una criada tempranera que iba al pan. Ya unos niños, con las narices rojas, marchaban en fila india hacia la escuela. Un hombre, trasnochado, cargaba con dificultad su máscara de alcohol, culpa y ojeras. Después de esperar uno o dos minutos en la esquina, apachurré el acelerador. Y sentí que algo raro pasaba ese

día. Todo parecía igual. El sol, en el horizonte, haciendo de las suyas. Los coches a mi lado, ruidosos, tensos y agresivos como siempre. Una poca de gente yendo y viniendo igual, exactamente igual que todos los días. La rutina como pan nuestro. Todo parecía lo mismo, pero, el que nadie subiera al camión, el que después de tantas cuadras de la terminal, siguiera mi poderoso vacío, me pareció raro. Es algo que sucede, me dije. Dejé de pensar en ello. Carajo, la vecina está como quiere. Qué padre ayer en la noche. Voy a volver a pensar todo, con detalle, como si alguien me lo contara. Subí por la escalera. Desde el techo de mi casa vi su ventana. La vi llegar. Se estuvo peinando o arreglando el pelo. Se desvistió despacito. Qué chulas piernas. Y las chichis. Nunca hubiera imaginado lo grandes, blancotas y duras que están. La canija apagó entonces la luz. Mi máquina, vacía, iba corriendo al par de un delfín atestado ya de pasajeros. El contraste me hizo recapacitar en que algo pasaba. Consulté el regalo de cumpleaños de mi padre. Llevaba media hora de recorrido y nada. La cabeza me empezó a dar vueltas. En las sienes sentí el pulso de las arterias. El que un camión, a la cuarta parte de su travesía, fuera vacío, me empezó a parecer escandaloso. Era como si un día amaneciera el Defe sin su catedral. Imagínate que te despiertas temprano. Te bajas en la parada del zócalo, buscas el reloj de la catedral y anda vete de catedral. O es como si empezara a llover jugo de naranja y todas las señoras sacaran sus vasos por la ventana al acercarse el desayuno. O es como si el presidente de la República amaneciera sin el dedo que da el dedazo. Mi imaginación, mis comparaciones me distrajeron y hasta me hicieron reír un poco. Pero cuando volví a la realidad, cuando caí en cuenta de lo extraño y absurdo que resultaba ir al volante de un "camión vacío" me volvió a sofocar la angustia. Afortunadamente un hombre en la esquina me hizo una "parada". Todo volvió a serenarse. La normalidad ordenó nuevamente las cosas. La catedral volvió a su sitio. El jugo de naranja fue ordeñado otra vez en sus tetas naturales. El presidente de a República pudo con satisfacción contar en su mano cinco dedos. En la esquina estaba un hombre, con el brazo levantado, con un gesto tan seguro, tan tranquilizador, tan definitivo, que probablemente hasta las ráfagas del viento pensarían en detenerse. Yo aplasté el freno como quien aplasta el gusano de una velocidad enferma, de un movimiento repulsivo. Me acerqué lentamente a mi futuro pasajero. Se diría que mi nave empezó a

coquetear con él. A abrirle los brazos. Él, sereno, seguro de sí mismo, con gestos de gran resolución, subió el primer escalón de mi máquina. Pero en ese momento una mujer, que venía corriendo hacia nosotros, gritó: ¡Rodolfo, Rodolfo! bájate, quiero decirte una cosa. ¡Rodolfo! por lo que más quieras... Mi pasajero se bajó precipitadamente y se dirigió hacia la mujer. Yo, confundido, no pude menos que acelerar. Y acelerar con mi camión vacío. Y cuerdas y cuerdas se me vinieron encima. Y fui devorando poco a poco mi ruta. Entré al centro y a las calles más populosas y transitadas. En las banquetas deambulaban, de un lado y otro, multitud de peatones. En las calles los autos, las camionetas y los autobuses se pisaban los talones, se gruñían, se lanzaban tarascadas. Todos iban repletos, colmados, estallando gente. Pero yo, mi nave, mi instrumento de trabajo, íbamos, continuábamos yendo, vacíos, terrible, incomprendible, absurdamente vacíos, como si se tratara de un camión apestado. Unas mujeres estaban en la próxima esquina. Respiré un instante. Pero empezaron a caminar hacia una calle que no estaba en mi itinerario. Las seguí una cuadra, dos... Me acerqué a ellas. Las invité a subir. "Las llevo a donde quieran", les dije lleno de esperanzas. Pero ellas se encabronaron. "Es el colmo, gruñó una, ahora hasta nos siguen los chóferes con todo y autobuses". Volví, cabizbajo, a mi ruta. Sentía mareos, con la frente encendida y las manos empapadas. Dos horas, tres. Es imposible. ¿Qué pasa? Virgencita de Guadalupe: haz que en la próxima esquina se suba alguien, aunque sea una sola persona. Haz que vuelva lo cotidiano, lo normal, lo conocido. ¿Por qué nadie sube? ¿Por qué nadie me reintegra lo habitual? Y preso de ansiedades, como un mártir flechado de preguntas, divisé a la distancia, con los brazos abiertos del buen puerto, por fin mi terminal.

***DE POR QUÉ LOS ALUMNOS DE FILOSOFÍA
Y LETRAS NO SE DISTINGUEN
POR SUS CONOCIMIENTOS***

Bertha Núñez, bibliotecaria de la Facultad, era siempre la primera en llegar y la última en salir. Como esto ocurrió durante veinte años, el director de la escuela, por sugerencia de una asamblea tripartita (de maestros, alumnos y empleados) decidió condecorarla y regalarle un diploma. Este honor garantizó que durante otros veinte años siguiera siendo Bertha Núñez la primera en llegar y la última en salir de la biblioteca.

A las diez de la noche, todos los días apagaba las luces y cuidaba que la puerta exterior quedara bien cerrada bajo llave.

Apenas se perdían sus pasos por los corredores de la Facultad, cuando se oía dentro de la biblioteca un extraño estruendo y empezaban a descender (a saltar, a deslizarse) desde los libros algunos personajes. Raskolnikov dejaba a sus espaldas su habitación, brincaba desde Crimen y castigo hasta el centro de la sala. Pangloss había logrado evadirse del Cándido. El bachiller Sansón Carrasco departía entusiastamente con Falstaff. A la derecha se había formado un corrillo en el que la conversación sobre política era mantenida por Edipo, Pito Pérez, Swan, Telémaco y Kim.

Todas las noches ocurría lo mismo. Y más cuando había llegado a la biblioteca una remesa de nuevos libros. Todos, entonces, estaban deseosos de conocer a los personajes de las obras recién llegadas.

Un día, sin embargo, ocurrió algo inesperado y fatal: la señorita Bertha olvidó las llaves de su casa en su escritorio de la biblioteca y tuvo que volver, hacia las doce de la noche, a su lugar de trabajo. Apenas se escuchaban sus pasos en el corredor, cuando hubo un verdadero revuelo en la biblioteca. Los personajes se volvieron, nerviosos, a contemplarse entre ellos. En sus pechos se afirmó la existencia de un corazón agitado. Y cuando oyeron que la señorita Bertha introducía la llave en la puerta exterior de la biblioteca, se precipitaron en la más loca de las carreras,

hacia sus habitaciones, hacia sus refugios. Pero lo hicieron con tanta precipitación que los personajes se metieron en diferentes libros y, temerosos de que les volviera a ocurrir algo semejante, no tornaron a salir de ahí. La Julieta shakespereana fue a dar a *Las flores del mal*, Tartarin se escondió en las *Crónicas marcianas*, Gargantúa en *La perfecta casada* y la Justine en la *Imitación de Cristo*.

Esta es la razón por la que los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras no se distinguen por sus conocimientos.

REGUERO DE CUENTEMAS

LA TÁCTICA

Al abordar, jadeando, la página presente de este texto, se me ha ocurrido una fábula que me envidiarían el gran La Fontaine, el sentencioso Iriarte y el mínimo y dulce Monterroso. Va de cuento: las liebres, cansadas de aparecer, en la pantalla chica o en los labios de la abuela, derrotadas siempre y fatigadas de ser el perpetuo hazmerreír de toda meta, levantaron el puño, aullaron sus enconos y se declararon en huelga.

Su forma de lucha fue el tortuguismo.

DEMOCRACIA

Es cierto que el orgasmo no estaba en la orden del día. Pero los poros de la piel son soberanos.

FINALE

El programa incluía la marcha fúnebre de un músico anónimo del siglo XIX. El violín primero y la viola encendieron los motores de la angustia. El violín segundo ató un par de notas en un nudo en la garganta. El cello hizo una cabriola en el sexto compás. Y el cuarteto en pleno empezó sus dimes y diretes, sus quejumbres y sollozos. El público, impávido, distraído, se hallaba en las inmediaciones del bostezo. Fue entonces el instante en que advertí que algo extraño se gestaba. Cuando el cellista arribó a las semicorcheas del segundo tema, se le empezó a caer el pelo. Casi simultáneamente, el segundo violinista perdió intempestivamente una oreja que rodó hasta quedarse en el límite del escenario. El violista fue víctima de un proceso destructivo que, al mover la pierna, motivó que un

pie se le desmoronara. La marcha fúnebre llegó a su término. Cuatro esqueletos se prepararon para agradecer los aplausos.

MINICUENTO POLICIACO

A asesinó a B. Y, tras de hacerlo, se disfrazó de A'. C, después de múltiples pesquisas, y tras de asediar a una biblioteca entera de novelas policíacas, descubrió que A tenía las manos llenas de la sangre de B; pero no que A se hubiera disfrazado de A'. CH, en cambio, y por pura suerte, cayó en

cuenta, no que A hubiese asesinado a B, sino que A se había disfrazado de A'. C y CH han hecho una cita para comunicarse sus descubrimientos: el de C, que A mató a B; y el de CH, que A vive disfrazado de A'. Estamos a punto, se diría, de un caso resuelto. Pero resulta que D –el psiquiatra de A– ha revelado al mundo que A no sólo gusta de asumir tales o cuales disfraces, sino que padece un desdoblamiento de personalidad que lo hace figurarse a veces ser C y a veces CH.

INCIDENTE

La celebración de las bodas de oro llegó a su apogeo: la hija menor iluminó la sala con un pastel colmado de chocolate, nueces y años en llamas. Todo el mundo instó al padre a que, frente a las velas, mostrara la juventud de sus pulmones. Ya iba a hacerlo, cuando otro de sus hijos le recordó que antes de dar rienda suelta a su fuetazo de aire, debía demandar un deseo.

Hubo un momento de expectación. La atmósfera sintió la inminencia del aplauso. Y el hombre soltó la ráfaga violenta de su soplo. En ese instante, de golpe, se apagaron las velas y la vida de su esposa.

TELECOMUNICACIÓN

Cuidado con lo que piensas; no te regodees en tus deseos inconfesables; no organices en tu fuero interno una exposición de perversiones. Cuidado. Que tienes el alma intervenida.

TEDIUM VITAE

Algunos días deben ser arrojados a la basura. Nada pasó en ellos. Nadie tocó a nuestra puerta. El fastidio refuerza las juntas de su monarquía. Uno va de la cama al café con crema, lleno de esperanzas. Sueña con descubrir la ruta más corta hacia las Indias. Piensa en la mujer o en la amante de nuestro prójimo. Se pone ante la máquina de escribir. Cree que en el papel va a lograr que las nubes se desplacen lentamente, que los pájaros aleteen con los párpados de los lectores. Pero nada.

El memorándum tritura el embrión de un verso. Las alas están de nuevo entumecidas. El hastío lleva el compás de su propio cabeceo. Por la tarde se conciben grandes designios. La palabra imposible camina hacia el cadalso. El festín de la araña será a las ocho. Hay que comprar ginebra y tonic. No olvidar el queso y las aceitunas. Una cita es el mejor de los tesoros. Mas nadie viene. Nada ocurre. Solamente hay vacío. Por afuera, por adentro.

Es entonces cuando uno mira el cesto de basura, y tras de renegar de este día –que se va volviendo en ayer, a fuer de arrugas– leva anclas para hallarse (viento en popa, a toda almohada) lo más pronto posible en alto sueño.

NOÉ

Las fuerzas naturales fueron afinadas para iniciar el tercer movimiento de la sexta. El relámpago puso su brochazo de pintura blanca en el aire. La oscuridad, los truenos y los rayos empezaron a hojear un cuento de terror. Antes de descoserse, en las nubes hubo un mitin de cántaros. El viento sufrió la más histórica de sus pérdidas de paciencia. Los árboles comenzaron a flagelarse con latigazos de agua. Y se inició un huracán violento, compacto, infinito: algo que podría llamarse diluvio y cuenta nueva.

Yo me hallaba seguro, confiado y optimista, con mi barco de papel entre los dedos.

LO MÍNIMO PRODIGIOSO

El minicuento puede leerse en cualquier parte y a cualquier hora. Acostado o de pie. Bebiendo tequila o trasquilando una cerveza. Es dable devorarlo, de reajo, mientras tomamos los últimos sorbos de café con leche. Su solo tamaño nos invita a tener con él una aventura. Luce, a decir verdad, todas las virtudes de la mujer fácil: si en su cuerpo insinuante adivinamos la enmarañada seda de sus intimidades, sabemos que en su puerta no existen siete escrúpulos que nos obstruyan el paso.

Lo bueno, si minicuento, dos veces bueno.

GOLPE DE AUDACIA

Mis hijos y yo decidimos robar el banco. Enrique, Graciela y Guillermo se encargaron de la operación. Los tres lo hicieron encapuchados. Enrique llevaba la metralleta y Graciela y Memo las pistolas. Yo me quedé afuera, como chofer del automóvil. Guillermo llevó la voz cantante, ordenó que todos se arrojaran al suelo "para oír la respiración de las hormigas" –según dijo, con una ironía de dudoso gusto. Desarmó al policía bancario. Y exigió a las cajeras que llenaran las bolsas. Quique vigiló, con su metralleta, y con una mirada dura y acerada, que se cumplieran las órdenes. Graciela recogió las bolsas. Y los tres salieron, con el botín a cuestas, hacia el auto. Yo metí primera. Y corrí a no sé cuántos despropósitos por hora. Llegamos al viejo departamento. Dividimos el botín y nos convertimos en cuatro millonarios.

Al terminar de contar mi parte, y al comprobar que el mundo de privaciones, inseguridad, temor habían terminado para siempre, me puse a gritar y gritar, electrizado por el júbilo. Lo malo es que grité tanto, con tal ansia y tamaña intensidad, que acabé por despertarme...

Los rayos del sol cayeron, entonces, en mis manos para desinfectarlas, definitivamente, de sus malas intenciones.

UNA LLAMADA TELEFÓNICA

Sí, ¿con quién hablo? Silencio. Bueno, bueno, ¿quién es? Silencio. ¿Eres tú, Cristina? Silencio. ¿Guadalupe? Silencio. Por favor, carajo, ¿quién habla? Silencio. ¿Serás tú, oh silencio, quien me llama? Silencio.

UN MÉDICO, POR FAVOR

Era el momento del salto mortal. El público guardó su lengua. El redoble de tambores puso el telón de fondo de la expectación. El acróbata dio un paso. ¿Y las redes?, preguntó alguien. "Las están poniendo", le respondieron. Vino el salto triple. Y la gente, feliz, escaló las cimas de su propio delirio. Lo malo es que el niño cardíaco que estaba en las gradas lanzó su corazón, allá en el pecho, también hacia el espacio, pero lo hizo sin redes protectoras.

SUPLICIO

Ya todo está suficientemente discutido. Que se vote. Sí, que se vote.

Se llegó sin embargo a un empate y el empate es siempre el cercenamiento del camino, el confiscamiento de los pies.

Había, además, dos abstenciones.

Se reabrió la discusión. Y después de quince oradores se oyó la voz: está suficientemente discutido. Que se vote.

Se votó. Y mientras uno de los que se abstuvieron votó por una posición, el otro votó por la posición contraria. Hubo, pues, de nuevo un empate.

Nueva discusión. Nuevos oradores. Nuevas abstenciones. Nuevo empate.

Y así por los siglos de los siglos.

Dante quedó horrorizado. Y decidió seguir su camino.

Por fortuna Virgilio no votó en sentido contrario.

LA OTRA CARA DE LA LUNA

Fue entonces cuando en sueños me dediqué a interpretar la realidad. Si el sueño, según Freud, es la realización de un deseo, la realidad, según yo (como durmiente) es la des-realización de un deseo. Las dos tesis, pues, se complementan. Una vale para los despiertos. Otra, para los dormidos. Una ha recibido el aplauso generalizado de los hombres y otra –la de un servidor– el aplauso generalizado de los fantasmas.

NEGOCIOS DE LA LIBIDO

CONVOCATORIA

Considerando que la soledad, mediante un golpe de mano, tomó posesión de mi cocina, mi comedor y mi recámara, que amordazó mi timbre y que, además, se dedicó a degollar no sé cuántas palomas mensajeras.

Considerando que el hilo de mi voz ha acabado por hacérseme un nudo en la garganta, que mis cartas de amor han sido ganadas por los manchones de tinta y que mi borrador es impotente ante las sílabas que brotan de mis llagas.

Considerando que el deseo me asaltó al doblar una calle, salpicó las falanges de mi impulso, amuebló cada poro de mi audacia y arrimó mi epidermis al infierno.

Considerando que tú naciste para robarle espacio al infortunio y firmar un armisticio con los garfios.

Convoco al cielo, a la luz y a la temperatura, a la música sin fin de aves inconclusas y a las ráfagas mensajeras de la flora, a que te envuelvan, te acaricien y moldeen en ti el estado de ánimo de quien durante horas se sienta a orillas del teléfono a pescar una ilusión inconfesable.

Convoco también a tu audacia, a tus sueños, a tus fibras a que te exciten, te entusiasmen y te digan: "eres, mujer, un puñado de vísceras a la espera del milagro. Desabotónate los prejuicios. Pon tu corazón en el quicio de la entrada. No dejes a las yemas de tus dedos marchitarse en el arcón perfumado de la abuela. Que tus piernas no sigan, por el amor de Dios, cerradas a piedra y lodo".

ESTRATAGEMAS PARA DESCLAVARME

Cuando niño, inventé, para uso personal, una nana. No una nana cualquiera. No una espía (con delantal) de mi conducta, personificación de un decálogo de nalgadas y un panegírico a la línea recta, sino una mujer dedicada de tiempo completo a quitarme poco a poco, pacientemente, lo niño. Lo niño y la ingenuidad, que no es otra cosa que la prolongación del clamor de la sonaja a lo largo de la vida. Mi nana, con archipiélagos de desnudez inquietante en su ropaje, sólo se presentaba ante mí si se cumplían dos condiciones: que me concentrara (torciéndole un brazo a la imaginación) y produjera un estallido de dedos. La recuerdo situada en la puerta de mi alcoba vigilando que nadie entrara, mientras yo escarbaba el cofre de mi cuerpo hasta espigar una alhaja con la mano. En uno de mis cumpleaños, a la edad en que mis pantalones cortos oían ya el canto de sirenas del suelo, ella se colocó en mi oído, y me regaló (sin papel de celofán) todas las palabras prohibidas existentes. Mi nana fue mi primera novia. Después de cada una de sus visitas, mi rostro quedaba embadurnado de besos. A veces íbamos al parque y nos sentábamos en el pasto a escribirle una carta de amor a nuestro enamoramiento. Una tarde, llegó con una blusa que había extraviado uno de sus botones. Los senos, velados por la cáscara del recato, dejaban a la intemperie los dos segmentos de línea curva que requiere el cuadro de la insinuación. El cosquilleo de mis manos subió de punto. Y mis ojos, mis yemas y mi lengua recibieron su primera lección de blancura. La novia inicial

desapareció de mi vida, con la nube de polvo que deja a sus espaldas todo gerundio; pero me dejó esa "pasión por los pezones" que es lo primero que apuntan los psicoanalistas en sus libretas cuando se hallan haciendo una radiografía de los desequilibrios de mi fuero interno. Mi primera novia desapareció porque le pedí la mano a mi nana. Deseé contraer nupcias con mi sueño. Escribir una epopeya a la inocente tosudez de su himen. Copular a perpetuidad con su tacto de franela. Ella se consiguió un vestido de novia que era un carnaval de seda con relampagueos de satín y brocados churriguerescos. En el umbral de la iglesia me dijo: ¿Sabes, amor mío, que debajo de esta sinfonía de telas no traigo ropa interior? El inicio de mi respuesta fue apagado por los primeros acordes del incienso. Tras de una ardua jornada de trabajo –en que con un equipo de camaradas, remendaba algunos rincones de nuestro mundo– tornaba, día con día, a mi hogar. Aquí, recorría siempre el mismo itinerario: las pantuflas, la pipa, la copa de cristal, los pezones y el diálogo sudoroso de las ansias. Pero también se hizo trizas mi matrimonio, ahogado por las manecillas del aburrimiento o desvanecido por los bostezos de mi epidermis. Di un portazo. Las palabras incoherentes y coléricas quedaron, en su allende, mordién dose los puños. Y yo corrí a la busca de una amante. Troné los dedos. Mi nana se cambió de traje. Y empecé a degustar los goces de lo prohibido, de las citas en el cuarto piso de la clandestinidad, de la paulatina perversión de un lecho por el catálogo de posturas tomadas por la decisión y el atrevimiento.

Un día apareció, sin embargo, una mujer de carne y sexo. Me tomó silenciosamente la mano. Y atravesé con ella todos los litorales de la primera persona del plural. En ese instante se desvaneció mi nana. Dio un paso en falso y se convirtió en espectro, borrón de tinta, la parte sublime de un delirio. Por más que me concentrara, por más que acribillase a mi entorno con tronidos de dedos, mi nana fue perdiéndose poco a poco...

Mas ahora, ya viejo, sin novia, sin esposa, sin amante, dando vueltas y vueltas a mi cuarto vacío, urdiendo sin descanso estratagemas para desclavarme del suplicio, estoy tentado –por eso tengo los dedos enrojecidos– a inventarme, para uso personal, otra vez una nana.

EL VIGÍA

Todo habitante urbano, todo animal de ciudad, cultiva un amor inconfesable por las azoteas. Ahí, en los prolegómenos de la limpidez, instala el tendedero de sus ilusiones. Lee poemas al oído de la nube. Filtra secretos en las patas de las brisas mensajeras. Hace, en fin, una redada de constelaciones.

Adolescente, yo gustaba también de tutearme con la región más transparente del deseo. Por una escalera empotrada al muro (como ala adherida a un hombro), no sin peligro de caerme, todas las tardes, rayando la luna, me encaramaba a mi delirio de infinitos, mi vista de águila, mi atalaya de imposibles, mi primer asedio a los superlativos.

Qué emoción inenarrable era tener el firmamento a la mano, las estrellas desprotegidas, el espacio pidiendo clemencia, el infinito conquistado con una simple escala.

En las azoteas ocurren hechos increíbles: la mariposa que se detiene en la cabeza del perro dormido, justo entre sus orejas, para dar ocasión a que la poesía saque una instantánea; el encolerizamiento que persigue con una escoba, para barrerle travesuras, a una ráfaga de pantalones cortos; la lavandera que se empeña en desteñir, como otra pieza de su ropa enjabonada, un pedazo rebelde de crepúsculo.

En mi juventud, me encantaba ascender a mi escondite aéreo al instante en que la negrura se roba la escena, la noche jala los cordones de las lámparas y se dedican las estrellas a tartamudear sus luces.

Un día, tras de afinar las cuerdas de la audacia y tras de introducirme en el ser-parado-de-puntas de la curiosidad, se abrió frente a mis ojos, sin el más mínimo parpadear de la ventana, un muestrario de delicias o un escaparate de concupiscencias.

Una alcoba, de común enmudecida por las sombras de su irrelevancia, se convirtió en escenario por obra de la luz eléctrica. Y ahí, dos mujeres desnudas y un pervertido espejo comenzaron a intercambiar

caricias. Un lecho se llenó de blancura. Desde la azotea, los interruptores de luz en las paredes me parecían cálidos y erectos pezones.

Cada mujer convertía sus dedos en la ropa interior de su acosada. Como Venus del mar, un beso saltó de su placenta de saliva hacia la comisura ensortijada de un escondido labio. La excitación humedeció sus propios recovecos y, orquestada por un trémolo de respiraciones, llegó a su exaltación de cielo abierto la música sublime de los muslos. El espejo quedó profundamente fatigado.

Ese día espío mi adolescencia los secretos de alcoba que forman la ciudad con igual justicia que la argamasa, los adobes o los tinacos. Durante varias noches las niñas corruptibles de mis ojos se embarcaron para ir, a toda vela, a la isla de Lesbos. Y me hicieron asomarme, ante ese barboteo de caricias, a la perversidad de origen que cargo –que cargamos– en las entrañas del cerebro o a la inclinación que tengo, desde entonces, por todo "se prohíbe la entrada" que me hace rondar por las inmediaciones de lo vedado, suspirarle cartas, paladear sus debilidades, rogarle con las lágrimas en las manos.

UNA MUJER Y SUS DESOLACIONES

Empezó la mujer a dudar de sus huellas digitales. Consultaba, por lo menos una vez al día, su fe de bautizo. Se pasaba horas enteras jalándole la manga al espejo. Abría desorbitadamente los ojos y se pellizcaba la identidad. Sentía que la cama, la silla y la melancolía, como las estrellas en lo alto y los gusanos en el limo, cabían cómodamente en algunas de las formas del verbo ser; pero ella había extraviado, ante un golpe del aire, sus facciones, su rúbrica y su acta de nacimiento quién sabe dónde y quién sabe cuándo. Se hallaba, pues, a la búsqueda del rostro, los ademanes o las manías identificadoras que la condujesen a sí misma, a un nombre y un

apellido sin grietas ni desmoronamientos, a una tierra firme que dejara la zozobra y el naufragio, olorosos a mar, allá a su espalda.

La pregunta ¿quién soy? le quemó la punta de la lengua y le electrizó las entrañas. Empezó entonces a buscarse en los otros. Preguntó a todo mundo las opiniones que sobre ella tenían. Se ilusionó pensando que su ser, abreviado en la más exacta de las definiciones, se encontraba en la boca del amigo, la honradez de la hermana, el atrevimiento del compañero de viaje. Pero el resultado de su investigación fue tan confuso que se sintió extraviada en ese hilo de Ariadna enmarañado.

Entonces la mujer, sacada de quicio, recordó aquel refrán (caro al divino escudero de Don Quijote) que dice: "Pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros dirán que es negro". No voy a poner más lo mío "en concejo", rugió. No voy a hacer ninguna otra encuesta. Mi identidad no se encuentra allá, fuera de mí, en los labios, las ocurrencias o las fantasías de los otros. Mi yo no puede estar hecho con gotas de saliva ajena. Mujer, tienes que volver los ojos a ti, escarbar a dos manos hacia tu fuero interno, hurgar en tu interior la veta de ti misma. Debes hacer que en tu pecho se hinque de rodillas la pregunta de quién eres. Y ponerte a la espera de que el interrogante, transubstanciado en ruego, sea escuchado por tu entraña, tu esencia, tu ser propio.

¿Soy una mujer bella?, balbuceas. Y recordando a tus admiradores, a los implacables enemigos de tu ropa, a las miradas lascivas que espolvorean tacto, al desorden que tus piernas producen en el cosmos, suspiras: Sí, lo soy. ¿Soy también inteligente? No me cabe la menor duda. Entiendo a la perfección no sólo lo que leo, sino lo que culebrea entre líneas. Sé discernir, en cualquier discusión, quién se halla en tierra firme y quién mete los pies en un naufragio. Puedo arrojar la red de mis circunvoluciones cerebrales para pescar mi pesca. Soy hermosa. También inteligente.

Pero a veces –divagas– me siento fea. Voy por las calles y los espejos, vidrieras y escaparates me gritan: qué desagradable, qué insignificante, qué poco apetecible eres. ¿Por qué no te quedaste en casa? ¿Por qué insistes en sacar de paseo ese gesto repugnante que se instaló en tus labios, a esas ojeras de diosa venida a infierno, a esa palidez de leche

enferma que sella tus mejillas? Y a veces –insistes– me creo tonta. ¿De qué habla este hombre? No entiendo nada. Sus argumentos me parecen diversas manifestaciones del mido. No soy capaz de ver más allá de mis pestañas. Soy una profesional de la miopía.

Por eso la mujer, tras de dudar de sus huellas digitales, salió a la búsqueda de la identidad perdida, a soñar que entre el acta de nacimiento (plagada de chillidos) y el acta de defunción (constancia de un silencio) ella tendría que ser alguien que por lo menos encarnase las vicisitudes de un pronombre.

Pobre mujer, simplemente eres una extranjera que no ha aprendido a hablar el lenguaje del ser.

QUIROMANCIA

La palma de tu mano, ante la voracidad del ojo mío, se burla de la noria de manecillas que, en el cronómetro, giran sin cesar en redor al presente. Ella habla otro lenguaje. Es huésped de distinto tiempo verbal. Le desprende su cáscara al enigma. Quita las telarañas del ojo de la cerradura. Sabe del pasadizo secreto a los pronósticos. Y empuñando su destino, alza ante la vista el manojito de líneas del cerebro, del corazón, de la vida.

(Pero demanda un intérprete. Un lector que sepa sumergirse en el alfabeto de las corazonadas. Un individuo que se coloque los vaticinios como lentes de contacto. Alguien que haya tomado cursos de divinidad. Un hombre que, lupa en mano, rescatando las minucias y desempolvando los diminutivos, se sitúe en la proa de un gerundio con el grito de: ¡futuro a la vista!).

Tu línea del cerebro me revela que en tu interior harás la guerra santa contra los catecismos, contra los silabarios de lo eterno. Le construirás altares a tu duda. No bajarás el ángel de la guarda de tu espíritu crítico frente a las mil argucias del incienso. Tendrás, qué duda cabe, incertidumbres, sueños a medio hacer, preguntas que desbordan tu saliva. Infinidad de veces sentirás que tu materia gris, sumida en la negrura de lo incierto, pasara y pasara la noche en blanco. Pero siempre estarás allá tu misma, con la ventana abierta y sin grilletes.

Esta línea (la de tu corazón) me dice que mañana sufrirás un infarto de poesía. Acunará palpitaciones de trote octosilábico y una métrica irregular asaltarán a tu pulso. Padecerás una febrícula de imágenes y un delirio de metáforas. Pero acabarás por vomitar los ripios, la retórica, las vanidades hasta lograr la salud de la hoja en blanco. Tu camino se encontrará empedrado de deliquios. Conversarás con tu carne. Te pondrás al oído de la almohada.

Ésta, bajo mi dedo, es tu línea de la vida. Aquí estás más desnuda que en la entrega, cuando el cuerpo se ciñe la intemperie. Veo que harás un viaje alrededor de tus instintos con escala en quién sabe cuántos éxtasis. Acondicionarás tus ojos para que en ellos quepan cinco continentes. Y a la vuelta traerás en tu equipaje la curva de experiencias de tu viaje redondo. Más aguarda. Aquí miro, en la esquina de una calle populosa, que una cifra de números con terminaciones insinuantes te jalará la manga. Escogerás alguno, y lo harás a sabiendas de que obtendrás no sólo el reintegro del júbilo, sino la combinación para la caja fuerte.

Proseguirás tu vida, tu rosario de instantes, ensartando sucesos previsibles y sorpresas. Ensillarás a veces uno de tus presentimientos. Y saludarás al porvenir como viejo conocido. Sufrirás en veces el zarpazo de una esquina y te quedarás lamiendo las heridas del asombro.

Tu instinto de conservación tendrá todos los cumpleaños que desees. Sólo la fatiga –en secretos amores con la tierra mortuoria– habrá de darle la espalda al oxígeno. Oyes bien. Fallecerás de pronto, sin caer en cuenta del desorden en tu entraña. Morirás con tu gente, como el centro al que acompaña, al expirar, toda su periferia.

Vislumbro, en fin, que ahora, cuando terminemos la sesión, y los augurios a amueblar tu memoria y tus cautelas, miraras de reojo a tu divino, parpadearas no sé qué insinuaciones, y dejaras en mis dedos, al acto de despedirnos, un tramo intenso y dulce de la línea de tu vida.

LA CÁTEDRA

El Perverso vio de frente a la Mujer Normal. Descubrió el escondite de la cremallera. Y dijo: ¿por qué te asustan mis insinuaciones? La Mujer Normal sintió que el sudor le perlaba el impulso. Bajó los párpados. Y salió de debajo de la cama.

El Perverso insistió: ¿qué tienes contra mis manos? La Mujer Normal se limpió el polvo y se echó a llorar. El Perverso la sentó por la fuerza en sus piernas, se puso los lentes y empezó la lectura de su monografía sobre el pecado.

Un año después, la Mujer Normal se deshizo del remordimiento. No simpatizaba, sin duda, con las infracciones de tránsito. No entendía el dialecto de las exageraciones. No le soltaba las riendas a sus atrevimientos. Pero ya había organizado un círculo de estudios con sus zonas erógenas. Ya había conversado de pornografía con las yemas de sus dedos. Ya, en fin, se había decidido a cometer, sin titubeos, pecados inmorales.

Y así, la Mujer Normal se fue deslizando imperceptiblemente hacia el último cajón de la libido, hacia el relajamiento de sus negaciones, hacia la apoteosis de lo reprimido, hacia las ocho columnas del escándalo.

El Perverso la contemplaba, a todo, como el maestro ve a su pupila, la nena de sus ojos. Aplaudía. Canturreaba victoria. Y registraba puntualmente los adelantos sensoriales de ese corazón revestido de tacto.

La Mujer Normal, sin embargo, rompió todo límite. Cohabitó con el lado más húmedo de los secretos, sedujo a sus indiferencias, escarbó en toda cama a la búsqueda del paraíso y estuvo a punto de morir, como Cleopatra, por la mordedura de un falo.

El paso de la Mujer Normal aventajó al Perverso. Lo dejó muy atrás, dedicado a masturbar quién sabe qué ortodoxia.

La Perversa vio de frente al Hombre Normal. Descubrió el escondite de su cremallera. Y dijo: ¿por qué te asustan mis insinuaciones?

PRIMEROS PASOS EN LA RECTA FINAL

Hace tiempo, tuve unos amores tormentosos. De la noche a la mañana, me hallé con pañuelos compungidos, convulsiones, requerimientos y portazos. Mi solapa estuvo a punto de perder su dignidad. Mi teléfono abandonó su papel tradicional de resquicio, ojo de cerradura para el tímpano, para volverse ventanal ante la angustia ajena, las manos desquiciadas y la agitación de un estandarte de ojeras acusadoras. Mi corazón dio un traspie y cayó en un pequeño charco de lágrimas. Pero no puedo recordar el nombre de la mujer que tanto demandó y ocasionó. Comenzar a peinar olvidos y extraviar el nombre de una amante –de una mujer que

coleccionaba orgasmos de poeta— es el signo inicial, inconfundible, de que se empieza a envejecer.

TRADICIÓN

Se contaba en mi familia –en el discreto pianísimo del cuchicheo– que una tía no muy lejana sufría tal pasión por el vicio del juego, que descendió a una conducta indescriptible: con tal de no perder una de sus citas con los naipes, y una nueva oportunidad de barajar su providencia, ocultó la muerte del hijo recién nacido (al que escondió en el arcón de un ropero), y sólo después de terminada la partida, reveló a todo mundo la desgracia.

Yo tengo para mí que esa leyenda es un infundio. Algo urdido por el mundo contra los González. O tal vez una historia imaginada por nuestra propia mente enloquecida para formar nuestro museo dedicado al masoquismo. No obstante, la leyenda está ahí, y pasa de generación en generación con la misma regularidad con que lo hace todo testamento de genes. Está ahí. Pero emboscada. Fingiendo no existir.

Por eso, no dejó de sorprenderme –astilla, en fin, de ese árbol genealógico– que ayer por la noche, después de las copas de campari, los besos a medio hacer, la excitación en clara sintonía con un vientre, corrí a ocultar mi amor exangüe, recientemente muerto, en el arcón del viejo ropero familiar, para lanzarme después a un amorío, a mi vicio de siempre.

HOJA DE PARRA

Pásame toda tu ropa y tus pudores para ponerlos en la silla. También esa prenda. Sí, ándale. No te dejes convencer por los botones. Ahora acuéstate en la cama. Córrete un poco. Ah, espérame... voy a apagar esta hoja en que escribo.

EN LA CANTINA

Usted, mi querido vate, no debió de bajar la guardia. No midió las consecuencias. Se arrojó al precipicio como si esos muñones desplumados fueran alas. Pero no quiero insistir demasiado: usted, en ese estado lamentable en que está, con ese temblor gelatinoso sobre el labio y esa palidez de corazón arrepentido, es la magna obra de 'su propio remordimiento. Espere, no huya. Una buena dosis de verdad lo mantendrá despierto y le hará bien al estómago. Espere. Venga acá. Quiero que me oiga. Pues qué, mi Amado Nervo, ¿no quiere por un rato compañía? Yo también, ya lo sabe, comercio con las nueve musarañas. Usted sabe, mi poeta, que las manos están hechas, casi siempre, para cumplir una función precautoria. Existen, y están cumplidamente revestidas de tacto, *por si* hay una avería en los ojos, por si las moscas hay moscas que vivan de comerse párpados. Están estructuradas, entonces, para tocar, para que el individuo no tropiece, para que las tinieblas no se salgan con la suya. Pero las manos de esa mujer que ya sabe habían sido diseñadas para acariciar y ser acariciadas. Eran el adobe inicial para armar la prueba de existencia del infinito, al hacer que el yo y el tú, frente a frente, se multiplicaran en un etcétera infatigable.

¿Usted, mi Díaz Mirón, no tomó en cuenta que asumir ese ombligo femenino como su numen poético traería riesgos insospechados? Es verdad que era un ombligo pequeño con aspiraciones de punto final. Es cierto que era una obra maestra enroscada en su propia miniatura. Y también (¿por qué escatimarle orgasmos a la lengua?) el recoveco sensual de los secretos. Pero tener a esa mueca-de-vientre como centro del mundo, como el altar de los más violentos fanatismos, tuvo sus consecuencias.

Sí, ya lo sé; usted no podía vivir sin sus caderas. Desde el día en que ella paseó, ante sus ojos, la doble curvatura que pone entre paréntesis la carne reservada a la lujuria, usted no pudo pegar los párpados. Fue como ese niño arrojado del paraíso por la insolencia de una vitrina. Sí, sus caderas. El vaivén sensorial que iba voceando a plena calle una doble versión de la concupis-cencia. No pudo usted, amigo mío, dejar de estirar los dedos como el gorila aquel que encontró en un manzano su eslabón perdido.

Pero lo más difícil fue la derrota de los senos. Por más que se hallaran amotinados, en pie de blancura, con una mala opinión de la intemperie, fueron si no vistos por usted, sí adivinados, descubiertos por ese par de ojos que la materia gris sabe construirle. Su estrategia fue simple: se redujo al asalto. A agarrarle el deseo por la espalda. A sorprenderle, mustio, con su *de repente*. A empujarla al borde de sí misma. Ahí la vio, mi amigo, deshojada la flor del titubeo. Y el corpiño mostró ser una cárcel sin convicciones, blanda, floja, sin un solo resquicio insobornable.

Mi Sabines: usted le habló de sexo. De ponerle zapatos a las dudas. De ya no ser dos frutos que se andan por las ramas. Usted le habló de ser más tolerante con sus ímpetus. De amaestrar sus pudores. De integrarse, desnudos, al flujo y al reflujo de las sábanas. Ella escuchó su voz y fue cediendo provincias y provincias. Usted se puso entonces a ocuparlas. Los brazos y los hombros. El beso y su jadeo prematuro. La cintura y el vientre. El pezón revestido tan sólo por espacio. Usted, caro poeta, extendió sus dominios y toda zona erógena cayó en sus litorales.

Usted (salud, mi bardo) pensó que todo en ella era perfecto. La excepción existía, pero usted la alejó de la conciencia. Usted, frente a aquel gesto, se hizo el desentendido. Y el gesto persistió sobre la cara como una maldición. Usted no quiso ver la errata del demiurgo. La acuarela fugaz y repulsiva a mitad del semblante. No escuchó, mi poeta, las voces de los ojos. A tal asco no supo sacarle una instantánea. Y prosiguió su avance conquista.

Chóquela, mi Ramón López Velarde. Usted robó a los dioses. Creyó dar a sus manos, con tal golpe de cielo, el rayo que no cesa. Pero no imaginó que las deidades tomarían venganza. No se me achicopale. Yo lo entiendo. Ahora, cuando vive, o debería vivir, recibiendo masajes de la diosa y brindando caricias a la estatua de su propio deseo, se siente, sí, lo sé, amarrado al peñasco del suplicio, mientras que le devora las entrañas, poco a poco, sin prisa, para siempre, el buitres de aquel gesto, mi poeta, que usted, ilusionado por tanta perfección que iba a sus arcas, menospreció en su día.

EL TRÁNSITO II

1. LA LÍNEA MÁS CORTA

LA ENVIDIA

Sí, voy a consultar a mi reloj para ver si ya es hora de hacerles una confidencia. No se trata del reloj de pulsera subcutáneo, sino de un verdadero cronómetro, de un antropófago de instantes cuya manecilla – que crea y que destruye sin descanso la burbuja del *ahora*– ha dado ya a mi lápiz la señal de que es necesario comenzar su melodía de plomo.

Los poetas andamos por ahí sufriendo una infinita envidia por los pintores, por esos individuos que rebautizan la ceguera con el nombre de infierno. Ni modo, deseo confesarlo: padecemos una tristeza –que se muerde los puños– por el bien ajeno. Nada nos molesta más que saber que esos artistas, con un arcoiris vibrándoles en la mano izquierda, tienen frente a sí una modelo más desnuda que la espada del caballero medieval lleno de cólera. Una modelo desvestida, untada de luna, una *preciosa* que ha dejado su pudor almidonado y con encajes en el cajón del ropero. Vestida solamente con una sonrisa. O con un lunar avergonzado que piensa sólo en cómo evaporarse. Cuerpo que intenta torpemente tapar los senos con un par de pezones o tuchar el pubis con un mechón de tinta. Cuerpo empeñado durante horas en ser fiel a su voto de inmovilidad.

Por eso, al tiempo de hacer esta confidencia, voy a largar esta otra: soy el primer poeta del universo mundo que emplea para forjar ciertos poemas, una modelo. Oyeron bien: una modelo, una mujer que prefiere un habitáculo de palabras a ser una criatura de la perspectiva.

Mi poema comienza con el acto de desnudarse de mi amiga, con ese instante único en que el mundo aumenta en uno más la lista de milagros, como la sonata perfecta que en medio de la sala se desabotona los silencios. Más adelante, cuando sólo la ropa interior y su tibio reducto de secretos protege a la modelo del frío, del ojo afrodisíaco de la cerradura y de mi lápiz, digo: "pienso cómo me irrita que Venus se halle velada por antosalas de lino, preámbulos de lana o pudores de ceda".

| Pero ella le da la palabra a sus muslos y al moreno color que los exalta. Enfoco la pupila. Embarazo mi pluma. Sacudo mi mano derecha. Vuelvo los ojos al papel. Apunto: "un seno, tras la atmósfera, se halla en cuarto creciente. Tras un esfuerzo, rompe al fin el pudor. Rasga el corpiño. Y afirma, a plena piel, su plenilunio". Digo también: "Tengo preparado todo el hilo de Ariadna para entrar en tu ombligo". Subrayo: Ese lunar que luces cabe el seno (como un ápice de niño buscando su fontana) engalana, entre líneas, a la mujer de mi poema". "No te quedes inmóvil. Camina por el cuarto. Teje los cuatro puntos cardinales. Sólo un pintor académico –que consulta el diccionario de la rima cada vez que da un brochazo– puede gustar más del agua estancada que del riachuelo".

Las rítmicas caderas, ya sin ropa, se llenan de bellísimas palabras, inaudibles tan sólo para aquellos que sufren, en los tímpanos, alguna de las enfermedades que acaban por crucificar a los instintos. Mi modelo camina, se dirige a la ventana a embarrarse de luz, luego vuelve salpicando su entorno de luciérnagas.

Mas qué distintos somos pintores y portaliras. Al terminar una sesión, los pintores, salvo que tengan alma de poetas, depositan en la palma de la mano de la mujer las ruedecillas contantes y sonantes del contrato. Después, la despedida.

Los poetas, en cambio, cuando le dan los últimos retoques al poema, piensan que la sesión, lejos de haber llegado a su término, no ha sido otra cosa que el preludio de un intento de fuga a varias voces formado con cantos de sirena. Cierran, pues, las ventanas. Convierten el estudio en una alcoba. Incitan a la lámpara a bajar la voz hasta la confidencia. Y sienten que tras de dar de baja a un adjetivo, ponerle más combustible a un verbo y pulir en un esdrújulo las redondeces todas de la mujer que posa, llega el momento de la complicidad entre el frío y la temperatura del deseo.

El lápiz se detiene al pie de su eyaculación, como el que gusta sólo de merodear el paraíso. Poco después, y durante toda la noche, se escucha la respiración profunda del sueño en la mujer, en el poeta y en su lápiz. A este último es al que con más dificultad puede llevarse la excitación al sueño.

AUTOBIOGRÁFICA

Sí, soy un cementerio nuevo,

que ha estrenado esta tarde

una mujer que ha muerto.

Juan Ramón Jiménez.

Soy uno de esos individuos que deciden un día vocear sus memorias.

Invitar a la posteridad a visitar mi casa, mi alcoba, mi cerebro y la cara oculta de sus fantasmas. Hablar del enamoramiento de mis padres, donde probablemente se insinuó por primera vez el puñado de células que conjugo en presente de individuo. Y también comprometer a la mano de uno de mis hijos o de mis deudos a rematar mi escrito con la aclaración de que el autor falleció el día tantos, a las tales horas, en el pináculo de su último segundo, y quizás en olor a soledad.

Entre estos dos extremos, tengo una buena cantidad de cosas que decir. Que la comadrona, por ejemplo, me obsequió –no como regalo de cumpleaños sino como don por haber cumplido mi primer instante– un salvoconducto para acceder sin trabas al oxígeno y este reloj del pulso que sigue cuenta que te cuenta su camándula de segundos. Una buena cantidad de cosas que decir. Que los senos de mi madre –y en alguna ocasión los de mi tía María Luisa– pusieron brochazos de blancura en mis entrañas. Que la parvada de pellizcos salvajes me hicieron un buen niño: limpio, obediente, tartamudo, con todos sus malos pensamientos puestos en cuarentena o clausurados a doble llave en el cajón del recato. Que tuve amores grandes y pequeños y medianos: toda una sierra madre de pasiones. Los volcanes más elevados, aquellos que se robaron cielo –sin más humareda que la vaga y mentirosa de una nube– se hallan hoy congelados. Pero los pequeños, menos orgullosos y distantes, cultivan la hierbabuena de excitación y orgasmo.

Puedo hablar de mis muertos. Del camposanto en que se ha ido transmutando el alma mía. Aludir a mi padre, a mis tías, a mi abuelo y a la autora de mis respiraciones, mis juegos al escondite o la música de cámara de mis suspiros.

¡Cuántas cosas que decir! Que la poesía no sólo se halla en una atmósfera a la que le castañetean los vientos, en el pararrayos que recita de memoria las andanzas de Prometeo o en la batería antiaérea del crepúsculo que convierte en chatarra los escuadrones de la tarde; no sólo campea en los ámbitos cósmicos donde las palabras descomunales, universo, totalidad, ilusión, pierden siempre algunos milímetros frente a la realidad, o al infinito que se autodeletrea, sino también en la minucia donde burbujea lo infinitesimal; en esos bocados succulentos de lo invisible que son la brizna, la lágrima del gusano, los designios del ápice; o en el vaso, tintineante de hielos, donde revuelvo el alcohol, el agua mineral y, mirando de reojo a mi presa, las malas intenciones.

Hablar de la niñez. Cuando llegar a la noche con las rodillas limpias, como Dios manda, podía compararse a los días en que el poeta, en medio de un sismo de tropos y con las rimas enmarañadas, no puede pergeñar ningún ensueño, ni arañar al poder en ninguno de sus flancos. O a los días en que el poeta no entiende el idioma extranjero y de otro mundo que gusta a veces de usar, masticando la lengua, su musa de siempre.

Hablar de la niñez. Cuando, iconoclastas en ciernes, mis amigos y yo celebrábamos reuniones de célula para tramar nuestras mayores travesuras

—espíar a la vecina, fundir luciérnagas a fuer de pisotones, permitir a las resorterías tutearse con la fuga a dos alas de un gorjeo— y sus pequeños caos de juguete.

Decir del primer amor, que es la línea más corta entre la navaja y la corteza del árbol, entre el carcaj de impulsos y los senos utópicos. De ese

amor que nos hace imaginarnos que hemos descubierto el pasadizo oculto que lleva de lo efímero a lo eterno, del tronar de dedos que produce la chispa del corto circuito, hasta la procesión de instantes que, con la vista anegada de beatitud, se resisten por los siglos de los siglos morder el polvo.

Hablar de la madurez, de la mitad de la vida, del momento en que el entusiasmo deja por fin de darle la espalda a lo posible y sus flirteos con lo real. Del momento en que el hombre, si aún se sueña flechador del cielo, identifica ahora el cielo con las nubes enamoradas de la tierra húmeda o con las brisas que vuelan aleteando con trabajo su avería.

Aludir a la vejez que se nos viene encima, a la salteadora de caminos, a la bandolera que nos agarra indefensos (en un rincón del tiempo, inmovilizados por nuestra madeja de arrugas), para robarnos miradas y sonidos.

¿Peina canas ahora la libido? ¿En la tercera edad el deseo es una errata en los propósitos? ¿Mi corazón se halla también preso de arrugas? ¡Oh punto equidistantes entre dos nada: la que fue destruida por la cuna, la que será criatura del sepulcro!

Pero soy un punto. Un incidente. Una metida de pata de Dios, si Dios hubiera. Un puñado ridículo de lustros. Alguien que alza la voz para dar testimonio de esta saliva condenada a muerte. Un roedor que devora su propio calendario.

INTIMIDADES

La primera vez que el muchacho oyó el canto fue en la tina. Era un canto tan dulce que él dejó de chapotear, embelesó sus ansias y subió la atención a todo su volumen. Entornó los oídos al oír los aleteos de azúcar tramitados por el aire. Entonces tuvo que amarrarse, resuelto, al mástil de su incertidumbre para no levantarse de la tina, salpicar su entorno de concupiscencia y correr, sacudiéndosele el pretérito reciente, en pos de la música. Pero no pudo más. Se aseó los oídos, salió del baño, midió con una mirada el tamaño de su pudor y tiró la toalla.

La sirena no tuvo tiempo para oponer al acoso el tabú del incesto.

EL ESPEJO DE EROS

1

Retrato de una virgen

Un cuerpo diseñado por la negociación de los dedos de Dios con la belleza, o por las fantasías de una dialéctica natural excomulgada. Las miradas, como ramo de rosas, violetas y rejos. La nariz, arremangada para olfatear el curso rectilíneo de su perfección. Los pómulos, que hallaron en no sé qué frutero su metáfora fundante. El cabello, como llovido a cántaros, chapoteando en los hombros. Las piernas, exaltando su leche endurecida. Los senos, aterrados, con sus pezones de punta. Y más abajo, a la mitad de usted, a una mano del vello de su pubis, la ensortijada caja del deseo que se muere de ganas de decir su confidencia.

2

Acoso

Mis perros siameses se las saben de todas todas. Fingen morder. Se acurrucan en sus nostalgias. Disparan sus aullidos hacia los grandes ideales que pasan por el cielo. Al retozar en el jardín, piensan que sus ladridos se les vuelven mariposas. Han oído decir que el perro es el mejor amigo de. Pero las abstracciones son para ellos un hueso difícil de roer. No

son amigos del hombre en general, de esa especie de ángel venido a menos o de insecto venido a más. Son simplemente mis amigos: mis amigos de carne y un hueso en las mandíbulas. "Entre más conocemos a nuestros semejantes

–fabulan entre comillas– más queremos a nuestro camarada". Son, pues, mi lujo, mi entusiasmo, mi poesía. Por eso, mujer que te asomas por uno de los resquicios de mi expectativa, sabe que, si insistes en el canto de sirena, soltaré las amarras y te echaré los perros.

3

Dificultades

La posibilidad de excitar al cuerpo femenino con el muñón –un muñón desde luego enardecido y detallista– son difíciles y rarísimas. Salvo que la mujer, con gran estilo, logre alcanzar sus muletas y, así, movilizar su consentimiento.

4

Audacias

La perversión saltó del vaso de ginebra al rock tartamudeante, del charco casi seco –sólo con pobre música en las rocas– al oleaje estrepitoso de sonidos. El atrevimiento se colocó frente a todos y empezó a mondar, acuciando el erotismo de su filo, la manzana de siempre.

La cama nos quedó chica.

5

Lengua viperina

La calumnia es un *venticello* que envenena los oídos. Ayer me calumniaste. Torturaste la verdad hasta que se deshiciera en mentiras y gritaste a los cuatro vientos que mi lecho esta rodeado de púas y que en torno a él siempre se lleva acabo el rondín de un ángel custodio. Falsedad de falsedades. Mi cama es un templo a los cinco sentidos. Un oasis con holocausto de camellos. Felicidad para cualquier urgencia. Geografía de itinerarios. Ya estuvo bien. Para que no me levanten falsedades, estoy por citar a una rueda de prensa –o por lo menos una rueda de amigos– y aclarar que para mí los dogmas sensoriales, como los políticos, convierten a los humanos en feligreses, militantes, perros de presa de un prejuicio.

Pobre del individuo que no sea capaz de levantarse en armas contra una idea fija.

6

Autoanálisis

Yo soy, a decir verdad, un buen amante. No un amante de altos vuelos que accede a la cúspide del designio con la mano en la cintura de su gran experiencia. Pero soy un sujeto que, si estoy de humor, puede obsequiar a la mujer de su vida o de ese instante, con un fresco ramillete de orgasmos. No tengo la menor dificultad para que uno de mis deseos se endurezca, ponga manos a la obra, y derrame su entusiasmo todo en

alguna de las grietas del apremio. Los secretos no saben qué hacer conmigo. Se muerden las uñas y toman lecciones y lecciones de identidad. Pero yo me los llevo a las bolsas del traje, y como si fuesen pastillas aromáticas, los introduzco en mi boca para amaestrar el aliento. Por eso soy un amante, si no de primera línea, sí de eficacia a prueba de dubitaciones. Las mujeres lo saben. Y el rumor de boca a boca ha socializado en mi medio ambiente la noticia de que mi cama, graduada de oleajes y jadeos, ha obtenido título de suficiencia y hasta, a veces, ha accedido al postgrado de las perversiones. Pero hoy algo, mujer, me falló de repente: no pude tener más erecciones que las de la vergüenza. Mi virilidad quedó aterida de indecisión. Y me sentí tan confundido y menoscabado que pasé a ser un miembro de número del club de los guiñapos.

7

Vicisitudes en la recta final

Sabes, esto que ves, no es propiamente un ardor a destiempo, la juventud de nuevo acumulada en las yemas dactilares, la excitación de un afán arrepentido. Es tan sólo un recuerdo a ras del tacto, placer que resucita, limosna de una muerte retrasada.

La mano tiembla tanto que no puede por mucho tiempo sostener su ademán apasionado.

AUTOCRÍTICA

No pocas veces, ay, hemos sacrificado lo mínimo en aras de lo máximo. Hemos soñado en asaltar lo supremo y tener al paraíso como

botín de guerra. Pero hemos considerado en segundo o tercer lugar, y hasta en los últimos furgones del designio, la simple realización del mejoramiento.

No pocas veces hemos cantado la *Internacional* de principio a fin, sin que una sola nota se nos vuelva al pentagrama del olvido, mientras sufrimos aquí y allá las tarascadas del silencio cuando logramos tararear el himno patrio. No pocas veces, enamorados de la meta, mordisqueando todo el día nuestro ideal, dejamos de comprender que el fin no es alcanzable sin la caza menor de medios o peldaños o que el "hágase la luz" que musita un candil sólo es posible por la corriente de agua, por la energía eléctrica o por los mil procesos de la industria humana que permiten desdeñar a la noche y condenar al ostracismo las bocas de los lobos.

Nos sentíamos hombres del alba, cuando éramos individuos colocados en alguno de los minutos más oscuros de la noche. En torno nuestro no revoloteaban los pájaros picoteando sus migajas de sol, sino una parvada de murciélagos que producían oleadas de azabache en el espacio. Pero creíamos estar en vísperas de inaugurar por fin la historia humana, su holocausto de grilletes, su aleluya de puños, su mazmorra de cárceles, su litoral de sueños desligados de los sucios negocios que han tenido con lo imposible.

Ahora, comprendiendo nuestras fallas, hay que poner en el banquillo de los acusados nuestro talón de Aquiles.

¿QUÉ SÉ?

En verdad, el signo de interrogación no es sino el crucifijo del escéptico. Hay interrogantes sin los cuales el hombre no es hombre. Puede ser un individuo hurgando entre las basuras del aquí y el ahora, que se baraja y baraja los dedos de las manos o que ha firmado un convenio de masturbación con la frivolidad.

Ser racional significa tenérselas que ver con las preguntas insoslayables, con los enigmas a flor de entraña, con toda la maleza de inquietudes que brota de no sé qué semillas sembradas en la almohada. Dadme un hombre que no se plantee esas interrogaciones para ubicarlo en un andarse por las ramas como un antropoide cualquiera o como uno de tantos seres a medio hacer por la divina mano olvidadiza.

Yo soy, por eso, alguien que sale al safari de sus propias preguntas. O al sistemático sufrimiento de portazos y portazos que me da el arcano. Coleccionista, no me interesa la numismática y sus volados celestes, ni mucho menos la filatelia y su fiebre por los cubos asombrosos. Soy, en cambio, un recaudador apasionado de todas las demandas fundamentales.

Todo esto explica por qué sobre la cabecera de mi lecho hay un enorme signo de interrogación. Armatoste dedicado a crucificar todos los dogmas que en mi redor revolotean.

DE NUEVO

Dobló en la esquina. Caminaba desprevenido, pensando en el sexo bizantino de las musarañas. La memoria combatía y combatía para convertirse en dueña de la escena. Pero no lograba entintar la mente en blanco. Él, poniéndole su camisa de fuerza a la loca de la casa, iba paladeando su distracción con deleite y minuciosidad. Fue entonces cuando, acelerando su prisa, chocó con la idea.

No es que se le haya ocurrido algo o que cayó de pronto en cuenta de que. No. Más bien sufrieron una colisión él y la idea. Ella se vio aplastada en su frente como las moscas o cualquier vestiglo alado que se estrella en el parabrisas y se vuelve miniatura de pintura abstracta. Pero no sólo la idea se aplastó en él, sino que él se aplastó en la idea, como si dos imanes, uno frente al otro y víctimas del deseo, se deshicieran de golpe de sus escrúpulos.

Malheridos por el enfrentamiento, se les llevó al hospital. Algún médico sugirió una intervención quirúrgica para extirparle al cuerpo la idea. O arrancarle a la idea el cuerpo. Así se hizo. La unidad se desgarró en dos ácidas mitades a las que se les fue evaporando su respectiva sed, al calor de los soles contados por el calendario.

Hoy el hombre se halla convaleciente. Con la mente en blanco. Sin un solo sueño, bajo un cielo vulgar, materialista, que no deja ni siquiera el brochazo de un pegaso en su atmósfera.

Pero hay otra idea que se halla revoloteando sobre su cabeza. Busca otra frente en la cual estrellarse.

De nuevo el mundo actual corre peligro.

¿ELOGIO A LA MUERTE?

No es posible ocultar que en ocasiones el temor hincó sus espuelas en el corazón, hasta rebautizar su paso con el nombre de estampida. Tampoco

que la paz y a veces las uñas son víctimas del insomnio, ni que, otras, nos despertamos, a la voz del gallo enloquecido que vive en las entrañas, con la aflicción de que alguien, ladrón nocturno de pies aludonados, nos puede sustraer la tierra firme o arrancarnos las muletas de la normalidad, mientras

el pecho pasa lista a sus inminentes sollozos y el rostro se enmascara tras la más descolorida versión de la zozobra.

Pero este pavor por la muerte se basa en que nunca pensamos qué ocurriría si fuésemos eternos o, dicho con otra tonalidad de la misma tinta, si no estuviéramos puestos en ese paréntesis, carne de reloj, formado entre la cuna y el sepulcro.

Si fuésemos eternos, hombres y mujeres de no acabar, no podríamos celebrar cumpleaños, distinguir a los jóvenes de los viejos, ni reunirnos a fines de diciembre a despedir el día, el minuto, el segundo y el reguero infinitesimal de instantes que se ubican entre el año que agoniza y el que sale del útero de su inexistencia. Ser eternos significaría encarnar en individuos que en ningún momento huelen a principio y que en ningún instante saben a final. Seríamos no como dioses, sino dioses, porque el título de deidad lo da precisamente el carecer de padres y de sepultureros. Todos los eternos tendrían la misma edad o la misma ausencia de edad. No podría haber seres más eternos que otros. O con una infinitud de mayor abolengo. Ni podría existir una desigual distribución de experiencia, de temblores en la mano o de cantidad de arrugas.

Tal vez los seres eternos podrían referirse en sus pláticas –porque de algo tendrían que hablar– a los mortales, esos entes minusválidos que padecen los tumores de lo efímero. Y es que hay tres tipos de seres temporales: los que nacen pero no mueren (es decir los que lucen la eternidad hacia adelante y el tiempo hacia atrás), los que mueren pero no nacen (o sea los que tienen el calendario frente a ellos y la eternidad a sus espaldas) y los que nacen, se devoran las uñas y mueren (esto es, los pobres hombres que cargan de por vida su *alrededor* de tiempo).

Quizás nos hacemos cruces ante la muerte porque no nos hemos puesto a meditar qué es un ser condenado a siempre ser. Pongamos el ejemplo del amor, si es que hay amor entre los seres inmortales. En el supuesto caso de que dos individuos eternos se hicieran amantes, cada uno, aun queriendo a su pareja, jamás se inquietaría por la vida del otro. Su amor sería un amor descuidado, sin tronar de dedos. Los accidentes mortales se hallarían en las huestes de lo inconcebible. La enfermedad, el atropellamiento, el síncope cardíaco serían mudos frente a esos seres que cargan células modeladas con las manos de lo eterno. Tampoco habría suicidios por amor o crímenes pasionales. El "suicidio" de un inmortal tiene que ser peinado así, con comillas, porque equivale de hecho a sólo un cambio de estado de ánimo, a dejarle manos libres al olvido o a tomar por los cuernos otro toro. Los "asesinatos pasionales" son actos de violencia inútil, como manotazos en el viento o duelos de esgrima con lo imposible. Aquí no podría existir la clásica amenaza de que si no nos aman, nos matamos. Este chantaje es invariablemente, en nuestro mundo, de una efectividad tremenda, porque es más sencillo titubear sí, y estar dispuesto a intercambiar regazos, que cargar en los hombros los restos del suicida asesinado o la maloliente insistencia de la culpa. Pero esta amenaza carece de sentido en un mundo donde los cronómetros, si algunos hay, están amordazados, con el dedo una de sus manecillas en la boca del tiempo. No habría prisa además para conquistar al amado o a la amada, para llevarlos abruptamente al vericuetto de la fascinación, en la conciencia de que si hoy no se le seduce, podría seducírsele sin dificultad alguna vez.

Si los humanos a veces se fastidian, si no saben qué hacer con sus dedos, si se sienten crucificados en su *tedium vitae*, si, en fin, se vuelven el fantasma que recorre todas las galerías de sus castillos en el aire, los dioses padecen de algo más aterrador: pasarse horas y horas, o siglos y siglos, no matando el tiempo, sino finiquitando la eternidad.

La muerte ronda en torno nuestro. Se halla a la vuelta del corazón, agazapada en nuestro último suspiro. Cuando el óvulo de donde

provenimos fue fecundado, convertido en capullo de alborada, no sólo se le introdujo el “levántate y anda” de un espermatozoide, sino el germen oscuro de la muerte. Por eso vivimos un miedo indescriptible a la guadaña y al rumor de estertores que conlleva al afilarse. Como minucia-con-delirio-de-grandezas que soy, como costal de muinas, quizás temo a la muerte porque no me he puesto a meditar en aquella tierra baldía donde se escucha el perpetuo rechinar de ruedas de la palabra siempre.

Sin embargo, a pesar de cualquier elogio al cadáver del pulso, a pesar del vacío tranquilizador que llena la última letra del silencio, tenemos la "morriña de la eternidad", que decía el poeta, o el ansia inextinguible de matrimoniar nuestra respiración con un oxígeno en perfecto estado de salud.

¿Se deberá todo esto a que el instinto de conservación no quiere dar su brazo a torcer, a que compartimos la melancolía del alud de ángeles arrojados al tiempo, o a que somos efímeros coleccionistas de superlativos?

Lo ignoro. Mi inteligencia se queda en los suburbios de la intuición, en la antesala de tortura del interrogante. Pero no me cabe la menor duda de que los humanos –pobres bestias que intentan aletear– somos unas criaturas que desean, a pesar de los pesares, no dejar de tener el día menos pensado una aventura con la perfección.

ASTUCIA DEL AZUFRE

Al fin hallé la pieza que faltaba. Tengo ya, frente a mí, el rompecabezas de Dios. Nada le falta. Por fin puedo torcerle el brazo al sinsentido. Hasta sostengo ya, entre el dedo anular y el índice, la pieza irregular de la creencia. La misma bienaventuranza –superlativo mordiéndose la cola– está a punto de consumarse. Mi mano, con temblores de incienso, se dispone a completar su propósito. Pero el demonio se halla en un rincón mascullando y mascullando las leyes de la dialéctica.

SIN MÁS TESIS QUE LA SINTESIS

Propósito de fin de año: desactivar la bomba del egocentrismo.

Las palabras *mío* y *tuyo* siguen siendo dominios de la soledad. Sólo el vocablo *nuestro* es el aula para aprender a envenenar nuestras orillas.

Amor: cuando dos ríos confluyen, no hay una sola gota de la que podamos decir: se trata de una lágrima de Narciso.

VOTOS DE HOMERO

Heráclito de Éfeso –nuestro Señor de los gerundios– escribió cierta vez: "Homero maldice la máxima ley cuando hace votos porque la discordia desaparezca de entre los dioses y de entre los hombres".

La "máxima ley" significa aquí ahíncos de demiurgo, ubicuidad de contrarios, reguero de iracundias. Pero la discordia no sólo se inmiscuye

entre las deidades y los mortales, sino también en el alma. Cerebro es, qué duda cabe, otro nombre de campo de batalla. Adentro del cráneo siempre hay un ejército de neuronas que, entonando el himno nacional de su hemisferio, se dispone a chocar con otro. No hay un solo cerebro que, buscando la paz, amase con su materia gris materia blanca. En veces, sin embargo, parece haber armonía, que las células firman armisticios y hasta que la guerra ha sido dada de baja por los siglos de los siglos.

Pero se trata siempre, hay de nosotros, de la paz envenenada de la tregua.

CINCO FACETAS DE IDÉNTICO DELIRIO

1

Res gestae

Cada movimiento de la mano de Dios, crea un gerundio.

2

El prodigio

¿Qué valen las galaxias, el infinito número de estrellas, el festín de lo descomunal, frente al más insignificante de los pecados, nacido del milagroso germen del "se me da la gana"?

También la locura es una opción: una noche en la árida quimera. Incluso Luzbel –que hubiese podido con la mano en la cordura tornar a ser el brazo derecho de la beatitud– quemó las naves de su arrepentimiento con el fuego bienaventurado de su libre arbitrio.

3

Nochebuena

Decidimos a las doce en punto llamar por teléfono al más allá. El número es sencillo: sólo un cero. Sentimos de repente en la línea una voz de incienso tartamuda. Pero la estática del espacio interrumpió una vez y otra vez la llamada.

No obstante, aleluya, supimos que nuestra derecha mano cargó durante un instante (temblorosa, sin desmayos), el infinito.

4

Día llegará en que

...Dios –habitante del templo de su D mayúscula– se arrepienta, que padezca una trombosis ética en su sagrado corazón. ¿Lo perdonaremos? ¿Seremos sólo escrupulosamente justos con él o devendremos también caritativos? Todavía, sien, embargo, no ha llegado el momento. No ha sonado aún la hora del Apocalipsis del más allá. Al reloj le falta aún vomitar un desierto. La venganza o la misericordia deben continuar por ahora adormecidas, ocupando, antes de entrar en juego, su lugar en la banca. El escándalo del pecho debe seguir amordazado.

Digámoslo de este modo: aún es prematuro que las criaturas se refieran al día del juicio que inexorablemente le llegará al Creador. Para hablar de tal cosa será necesario cambiar de perspectiva: es indispensable encaramarnos a la atalaya de nuestra propia esencia, para ver, desde ahí, cómo nuestra orfandad se adueña poco a poco de todo el horizonte.

5

Conclusión

Digo: el tiempo verbal de la perfección sólo podrá ser conjugado por una deidad. O quizás por un ángel perfectísimo parado de puntas.

Insisto: sería algo así como un verbo que se autoconjugará.

Reflexiono: pero la fe de erratas de tanta excelencia tendría que ser un rosario de dudas.

Concluyo: lo que pasa es que a este pobre cronista de gerundios le resulta inverosímil una eternidad dedicada, de tiempo completo, a liquidar lo efímero.

CRONÓMETROS AMORDAZADOS

APÓLOGOS

I

Incidente selvático

Un león, guiñando un ojo a los fabulistas, abrió las fauces a la más aterradora de las vocales. El rugido duró por lo menos un hora. La selva, al azote de un viento encabronado, se convirtió en una fábrica verdosa de temblores. En cada hoja existía una pequeña gota de saliva del monarca. Pero de pronto, el león dio una nota en falso y túvose que limpiar los espolones del eructo. Fue algo así como si Tamagno, Caruso o Pavarotti desafinaran en el do de pecho aguardado durante horas. El león corrió a esconderse detrás de dos manchones de rubor. Y se encogió volviéndose cachorro, leoncito de peluche. La jungla toda se puso a tararear la Marsellesa.

Parabola de Schopenhauer

Dice Schopenhauer: "En un crudo día de invierno, un rebaño de puercoespines se habían apretado unos contra otros para librarse del frío, prestándose mutuamente calor. Pero apenas en contacto, sintieron el escozor de los pinchazos de sus espinas, lo que les hizo separarse"⁽¹⁾.

En un crudo día de invierno, efectivamente, un grupo de puercoespines opta por apretarse unos a otros con intención de escapar del frío. Sus adversarios son el invierno, sus colmillos y las gélidas tarascadas que trae consigo. La soledad es derrotada, pero al precio de vivir un abrazo genocida.

Mas hay puercoespines que deciden alejarse unos de otros. Antes de huir, de precipitarse a su aislamiento, cada quien bautiza al hermano con el nombre de Caín y entre todos instituyen una frontera de quijadas de burro. El amor fraternal, con su utopía a cuestas, es el mayor suplicio que podría producirse en esta cámara de tortura. Por eso, todos corren a sus alejamientos, como flores que guardan la debida distancia con la jauría de espinas. Nada es peor que un puercoespín seduzca al otro.

¿Existe alguna forma de escapar al dilema, a la guadaña de doble filo? Hay, sí, dos posibles soluciones: que el frío sea derrotado –con lo cual vencerá la soledad y los nuevos instrumentos de tortura que trae consigo todo pronombre. O que los puercoespines se deshagan de sus púas –con

¹ Arturo Schopenhauer, *Eudemonología. Parerga y Paralipómena*, Librería Bergua, Madrid, p.246

lo que triunfaría el amor, pero se hallaría anémico de límites y la identidad podría escaparse por las ventanas de cada mónada.

Lo ideal sería que el frío se destierre y las espinas desaparezcan. Así los individuos podrían optar unas veces por hallarse solos para entregarse al decorado y amueblado de su individualidad y, otras, por volcarse al amado o a la amada tras de arrojar al cesto de basura la túnica ardorosa de sus propias fronteras.

III

Máxima

Los motivos del lobo no son comprendidos por San Francisco, ni por la Inquisición, ni por cualquiera de las Sociedades de buena conducta habidas y por haber, pero sí, en ocasiones, por la oveja negra, y siempre, al final, por la Caperucita Roja.

IV

Reguero de reflexiones

Paradojas de la historia: los dinosaurios acabaron por hacerse ojo de hormiga.

Feliz porque la dueña de la casa se deshizo del gato, el ratón ronronea.

Las aves, a medida que sufren más la esclavitud de sus cárceles metálicas, de las mazmorras aéreas y de la jaula apretada de su cuerpo, sueltan, en clave de trino, desgarradores arpegios a la libertad.

Este perro, fatigado de pretender enseñar a ladrar a los humanos, empieza a moverle la cola al alfabeto y a gruñirle a todas sus vivencias que intentan encerrarlo en la perrera del aullido conformista.

El loro que tienen los lectores ante la vista es de una inteligencia tal que después de atragantarse y atragantarse de palabras, aprendió a repetir sin cesar el mismo silencio.

Cuando veo cómo las hormigas cargan descomunales ápices, siento en mis dedos (que aprietan el lápiz) un hormigueo capaz de levantar una pesadísima oda a la musculatura.

En la naturaleza percibimos que desde los microbios hasta los mastodontes deletrean la frase "supervivencia del más apto" y se preparan, tras de ponerse en guardia y darles consejos a sus puños, para la contienda.

Quizás las abejas sufren a veces un empalagamiento de sus funciones cotidianas de su rutina instintiva. No lo sé. Pero resulta un hecho incontrovertible que su cuerpecillo, si se le mastica, tiene un sabor amargo.

FRACCIONAMIENTOS DE LO ETERNO

TRÍPTICO DE ÁNGELES

I

ANTECEDENTES DE MI ÁNGEL CUSTODIO

Fue un ángel que empezó a dar mucho de qué hablar. Los rumores *in crescendo* –como salvajes cantos gregorianos– tenían su nombre como tema. Los tribunales supremos tuvieron que tomar las cosas en sus manos, llevaron a cabo el juicio y dictaron la sentencia.

Fue juzgado culpable, se le mermaron perfecciones y se le amenazó con dejarlo en el quicio de la puerta de la especie humana. Y aunque era, a partir de ahí, el único ángel que respondía a las voces del espíritu santo con sus tímpanos hincados de rodillas, era también un depósito de urgencias y un caldero de malos pensamientos. Criatura libidinosa. Con el cáncer del pecado devorándole sus órganos internos. Ángel mal hecho. Ente que era mejor desbaratar porque encarnaba una descompostura de la beatitud, y una perfección no puede por principio llevar de remolque ninguna fe de erratas. Al cielo le fue imposible soportar un engendro. Y, al igual que Luzbel, mi ángel supo del ostracismo, la flamígera espada y la blasfemia inversa.

No era el ángel terrible, ni siquiera tomaba parte del comité ejecutivo de la rebeldía. Era un ángel común que blandía en lugar de sus alas dos harapos. Un ángel muerto de frío que se calentaba en la hoguera de sus atrevidas concupiscencias. Un ángel tan disminuido que, antes de hallarme, estaba tramitando su pasaporte para la nada...

II NOTA ROJA

Los guardianes le aprehendieron por la noche, al estallar en toda su furia la tormenta de incienso. Le doblaron el brazo, le fracturaron la ilusión y lo arrojaron a la mazmorra con la esperanza de que le nacieran telarañas en todos sus propósitos.

(El jurado fue implacable. El abogado defensor fue sintiendo en la boca poco a poco la lengua anestesiada. El tribunal no dudó en sentenciarlo a un perpetuo sentimiento de culpa).

Pobre ser condenado a ensartar sus agonías como cuentas sin cuento del rosario.

Se trataba de un ángel anegado de dudas. Perplejidades. Con plegarias que sufrían la hemorragia de los puntos suspensivos. Con una lógica, en fin, hipnotizada por los ojos de serpiente del escrúpulo. Se trataba de un ángel enamorado de su muerte.

III

INSTINTO DE CONSERVACIÓN

Para escándalo de todos los ángeles, un arcángel largó cierto día un memorándum a Dios demandándole el privilegio de fallecer, de cambiar el infinito por una paletada de tierra. "Ya no soporto más, oh Dios –le espetó compungido–, hallarme crucificado en los brazos de la eternidad". A todos los querubes y serafines –y no se diga las potestades– les pareció inmoral, incomprensible y también perturbadora la manera de balar de la oveja negra. Pero lo peor de todo fue que la pasión por la muerte devino un mal contagioso, cáncer itinerante, peste en el mismísimo cielo.

Hincada de rodillas y con las manos juntas, la envidia a los humanos se agazapó en el inconsciente de los inmortales. A partir de entonces, si los terrícolas ansiaban no morir, las divinidades se desvivían por dejar de ser. Dios padre, entonces, tuvo la debilidad de permitir que el arcángel que le escribiera pereciese. Eso fue, lógico es, el acabóse. Todos exigieron la momificación de su pulso y el triunfo del descanso polvoriento. Hubo, así, un verdadero holocausto de criaturas angélicas. El mismo Dios echó mano del suicidio, mordió el polvo de su reloj de arena y se convirtió en el sagrado corazón del mito.

No obstante, por más que el cielo se transformó en una tierra baldía y un campo roturado de epitafios, por más que el único jadeo que se escucha en este sitio es el del viento indomeñado, los hombres, sordos y ciegos como de costumbre, siguen teniendo pavor a la muerte y al *dictat* de los relojes, y suspiran por poseer algún día un título de propiedad en uno de los fraccionamientos de lo eterno.

Pobres humanos. Pobres. Continúan llevando a su vera el temor a la muerte, el ángel fieramente humano de su guarda, y sueñan, jubilación del tiempo, con que nunca dé su brazo a torcer esa dialéctica de aire que hay entre sus pulmones y la atmósfera.

CANTATA AL EPITAFIO

RECTIFICACIÓN

Por lo que mas quieran, poetas, no vayan a comparar una gota de rocío con una lágrima. Ni mucho menos emplear el azul para iluminar el firmamento. Por favor, no pergeñen analogías entre el soplo del aire y la congoja con ansias de vuelo que nace entre los labios. Hay tantas comparaciones andrajosas y tantos adjetivos pordioseros. Por favor no digan "de esta agua no beberé". Hay tantos lugares comunes que fecundan a control remoto nuestras lenguas. Les ruego que no vayan a escribir...

Pero ¿por qué quiero dar consejos, recetas de perfección, reglamentos de tránsito para acceder a la poesía? ¿Por qué aspiro a hacer una distribución equitativa de lo bello? Qué sandez. Qué ambición

desmedida, qué ínfulas de mentor, qué estúpido tratar de ponerles micrófono a los estados de ánimo.

Alma mía, muérdete la lengua. Torna a tus límites. Acorrálate en tus escrúpulos. Volvamos a la obra de siempre: la escultura inacabada de Narciso.

INTIMIDADES DE LA HOJA EN BLANCO

1

Naderías

La gota de perfume cambia el estado de ánimo de toda alcoba. El guijarro convierte un resquemor cualquiera en amenaza pública. El minicuento es una chispa que sabe las pestañas inflamables. Loable es la brevedad, el tronar de diminutivos, el álgebra de lo sublime, el pellizco de belleza.

2

Arte poética

Lo malo de mi suspiro es que no logra despeinarte.

3

Hermenéutica

He aquí el vidrio de aumento para que cualquier ojo pueda leer el código poemático –y su jeroglífico de significaciones– de todo minicuento salido de mi complejo de inferioridad.

4

Preceptiva

En una frase cabe a veces la poesía. También posiblemente en una palabra. Quizás en una letra. Siempre en la hoja en blanco. Y es que, por definición, el silencio es la epopeya de todo lo posible.

5

Pasión autocrítica

Sujeto, verbo, complemento. El adjetivo y su entusiasmo por la decoración de interiores. Todos fueron a parar al cesto de basura o, si se prefiere, a una procesión regresiva al diccionario. El corazón se puso a paladear su desdecirse. La gula de la goma de borrar no se contenta con el desgarramiento de la frase o la amputación del epíteto canceroso, sino que, en su nihilismo apasionado, lo sigue haciendo con el mismo papel, como cualquier polilla.

6

Taller literario

La estética de ese taller literario era en verdad provocativa: escribir poco y corregir mucho. Hay que dejar oscuro el borrador... El pobre principiante que presentaba una novela era visto como chivo en cristalería. Una joven promesa acabó por ser especialista en arrepentirse. Otro hizo el panegírico de un ápice. Y una más hizo la fenomenología de un diminutivo. Los participantes del taller presentaron finalmente una audición. Cada escritor que subió al estrado hizo patente su manera muy propia de acercarse al silencio. El auditorio aplaudió a rabiar. Finalmente, obtuvo la indiscutible simpatía de los oyentes aquel poeta que hizo variaciones y más variaciones sobre el tema de morderse la lengua.

7

Cuentema

Todo cuentema debe estar formado por tres partes: una anécdota poética que, cuando la ambigüedad es nuestra musa, deja al sectarismo de los géneros sacudiendo sus prejuicios; un laberinto construido con el hilo de Ariadna de su tinta, sabiendo que en la cárcel se hallan siempre las premisas del indulto, y un homenaje invisible permanente al caballero Baltasar Gracián, el mayor publicista de la nada.

8

El ideal

Nada hay como prenderle veladoras al silencio. La verdadera proeza –cuando se sienten hormigueos creativos en las yemas– no es economizar palabras o rendirle pleitesía a la brevedad. Tampoco fumigar los adjetivos, en pos de la salud de los vocablos. Lo maravilloso, lo sublime, es empezar nuestro escrito, como el matemático que comienza su operación a partir de menos cero, a partir de menos palabra.

HOMENAJE A LO BREVE

Una astuta editorial decidió rendir un homenaje a la economía escritural: a los hai-ku, a los poemínimos, a los epigramas y a las palabras-metáfora como *chispiérnaga*, vocablo que saca de sus casillas a cualquier lobreguez que haya en el mundo.

Antes de ello, y para prepararse, hizo una antología de los parpadeos, de las respiraciones entrecortadas, de los esbozos de un suspiro. Pergeño además el primer florilegio de granos de polvo. Y la única colección de silabas tendenciosas.

Tuvo dos obstáculos: primero, que ciertas epopeyas con complejo de inferioridad demandaran su espacio en el homenaje a lo breve. Segundo, que una que otra menudencia lingüística con megalomanía se deshizo en improprios al verse formando parte del museo de las naderías. Los

obstáculos fueron, sin embargo, superados por el sencillo procedimiento de borrón y ni modo.

La antología ha tenido un cierto éxito. Es un texto que puede ser leído, con la mano en la cintura, en el atril de un minuto cualquiera. A la hora del café. Entre un beso y otro. En el interregno entre el tic y el tac de un cronómetro que mastica presentes y arroja los bagazos al pretérito. La antología puede conseguirse en cualquier librería, aunque su edición fue pequeña, hecha a cuentaojos. Su escualidez editorial esta destinada a un rincón perdido en los estantes. Su finalidad: ser un evangelio de la nada. Chorro, al fin, enamorado de una de sus gotas. Lo bueno, si breve, es una oda a la goma de borrar. Cantata al epitafio. Fenomenología del ojo de hormiga. Palabra final a quien hay que cerrarle finalmente los ojos.

ESTÉTICA DEL CUENTEMA

Ningún cuento que se respete a sí mismo, puede empezar su peregrinar por el mundo con el "érase que se era". Salvo que se trate de un cuento que precisamente no se respete. Y en tal caso debe comenzar con un audaz "érase que se era un cuento que no se respetaba". Pero un inicio tal está plagado de problemas.

Destacaré dos: primero, que este cuento tendría como protagonista principal a un cuento, lo cual más que ser una redundancia es una vieja bellaquería *metacuentística*. En segundo término, un cuento que no se respete a sí mismo es un cuento desdoblado o esquizofrénico: hay una parte en él que se erige en juez, levanta el dedo y desaprueba, y hay otra parte que sufre la avalancha moralista del juicio despectivo.

Por lo tanto, el "érase que se era un cuento que no se respetaba", debe ser completado (completado significa lo siguiente: debe ser llevado a los suburbios de las últimas consecuencias) con la frase un si es no es conturbadora de "érase que se era un cuento que, desdoblado en una parte respetable y otra no, vivía una contracción de tiempo completo". Esto ya no es algo chocante y negativo, algo jalado de las neuronas, algo que conduzca a Dios a mesarse su divina melena, o a que el ser material –que se niega a ser bautizado– se truene los dedos de sus leyes dialécticas. No. Es algo más positivo y encantador que una melodía de Mozart tarareada por el viento, o la pesca milagrosa, no de un puñado de peces recortados al tamaño de su asfixia, sino del fondo del mar que es el más maravilloso, recatado y rico de los cofres de pirata.

Digámoslo sin reservas: el cuento que no se respete a sí mismo es un cuento en vías de cambio, como el hormigueo de ser *alguien* en el árbol de las jerarquías. Cuento que no está complacido con la masturbación precoz del minicuento, del suspiro de cuento que es algo así como una

caja de música a cuentagotas o quizás el álgebra de la música de los astros.

Mas vocearé en este sitio confidencias: al *cuento* protagonista del *cuento* pueden pasarle dos cosas: tener las alas cortadas con todo y cielo, o secretarse con la megalomanía que considera a lo descomunal sólo como un pariente rico, y puede sentirse, así, el adobe inicial de una novela.

Pero dejaré aquí este andarse, espigando la flor del equilibrio, por las ramas. El cuento descontento de sí, sin amor por sus entrañas semánticas, busca ser siempre otra cosa. Cambiarse de habitación. Volcarse a algún allende. Y aquí reside su maravilla: su afán de ser distinto, de ensartar perspectivas inéditas como quien ensarta dioses o de llevar a la molienda harina de otro costal. Pero también aquí debe perfilarse la anécdota requerida de todo cuento con porvenir ocular: el cuento descontento de sí, saldrá a recorrer mundo, a tener devaneos, aventuras, complicaciones. El cuento, en el cuento, debe relatar a los lectores o relatarse a sí mismo una anécdota que hipnotice la atención y ponga entre paréntesis el fastidioso disenso de las leyes naturales.

Si ser un minicuento –o algo peor, un cuento *nonato*– es apenas el discreto ideal de alguien que no sabe ver más allá de sus pupilas, el cuento embarncido tiene que seguir la siguiente secuencia: a) ceñirse las botas de siete leguas, b) decirse que la novela es el cuento de hadas del complejo de superioridad, y c) –y no por ser c, no tiene en la a y la b la galería de los sueños que balbucean, a reloj partido, la inmortalidad– y c, repito, inyectarse hormonas de poesía y a ver qué pasa.

En fin, el cuento que se iniciara con el "érase que se era un cuento que no se respetaba a sí mismo" tiene que poseer un desenlace: un final feliz, un descanso en los ojos y un suspiro en los labios.

Apreciación final: si tú, lector, has tenido la entereza de acceder a este sitio, seguramente llegarás al término del cuentema con la misma valentía con la que algunos sentenciados a muerte llegaban al cadalso. Se les cortaban las melenas; se les ataban las manos, las protestas y los gemidos; se les ponía el cuello al pie de la guillotina y sentían, inmovilizados, cómo se les venía abajo desde el mismísimo cielo un punto final perfectamente afilado.

LOS ALBAÑILES DEL IDEAL

CONSEJO

Cuando accedas al poder de la ínsula, oh Sancho, deberás espiar, perseguir, no dar respiro a la fórmula D-M-D' (*)

* Dinero-Mercancía-Dinero incrementado

Has de saber que se va a ocultar; que, llegando a esconderse en las más profundas grutas de la clandestinidad, aspirará a ser invisible o, a lo menos, a encarnar el propósito de transparencia que trae siempre consigo el ansia de pasar inadvertido.

Has de tomar en cuenta que, escondida, amueblará sus catacumbas con los trozos más elocuentes del rencor, que pasará sus momentos de alegría tarareando su rechinar de dientes y que intentará roturar los campos del revanchismo con su albedrío en armas.

Hay que seguirla en sus ires y venires o en la miel engañosa de su púlpito. Aprehenderla por sorpresa, a la vuelta de un descuido. Atarla de pies y manos, y arrancarle la máscara. Arrojarla al rincón del calabozo donde está la esperanza agonizando. Habrá que llevarla por la fuerza al cadalso hasta hacer que en sus cenizas o su polvo comiencen a grabarse las huellas dactilares del olvido.

Ensilla, Sancho, tu rocino. Te doy en préstamo mi yelmo, mi lanza, mi rodela. Torna, escudero mío, tu guerra en permanente: en guerra de no acabar. No de pondrás la fuerza de tu brazo frente a cualquier follón descomunal que pretenda esconderse detrás de alguna tregua.

EL MISMO SUEÑO

Nuestros enemigos mortales son aquellos que han hecho de la ceguera su profesión. Los que, para consolidar la dictadura de su oscuro centro, organizan redadas de luciérnagas, jalonean lo gris hacia lo negro y pastorean majadas de lobos. Nosotros quisimos estar en el mismo bando del amanecer, tramitando la permuta de cuervos por palomas. Pero las oscuridades no son privativas de quienes pilotean ventarrones de azabache, o de quienes, melómanos del trueno, lanzan a diestra y siniestra relámpagos de negrura. También en las huestes matutinas, donde, desertando de sus ojeras, se congregan los albañiles del ideal, y donde los luchadores pasan revista a todas las ocurrencias de la luz, hay no pocos individuos, disfrazados desde el cuerpo hasta el nombre, que adoran, en las aras de su misa negra, alguno de los seres mitológicos de la negrura. No es fácil dar con ellos ni hay brújulas que apunten a las peores vivencias de lo oscuro. Hablan todo el día de la alborada. Blanden el puño contra toda fatiga. Puntúan sus escritos con gotas de roció. Fingen ser la parte radical del cataclismo. Y hablan de masacrar la noche entera.

La lucha contra nuestros enemigos es, entonces, difícil, complicadísima, vacilante. El adversario no sólo está ahí, al filo de las *doce de la noche*, sino incluso en la primera hora que negocian el día y nuestro insomnio.

Los amantes del alba nos hallamos apostados, pecho furia, en nuestras barricadas. Las amplias, las estrechas. Con un *afuera* lleno de enemigos. Y un *adentro* en parte envenenado. Pero la noche se debilita, enferma de inmundicias; se le aflojan los músculos oscuros. Es incapaz de continuar con el cielo en la mano. Es una noche preñada ya de cuarteaduras. Una noche, para decirlo pronto, con los murciélagos contados.

El sol, en cambio, se encuentra en la sala de espera de su perpetuarse, en las vísperas de su cantar victoria con las flautas de pico y espolones de todo el universo y a unos segundos de inaugurar la historia de la especie. La justicia, por fin, se halla bajando su tren de aterrizaje.

Nosotros decidimos estar en el mismo bando de la aurora, en la conciencia de que hasta el mismo semen tiene color de madrugada.

AL PIE DE TU MIRADA

O

GANADOS POR EL DÍA

1998

ANTESALA

Regocijo, desenlace, zozobra... No sé cuál de estas palabras debería de emplear al momento de dar término a mi quehacer, a mi plan, a mi propósito. La verdad es que cada una de ellas se amolda a la perfección al estado de ánimo que me invade cuando enamoro primero, y seduzco después, al silencio con el que clausuro los hormigueos de la lengua y los delirios de la pluma.

Me hallo, así, al escribir y dar a la imprenta a este libro, al final de un proyecto poético iniciado hace más de tres décadas: *deletrear el infinito*. Como lo he declarado en diferentes oportunidades y en diversos sitios, todo comenzó con la elaboración de un libro que, editado por Cuadernos Americanos en 1972, fue el producto de diez años de trabajo. Una vez publicado este texto, me sentí impulsado, en lugar de escribir algo distinto (del género que fuese) a lo que acababa de salir de mis manos, *a reescribir* el poemario recién aparecido. Reescribir significa aquí tenérselas que ver de nuevo con idénticos sentimientos, iguales preocupaciones y temas coincidentes con los de los poemas ya editados. La reescritura, en el sentido que le doy al término, guarda una estrecha analogía con el *tema y variaciones* de la música. El escrito propone, en efecto, el tema, y la o las reescrituras llevan a cabo las variaciones. Metamorfosis del tema inicial, la variación aborda el "asunto" desde un ángulo distinto, a partir de una experiencia enriquecida, con sueños, intenciones o preocupaciones de

nuevo cuño. La forma en que se me ocurrió volver a escribir el libro ya publicado, fue la de convertir cada uno de los quince cantos que integraban el texto de 1972 en quince libros de diferente tamaño, carácter, forma, pero derivados o inspirados en la temática de los cantos o capítulos que conforman el inicial *Para deletrear el infinito*.

La transmutación de los quince cantos en quince libros, fue apareciendo en diferentes opúsculos; pero principalmente en *Para deletrear el infinito II (1975-1981)* y *Para deletrear el infinito III (1981-1985)*, donde están incluidos diez de aquellos *cantos*, convertidos en *libros*, como dije, de diversa amplitud y naturaleza. Después de dar a luz por separado los siguientes textos: *Por los siglos de los siglos (1981)*, *Las huestes de Heráclito (1988)*, *Apolo Musageta (1989)* y *El tránsito I y II (1990)*. Si tomamos en cuenta, entonces, los diez libros agrupados en *Para deletrear el infinito II* y *Para deletrear el infinito III* y los cuatro textos que acabo de mencionar, hasta antes del presente volumen había pergeñado catorce de los quince libros que suponía el plan original de crear un mismo número de libros a partir de los cantos que estructuraban el texto de 1972. El presente libro es, entonces, la culminación de un proyecto o la realización de una meta.

¿Qué es lo que me he propuesto con el acto de escribir y reescribir *Para deletrear el infinito*? Algo tan natural, tan lógico, tan humano como intentar hablar *desde* el tiempo acerca de lo intemporal, o pretender asomarse desde el aquí y el ahora a la eternidad o, en fin, tratar de adivinar desde la finitud donde andamos o que somos, el "infinito malo", que diría el viejo maestro alemán de la dialéctica.

En los últimos veintitantos años, desde *Para deletrear el infinito I (1972)* hasta hoy, mucho he cambiado. Para bien o para mal. A veces me pregunto si he podido salvaguardar algún jirón de eternidad en medio de tantas mutaciones. Y estos vuelcos -filosóficos, políticos, artísticos, personales- no dejan de hallarse documentados, por así decirlo, en los

quinze libros que representan un conjunto de variaciones respecto a los quinze cantos iniciales.

Y nada más. ¿Qué podría decir en este sitio -aquí, a la hora de los estertores de la tinta- que no esté insinuado, escrito con todas sus letras o subrayado obsesivamente en el proyecto concluido? Detengo, pues, la pluma, le levanto al silencio el ostracismo e invito a mis lectores a que comprueben cómo en el punto final que se avecina se encuentra acurrucada pero completa la promesa cumplida.

EGR

I EL RUMOR DE LA NADA

Parte de campaña

La nada, sin historia, vivía de plácemes.

Ningún Dios había intentado poseerla
para fraguar la materialidad.

Se trataba de una nada íntegra y sin mancha.

Una nada virgen.

Una nada con nada de impureza.

La materia, en cambio, mantenía
desde tiempos inmemoriales
relaciones ilícitas
con el no ser.

Preñada incesantemente
por un coito de nunca acabar,
daba a luz sin cesar nuevos asombros,
capítulos, recorridos,
existencias.

La verdad es que si las tropas del allende
no tuvieran el arma invisible que poseen

-el temor a la muerte que disloca a los humanos-

las huestes de Heráclito

habrían salido victoriosas

desde hace mucho tiempo

en el campo de batalla.

¿Qué puede, en realidad, la sequedad de un silogismo
o el "trocito de certidumbre" de cualquier inferencia
frente a las preces

que, hincadas de rodillas,

levantan los tronidos

de los dedos?

Espera, pues, y escucha mis cuidados.

Un relato antiguo

es el efusivo punto

a partir del cual

el compás de la atención

traza su alrededor de niños.

Las mentes en cuclillas

le beben las palabras

al que cuenta.

La fantasía detiene los corceles

de su carro.

Una edecán nerviosa

reparte alas

entre el auditorio.

El placer es una chispa

en las frentes inflamables

del corro de chiquillos

y el asombro se introduce

como Pedro por su cielo

en todos los pronombres

personales.

El relator

ensarta con su aguja de vocablos

las almas infantiles.

Nadie piensa entonces en sí mismo.

La autoconciencia

se evapora

por los ojos desorbitados.

Todos tienen su atención

abrevando las palabras
de la muerte de cisne del silencio.

Todo esto ocurre
si se trata de un relato
donde las hadas,
los gigantes
o los gnomos
se ponen a lavar,
teniendo como instructora
a la espuma,
las manchas del aburrimiento
que sufre de vez en vez
la materia gris
de quienes oyen,
pegados a su oído
como los que unen las orejas
a las puertas que ocultan
un secreto.

Pero si se trata
del antiguo relato de la aurora,
del aullido primero
que emitió un trilobite,
no sólo los niños,

las almas imberbes,
sino los adultos,
los graduados de angustia,
los que huelen y huelen
el puñado de polvo
-enlodecido por sus lágrimas-
que los constituye,
oyen electrizados,
con los tímpanos hincados de rodillas,
queriendo saber,
intuir,
adivinar,
dónde, cómo y cuándo apareció
el agua bautismal
de su placenta.
El antiguo relato
puede acudir al Génesis
y hojear entre sus dedos
a sus primeros padres.
Pero eso equivale a morderse
la redondez
de un mito.

Rendirle pleitesía
a la ceguera permanente,
a las niñas de los ojos
sin cuencas oculares
y acurrucadas
en posición fetal
tras de los párpados.
Y quedarse masticando por los siglos de los siglos
la goma de mascar de la amargura.

Mejor es quizás volver los ojos
a la caterva de hombres
que extraviaron la fe
el día que celebraron,
con un entrechocar sinfónico
de copas,
su mayoría de edad
o su talar los árboles
para dejar de andarse
finalmente
por las ramas.
Aquí estalló, por fin,
en su deslumbramiento original,
sin los pudores del escrúpulo,

el añejo relato
del inicio,
de la causa de las causas,
contemporánea
del gallo recién nacido
por la clarinada
de su pico embadurnado de blancura,
en fin, el relato de relatos
de la primera causa,
la hija natural
del infinito.

Escuchémoslo.

Dejemos los prejuicios

encima del ropero.

Seamos todo oídos.

Seamos todo oídos:

sepamos

del mandamiento inexorable

de que nunca se debe

"mencionar el nombre de la nada en vano".

Lo único que tiene

un principio,

un arrancar de pronto

(a partir de un silencio
huérfano de itinerarios)
es nuestro sueño,
nuestro andarnos
entre nubes
con ademanes de aire,
nuestra ilusión encinta
de milagros.
Oh libro primigenio embarazado
con el semen
de la primera letra.
Mayúscula de ornato.
Sílabas
que con tres bastonazos
dan entrada
al antiguo relato
del verso de nunca acabar.
Narración que tendrá que llamarse
el antiguo relato
del principio sin principio,
de la contradicción canonizada,
ya que también aquí,
hacia atrás, a nuestras espaldas
-como también hacia adelante-

se halla otra de las bellaquerías
que nos perpetra
el infinito.

Ay hermanos, hermanos,
qué ardor ,
qué fuego en carne,
qué manera angustiosa
de darnos a la cuenta de nuestras
respiraciones,
cuando
la idea de la muerte
nos pasa rozando
la carne viva.

La bestíada

Hela aquí:
es una hormiga.
Se apresura,
mete primera
a su afán
de acceder
a no sé qué descomunales
pedruscos.

Lleva en hombros
la pesadísima carga
de uno
de mis poemas
más cargados
de tropos
e imaginerías.

Avanza, retrocede,
le pisa los talones
a la prisa.

Ay hormiga, mi amiga.

Me llevas a la pluma.

A pararme de estrellas en mi torre.

Eres un ápice
de fiera.

Tu rugido

-las hormigas

también rugen-

ensordece a las briznas

melómanas.

Eres un ejemplo

nervioso,

no de un grano de arena

que se sacude el aire,

o de polen que busca

su apareamiento aéreo,

sino de materia animada,

de independencia en ciernes,

de ojos recién estrenados,

de criatura que carga

en las mandíbulas

su diferencia,

su singularidad,

aunque sabe

que una excepción

no hace verano.

Tienes algo en común
con el antílope
y el salto de agua que lleva
entre sus patas
o con el gamo aquel
que pugna por ganarse a sí mismo
en la carrera:
galopas incansable en tus milímetros
mientras llevas en la alforja
de tu instinto
un puñado fantástico
de rumbos.

También con la culebra
que emponzoña su finitud
cuando da con su cola,
alimenta el final
con bocados de principio
y arropa la cuna
con paletadas de tierra.

Mi hormiga:
te me vuelves
ojo de cerradura

por donde me azora
la evolución completa:
desde el protozooario
que estrena
las primeras posturas
de la libertad,
hasta los elefantes o los hipopótamos
que gustan de pacentar
en sus particulares
superlativos.

Lo que veo
a través tuyo
no es un bestiario,
un muestrario de bestias enjauladas
en su clasificación,
que infatigablemente
dan vueltas y revueltas
por el pequeño mundo
de su nombre latino.

No vislumbro un bestiario
-la galería aquella en que Linneo
clasificó el sonido y la furia
en todos sus géneros

y especies-
sino,
para darle un nombre,
una *bestiada*,
la epopeya zoológica
donde los animales,
naciendo unos
de otros,
se pasan su estafeta
de genes y de genes,
buscando
en ese mar
de mutaciones,
aullar de brújulas
y gruñir de espumas,
arribar
a
buen hombre.

Amalgama

El simio,
aterido de audacia,
observando en la bola de cristal de su mano
su futuro,
arrojándose a las primeras sílabas
del atrevimiento,
dejó su vida arbórea,
rompió relaciones con las nubes,
olfateó la tierra,
irguió sobre dos pies
un haz entero de preguntas,
se puso bajo el brazo algún itinerario,
buscó algún rincón para roer su angustia
y arrojó a sus ojos
a lidiar con el crepúsculo.

Los gruñidos,
vestigios cacofónicos
de la prehistoria del milagro,
se quedaron a las orillas
de su esencia.

El animal buscó entre las basuras de su cuerpo

en búsqueda del hombre,
del sentimiento,
la inteligencia,
la voluntad
de este junco golpeado
por una lluvia torrencial de dioses
y se dedicó a ensartar,
cuenta tras cuenta,
su rosario de neuronas,
de células que esconden en sus núcleos
restos de más allá
o migajas de infinito.

Pero la criatura,
rebelde,
no pudo ser amarrada
durante mucho tiempo
con las lianas
de la razón
y los nudos cada vez más ciegos
de la lógica,
porque el hombre

no es la cuna de un ángel
ni tampoco el sepulcro de una bestia;
es sólo un compromiso:
una sonata para espíritu
con acompañamiento
de materia.

II DEL INDIVIDUO Y SUS SUBURBIOS

Obsesión

Deletrear la mayor de las palabras
no es el menor de los suplicios:
cuando estoy a punto de decir todas sus letras
se viene abajo la última sílaba
y tengo que volver a empezar.

Mi suplicio es el adelgazamiento,
la vulgarización del mito de Sísifo:
aparece como el tronco
que en las ferias de los pueblos
yergue la forma
austera,
ridícula, innoble

y ensebada
que asume lo imposible.
¿No será que en el fondo
querría yo ubicarme
no en el sitio del ser
que. mordiéndose las uñas, deletrea
su pobre finitud en lo infinito,
sino allá en el lugar donde pervive,
gozando de las mieles que produce,
un panal de relojes descompuestos,
la eternidad que arroja a la basura
la completa redada de sepulcros?
Por eso, en vez,
querría yo encontrarme
no del lado de aquel que deletrea,
sino del ser que se halla deletreado.
Mas qué remedio.
Cómo debo ponerme
la camisa de fuerza del *ni modo*.
No tengo más opción que conformarme.
Arrullar a mi puño.
Morderme un sueño.

Oda a la migraña

No sé si mi migraña sea una villanía
del cerebro,
una zancadilla del medio ambiente
o una especie de síntesis,
como las nupcias de dos leprosos,
de ambas cosas.

Pero sí se que:

me ha acompañado toda la vida hasta ser
mi cáncer de la guarda
y su empalagosa compañía
y ha fragmentado con frecuencia
mi corteza cerebral hasta
hacerme el más difícil y doloroso
rompecabezas de neuronas.

A veces la he odiado hasta tener orgasmos
de iracundia.

Otras, me he resignado a su presencia
como el jorobado que se consuela creyendo
que está preñado de alas
o que puede ser la buena suerte de su prójimo.

A veces, en fin,
me he encariñado con ella
como la noche melómana

lo hace con el aullido de los lobos.

Sé que me acompañará de por vida,
de tal modo que tendremos que compartir
la misma cama
el mismo epitafio
o el paladar de idénticos gusanos.

Es, asimismo, mi arma secreta:
cuando estoy en pie de cólera,
con todas mis ojeras levantadas en armas
y alimentando a mi onda de David
con el más redondo anhelo de descalabro,
es algo que puedo desear a mi peor enemigo
o al rival que le brinda a sus puñales
la dirección de mis órganos internos.

Ha acabado por ser la niña de mis ojos,
mi amante tormentosa,
la que ha convertido a mi psique en la sala de espera
de una puntual locura
o la que ha dado alas a mi mano
para tomar al vuelo una metáfora
huidiza.
Es un soñar despierto
en clave de la mayor
intensidad.

Es, lo diré sin ambages,
otro modo de ser de mi poesía
de este afán de apagar no sé qué fuegos
a fuerza de suspiros.

Es, en fin, algo así como la posibilidad de pergeñar madrigales
en una sala de tortura.

Así

Vengo
adulcedumbrado
tras de verte,
mujer,
tan accesquiva...

Manías

Pastorear las palabras.

Subir una pistola a las sienas de mis versos

para obligarlos a salir a la intemperie

empapados de notas musicales.

Leer en un atril cada poema.

Cambiar las consonancias en rugidos.

Cantar a voz en verso confidencias.

Tararear metonimias y enlazarlas

a la melancolía de un geranio.

Encarrilar mi lápiz

a su metamorfosis en batuta.

Dar entrada, después de cada punto,

al coro de silencios.

Hay quienes me critican por todo esto.

Quienes ven mi debilidad por el piano de Gustavo,

por el violín de Enrique,

por la guitarra de Guillermo,

por las cajas de música

o por la música de los astros

-melómano de rumores y de estruendos-

como señal inconfundible

de ser un músico frustrado,
una pluma sin alas,
un cuarteto de cuerdas
y de puntos cardinales
extraviado en el laberinto
de un pentagrama inaccesible,
rebelde,
enamorado del silencio.

La razón les asiste: no me es dable
ocultar en subterfugios
o debajo de la almohada
lo que es obvio.

Yo tengo para mí que, cuando escribo,
sé que en cada palabra
hay una partitura pequeñísima
de alguno de los muchos sentimientos
que están en mi interior y desearían
que, por virtud del canto,
alguna vez pudiera hasta impostar
mi nudo en la garganta.

Prometeo

Aquí con mis hermanos,
celebro al amigo de los hombres,
al titán que animó nuestra carne
con una centella del carro del sol

hasta forjar

la vocación de nube de nuestra alma.

Celebro al que nos liberó
de la miserable dictadura
de las rodillas.

Al héroe que nos entregó el fuego

y sus virtudes:

desde cocer la carne

y otorgarle, con ello,

el sentido de orientación

hacia el estómago,

hasta formarle

al poema frustrado

el último suspiro,

aleteante,

esperanzado,

de ceniza.

Enterados de su suplicio,

unos quieren dedicarse a la cetrería,

al safari de atmósferas,

con el deseo de dar caza

al buitre que desordena sin cesar

sus entrañas.

Otros, más radicales,
alimentando a la jauría de los músculos
con trocitos de cielo,
nos entregamos a la lucha
cuerpo a cuerpo con los dioses;
temerarios, queremos
desvanecerlos para siempre,
amenazarlos,
acercarlos al precipicio,
inquietarlos,
moverles, en fin,
el cielo que pisan.

Epitalamio

Mi lengua en tu pezón

buscando endurecerlo

para ablandar así

tus reticencias.

Mis manos correteando tu blancura.

Mis piernas y tus piernas

intercambiando confianzas

y sudores.

En una palabra,

mis urgencias todas

entregadas a la práctica dialéctica

del desarrollo desigual

y combinado.

Puntualidad

El correr de los puntos suspensivos
es el camino empedrado de la sugerencia.

El invitado principal

de todo cumpleaños

es el punto y seguido.

El hito que divide una edad y otra

(la juventud de la madurez,

la madurez del estercolero de olvidos)

es el punto y aparte.

En el velorio, por último,

no es otro que el punto final

quien lleva

la voz cantante.

SIETE APUNTES DE EROTISMO CAMPIRANO

I

Al Eufemio Gutiérrez,
de Milpa Alta,
se le juyó la vaca pinta
(que era la niña lechera de sus ojos)
y él, agüitado,
sintió que se le había desamarrado de la estaca
el sentido de la vida.

II

Que no me quieres, Chole,
porque debo muchas vidas.
Que porque anduve matando
por acá y acullá,
que porque tengo acalambrado
de tanto usarse
el dedo del gatillo.

Pero si no me quieres
también deberé mi propia vida.

III

Virgencita:

te ruego que el calorcito

que siento entre las piernas

se me aplaque:

por más que me empeño

no puedo apagarlo

a juerza de suspiros.

El padrecito Rómulo

dice que es una llamita

escapada del infierno.

Y a lo mejor que es así

porque me la paso toditita la noche

preguntándole a mi insomnio

cómo hacerle pa que por ahí se me meta

un pecado mortal.

IV

El padrecito Juan
y una vocecita de incienso
que hay en mí
no permiten mis amoríos
con el arriero
que está aún matrimoniado.

La meritita verdá es que lo que Dios arrejunta
no lo puede deshacer
una de las depravaciones
que se hallan acurrucadas
en alguno de tus daditos,

corazón.

V

Yo sólo quiero, Epifanía,
que me dé una probadita
de la cena con que tene siempre feliz
a su marido.

Ay cómo me gustaría paladear
esa receta, de la que él tanto presume,
de sus dos naranjas
chorreadas de miel de piloncillo.

Ándele, Epifanita: yo la ayudo
a tender el mantel
sobre su catre.

VI

Por dios santito,
no se me encanije, Don Melquiades.

Pero pa que usted entre en mi jardín
y corte la flor aquélla,
se necesita ansina
que le pida la mano a mi consentimiento.

Si no,
si quere ser malora
y saltar los muros por la noche,
a la hora en que tan sólo
tenen el ojo pelado
los descuidos,
no se imagine
que mis virtudes
van a estar dormidas a pierna suelta.

No, mi don Melquiades.
En torno de la flor ésa, que busca
deshojar con sus suspiros,
montan guardia,
como alitas
de mi ángel centinela,
estas manos
que jueron,
cuando era yo mocosa,

al catecismo
del domingo en la mañana
y sacaron de ahí
su decálogo
de espinas.

XII

Sosíéguese, Don Refugio,
no siga achicopalando a mis ojos
con la ausencia
de su hija.

El gavilán pollero sólo es una canción
capturada por alguna
guitarra de rapiña.

Un rifle de amentiras.

Una amenaza, sí; pero sin piedra.

Mire, en toditito mi cuerpo
no hay más que una pequeñísima parte
con malas intenciones.

III EL MUNDO CORRE PELIGRO

La suerte está echada

El hombre, si verdadero,
tarde o temprano se ve en la necesidad
de atravesar su Rubicón.
Calzar una intención de siete leguas
de continuar adelante.
Todo es cuestión de atreverse.
De pisarle los talones al arrojado.
De tragarse el espanto.
Acumular y acumular esfuerzos.
Ver con serenidad en la lejanía,
como un punto que camina hacia nosotros,
lo porvenir con urgencias de presente.
Poseer una mordaza
para todas las posibles grietas
de la indecisión.
Reclinar la cabeza en la esperanza.

Y dar al fin el paso...

Tal individuo es un ser,
para decir lo menos,
que carga bajo el vientre,
muy bien puesta,
la pequeña canasta del escroto.

Hondero fantástico

El cielo no es únicamente
la meta del aullido de los lobos,
sino el blanco
de aquellos individuos que en secreto

se suben por las noches a un montículo
para arrojar al aire sus órganos internos,
o que sueñan, honderos fantásticos,
zaherir al Goliat del firmamento
con el aullante fuego de artificio
de
su
blasfemia.

El puente

Cuando la Bestia descubrió en la Bella,
a mitad de lo excelso,
un vulgar ademán fuera de sitio,
un rasguño en el mármol del portento;
cuando a su vez la Bella fue consciente
de que la Bestia había redondeado,
en una inesperada orfebrería
de milagros, un símil en su lágrima
para decirle perla entre sus redes,
se insinuó un arcoiris en el aire,
y fue posible oír,
cómo el punto final, con un golpazo,

cerró la puerta al fin a un cuento de hadas.

Si el cielo permanece, allá en su esencia,
fríamente beatífico,
y la tierra prosigue, aquí en su reino,
salvajemente efímera,
no es posible encontrar el pasaporte
entre el agua lustral preñada de ángeles
y el aceite terrestre que lubrica
la mudanza sin fin de los gerundios.

En la mira

¿En qué página,
en qué pared,
en qué palma de la mano
escribiré sobre el poder?
Voy a decir que su ejercicio permanente
es como aquella espuma catíngosa
nacido de los turbios negocios
del agua estancada.
Voy a hablar de la academia de la corrupción
y la maestría o el doctorado
de las manos sucias.
Y también de las células pensantes
y su metamorfosis en microbios
que abrevan en su charco respectivo
de veneno.

El ansia de ser cúspide
y codearse con los lados accesibles
de lo infinito,
se vuelve indomeñable,
droga que en el cerebro de su víctima

hace su mejor plantación
de amapolas.

En veces hasta luce el poderoso
ademanes de Dios,
aunque tenga de pronto
que morderse las uñas
de su cetro.

O llenar de almohadones
el trono inconfortable.

Dadme un hombre capaz
de renunciar al poder
para ponerlo en el centro de mi corazón,
para volverlo el héroe legendario
que hizo de la excepción
la vergüenza de la regla.

Nota a nota

Bueno sería trazar
un completo y actualizado mapamundi
de himnos nacionales,
porque hay himnos
que habitan en tal continente,

en este o en aquel grado
de longitud o latitud,
o con una vecindad
mala o buena
con estos o con aquellos
otros himnos.

Hasta no es difícil hallar
cánticos colindantes
envueltos en permanentes
litigios fronterizos.

Además hay himnos nacionales
con los más diversos
estados de ánimo:
los hay nerviosos,
satisfechos,
nostálgicos,
optimistas,
obcecados
o perversos.

Hay otros, asimismo, belicosos,
de pocas pulgas, altaneros,
que aúllan con la entraña,

o que educan a la pólvora,
desde pequeña,
para hacer de las suyas.

Himnos hay
que sueltan en sus notas engoladas
o en su amenazante sección
de percusiones
su vocación genocida.

Y cómo olvidar los himnos imperiales
que sueñan expandirse,
hincar sus dientes en otros himnos,
arrojarlos al mar,
mientras estallan a los cuatro vientos
sus melodías de guerra.

Contra los himnos nacionales,
surgió un día,
destruyendo fronteras,
arrinconando límites,
desactivando idiomas,
un cántico con pretensiones ecuménicas.

Pero poco a poco
la gente fue advirtiendo
que ese cántico era un

himno nacional enmascarado.
Un himno patrio simulador
que buscaba
el holocausto de todos los himnos nacionales
para quedar dueño de la escena
y tomar a saco
el don de ubicuidad.

No obstante, algunos himnos,
gritando a voz en patria,
no tenían las lenguas enlodadas
por el narcisismo
de su diversidad,
e iban por el mundo
cargando en realidad la cruz
de sus fronteras.

Por eso no hay por qué entregarse,
atados de pies y de manos,
a la desesperanza.

Llegará el día,
a la vuelta del futuro,
en que tengamos
frente a nosotros:

la batuta,
y su trazo de jeroglíficos
en el aire,
las cuerdas,
los metales,
y los coros
consabidos.

Y de ahí brotará,
en clave de utopía,
de meta,
de deseo,
no los himnos fraticidas y antropófagos:
los himnos de rapiña.
Ni las Internacionales
embaucadoras,
manantial de melodías
envenenadas,
sino un nuevo,
auténtico,
veraz
canto de hermanos.

Y es que,
forzosamente,

desoyendo los cantos
de sirenas,
reconstruiremos nota a nota,
adobe por adobe,
un cántico distinto.

Formaremos,
guiados por las voces
abiertas,
generosas
de algunos himnos respetables,
el himno de la especie,
del ser que vive, sufre,
se desvive
y muere
en el telón de fondo
de su mundo.

En su afán de conquistar el cielo,
Ícaro fracasará
una vez y otra y otra;
mas no puede cansarse
de asediar tantas veces a su impulso,
al armatoste lírico
de su anhelo,

cuando a decir verdad,
el pertinaz propósito
de adueñarse del sol
dice en su brío
que no está la esperanza hecha de cera.

IV LA METAFÍSICA Y EL CERO

Lo medular

Se ha comparado la historia
con un río,
con la húmeda y permanente despedida
de un río.
Pero esta comparación ha acabado por ahogar
lo decisivo, lo propio
de la historia.
La historia es en verdad
el tiempo por entregas,
el sueño de reposo
que emerge

(témpano del cerebro)

del ejercicio reiterado

de lo efímero.

La historia es todo aquello

que se opone

a la dictadura

de los gerundios

que corren

con el

agua.

A la dialéctica

Tus tijeras gustan,
tras de barajar lo idéntico,
repartir, como naipes,
las dos mitades de cada cosa.

Si el compás y la escuadra,
olfateando enigmas,
saben hallar nuevos mundos

y estrenar asombros,
tus tijeras

gozan con dividirlos,
tasajearlos,

arrojarles linderos,
hacer de la identidad

una pieza arqueológica,
una zona de fantasmas

en ruina.

Nadie puede mostrar su identificación

-su pasaporte,

su rúbrica,

su laberinto de tinta-

sin la amenaza de que tus tijeras

tramiten la emancipación
de la imagen del espejo.
Después de su festín de divisiones,
después de separar las pezuñas y neuronas
mezcladas en el centauro,
después de llevar a los opuestos
a las trincheras de su rabia,
después de señalarnos que no existe catapulta
capaz de arrojar el abajo
hacia el arriba,
después, en fin, de devenir origen
de la esquizofrenia
de la voz y el eco,
no pueden tus tijeras ocultar
el hilillo de sangre
que escurre de su boca.

Consejos

La dialéctica debe hacer gimnasia sueca.
Despertarse temprano.
Irse a correr al parque.
Llevar terrones de azúcar para cada uno de sus músculos.
Sudar a mares, sin remilgos ni timideces.

Después darse un duchazo
(hay para eso una nube domesticada
en los departamentos) y sentarse a la mesa,
con un hambre devoradora,
a escuchar la plática amarilla
del jugo de naranja.

Debe hacer esto todos los días
(sin atender al canto de sirena
del domingo)
durante su entera vida.

Y debe hacerlo
porque, si no,
se puede enmohecer,
perder agilidad y ritmo,
extraviar su identidad
y ser de nuevo la máscara
que te ciñes, metafísica.

Día caluroso

Como si fuera consciente
de la ley dialéctica:

"el reposo es relativo,
el movimiento absoluto",
el hielo pretende congelar
la excepción
de la regla.

Mas esta excepción
acaba por evaporársenos
entre las manos,
al calor incontrolable
de la regla.

Optimismo

Que ya terminó la historia.

Que ya nos podemos ir a nuestras casas.

Que ya debemos recogernos en la piel de nuestro yo.

Que vivimos en el mejor de los mundos imposibles.

Que ya.

Que ya.

Pienso, sin embargo,

que hay que limpiar de telarañas la hoquedad

del cero. Amueblarlo.

Llenarlo de macetas y de flores.

Dotarlo de vituallas.

Colmarle sus bolsas de pasado.

Y sólo así

comenzar,

nuevamente,

desde él.

Clandestinidad

A fin de protegerle
de la fumigación ideológica,
escondimos a la rebeldía en los parques,
en los libros,
en los sotabancos,

en los sótanos
o en las entretelas de la discreción.
La hicimos pasar a la clandestinidad.
Le ceñimos una máscara de letras,
un pasamontañas hecho
con trozos de noche,
un seudónimo
que, voraz,
desdibujó sus huellas dactilares
y convirtió la pila bautismal
en pieza de museo.
Le dijimos que era necesario hablar en voz baja.
Que utilizara con mayor cautela
la esgrima de los ojos.
La pusimos a leer.
A hacer ejercicios.
A tener malos pensamientos.

V LOS PUÑOS Y OTRAS INTENCIONES

Realismo

Bien vistas las cosas,
por la raza no hablará,
sino enmudecerá el espíritu,
se morderá la voz,
brillará hasta el deslumbramiento
por su ausencia.

Hay que decirlo.

Convertirlo en lema
de un puño y otras intenciones,

de un sueño

o de una Universidad.

Por la raza hablarán el odio,

la vesania a flor de piel,

los colores insolentes,

la diferencia en armas.

Nacimiento de puños

Las hienas, blancas y pecosas,
se arrojaron contra sus enemigos
para desordenar en cada rostro
las facciones.

Encomendaron después
a la llave,
al jabón
y al agua
la tarea de hacer que el asesinato
fuera absorbido
por el hoyo sediento
del lavamanos.

Se citaron más tarde,
con la inquietud insomne a flor de labio,
en las inmediaciones de su júbilo.

Pretendiendo esconderse,
se ponen a lijar en cada dedo
sus huellas digitales,
a ahogar en la pila del bautismo

las letras de su nombre
o a ocultarse de prisa, a toda puerta,
tras del anonimato.

Pero ya con los otros, animándose,
corren a celebrar su tropelía,
a sintonizar su lengua en el aullido.
A festejar el goce
de sus manos recién ennegrecidas,
la euforia ensangrentada,
el crimen excitante.

Un cántico rebelde
salta del pentagrama hacia los labios
como de una rama hacia la otra.
Tal el aire que enciende sus motores
y devela el zumbido de la brisa,
el canto comenzó como un murmullo
(como un canto de cuna dedicado
al terror emergente)
donde el corro de voces continuaba
mordiéndose las sílabas.
Empezó nuevamente como el cielo
que aduce algunos soplos

para decir el huracán en ciernes.

Pero creció después hasta tornarse

una brisa en *crescendo*,

un rumor que, entonado en pie de ráfaga,

termina por contarnos

su personal versión de la tormenta.

Un estentóreo *negro espiritual*

donde son las entrañas, no la boca,

quienes se hallan cantando...

Ese día

El verdadero día
no tiene nada que ver con el sol.
Con sus vísperas de gallo.
O con el carro de mudanzas
que se estaciona a orillas
del albor matutino
para trasladar todas las sombras
a otra parte.
Nada que ver con el movimiento
de rotación terrestre.
Nada que ver con las leyes naturales.
O con el telescopio
que arroja a las pupilas

a espiar punto por punto los misterios
de las intimidades infinitas.

Nada que ver con...

El verdadero día
tiene que ver con el hipotálamo.

Con el hígado.

Con los ejercicios matutinos de los glóbulos rojos.

Con la mirada turbia.

Con la mano comadrona
que ayuda a la potencia embarazada
a dar a luz el acto.

Con la militancia infatigable
en la obsesión.

Con los puños
y su mística.

A mis herederos

Quiero dejar a mis hijos,
de herencia,
mi rechinar de dientes.

Legarles este rencor que he ido acumulando
a lo largo de mi vida,
para que se lo distribuyan
por partes iguales.

Me gustaría que recibieran,
a mi muerte,
una selección
de mis más insobornables epítetos
y de mis ademanes más temerarios.

Deseo que odien el poder
hasta más no poder.

Que no den nunca
el brazo de su rectitud
a torcer.

Que sean herederos
y continuadores
de la cólera,
el asco,

la furia,
el ansia de aniquilamiento
que hay entre el pecho y la espalda
de este energúmeno.

Mis hijos saben
que todo esto
tiene que ver con el amor.

VI LAS ENTRAÑAS DE LA PALABRA

Tortura

Contrae soledad.
Deletrea en un tonel sin fondo
el infinito.

Encarna en el cuerpo sudoroso
que empuja aquella piedra,
ascendiendo a su mal de montaña.

Tan amargo
como las cámaras de tortura
de la mitología.

Tan pavoroso
como la gota de tinta
que cae sobre tu frente,
poeta.

Observación

En mis viejos tratados de filosofía
aprendí,
ha tiempo,
que no se deben confundir
los distintos y los contrarios.
La luna y el perro son distintos.
El día y la noche, contrarios.
Un seno y el otro, distintos.
La poesía y el orden existente,
contrarios.

VII CATALEJO Y UTOPIA

Oda a nuestra embarcación

Todo barco,
para que lo sea,
tiene que conocer,
vivir,
saborear
una tempestad.

Víctima de famélicas
tarascadas de espuma,
su proa
(su olfato de futuro)
deberá sufrir
el delirio de pasos
de la desorientación,
amén del extravío
o del naufragio
de toda tierra firme

enterrada
bajo el líquido entrechoque
de feroces
gerundios.

Todo barco,
para que lo sea,
tiene en veces
que hallarse a la deriva
o a la mala de Dios.
Bogar roto,
destartalado,
huérfano de astilleros,
harapiento de velas,
pordiosero de segundos
más de vida.

Para que lo sea,
tiene que recorrer
enfebrecido
todos los litorales
de la brújula,
y tantear,

empapado de locura,
su camino
tortuoso
en medio
de puntos
suspensivos
embravecidos.

Sólo así.

Sólo así
podrá estallar el motín a bordo
que lleve a la esperanza
a adueñarse del timón
que conoce el idioma
de la meta
y hoy se encuentra
aullando hacia la luna.

Sólo así
podrá ser suprimida para siempre
esa avanzada del mar
que perla las pestañas
de todo tripulante

cansado,
pesimista,
venido ya en espectro.

Marinero:
hay que remar
con la meta anticipada.

El ideal

¿El faro continúa arando en el desierto?
Dicen tal. Pero yo,
que me encuentro al pie de tu mirada,
sé que nuestro destino está muy próximo,
a golpe de ilusión
y a mano izquierda.
El ancla imperceptible de la brújula
se encuentra descendiendo.
No nos separa ya todo un océano
de la meta.
Un reflector se arroja, sol en mano,

al vocablo *enseguida*.

Entre el faro y nosotros

sólo se halla una lágrima,

el mar que se condensa ante los ojos

al tamaño preciso

que nos nubla la vista.

En alta mar

En los litorales de todo utopía

debe instalarse un faro.

Un faro que se dé a leer y leer en luz alta

su cartilla de rumbos.

Faro que se ha de ganar el título

de *doctor del espacio*,

con estudios en imantación

y especialidad en esperanza.

Sin el faro, el mar huele a zozobra,

a oleaje presto a hacerse del timón,

a motín de las aguas.

Aquí, en la embarcación, el faro ha sido puesto

por fin en el altar.

Lo hemos rodeado de plegarias

presta a arremangarse los brazos.

El velamen se agarra de su destino

como el pulmón, atosigado y seco,

a la promesa de oxígeno.

A partir de ahora, habrá que considerar un crimen

todo parpadeo.

La tripulación deviene
hueste de sombras sedientas,
que beben sorbos de luz.
Pero el faro no va a remar por nosotros.
La brújula no se pondrá a tramitar el sudor de las frentes.
Hay que soltarle la rienda a nuestras manos.
Olfateemos la playa y seamos cada uno
de nosotros un granito de arena.
Que no halla el menor titubeo
en este puñado de feligreses.
La tormenta y su feroz entrechocar de sílabas violentas
no logrará amedrentarnos.
El vigía, al desecar el mar de sus pupilas,
dirá la última palabra.

No importa que confundamos por un instante
el deslumbre con la ceguera.

A buen recaudo

La nave sacudida
empezó a hacer agua.
O, si se quiere, llanto.

Válgame Dios,
el golpe con los arrecifes
hizo que el palo mayor,
con todo y velamen,
se desgajara ruidosamente:
sólo quedó un inútil harapo
para continuar sus negociaciones
con el viento.

La brújula, el verdadero vigía,
insomne,
sedienta de agua dulce,
se sintió devorada
por el canibalismo
de los cuatro puntos cardinales.

La desesperanza,
el temor,
el tronar de unos dedos
con las uñas raídas,
el corazón náufrago
en medio de un vórtice
de latidos,
el hormiguero de la angustia,
todos,
todos corrieron a refugiarse

en el azoro
de sus órbitas.
Quién les iba a decir
que la embarcación
había encallado,
por fin,
en la tierra prometida.

Arribo

Todo nos hizo suponer que llegábamos finalmente
a buen puerto.
La tormenta que amenazó con arrancarnos del pecho el corazón
para llevárselo como hoja seca;
la brújula que sufrió un inusitado olvido
de puntos cardinales,
el agua que empezó a decrecer
con una alarmante tendencia a cero,
a simple lágrima,
el motín de miedos a bordo de las almas
marineras,

todo

se quedó a las espaldas

como una estela de infortunio

borrada por un vuelco

de la suerte.

Y ahora

la risa,

la palabra aleluya,

la creencia de que Dios

había dejado al fin de hacer concesiones

a la nada,

todo este festín

a mano,

a ojo,

de repente se vino abajo,

se paró en seco,

cuando vimos que habíamos desembarcado

en una tierra movediza.

APOLO MUSAGETA

Enrique González Rojo

18 



UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO

COLOQUIO DE LOS TRES ENRIQUES SOBRE EL *APOLO MUSAGETA*

PRIMER ENRIQUE: ¿Así es que mi nieto Enrique acaba de terminar otro libro de poemas...?

TERCER ENRIQUE: Sí, el décimo tercer libro del conjunto de quince que...

PRIMER ENRIQUE: No prosigas. Tu padre y yo conocemos perfectamente tu proyecto de deletrear el infinito. Estamos enterados de que, inmediatamente después de la publicación de tu texto de 1972 en *Cuadernos Americanos*, te diste a la tarea, que respondía a tu pretensión de hacer un poema de nunca acabar, de convertir los quince cantos que componían *Para deletrear el infinito* en quince libros.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿El título de este volumen de poemas es el Apolo *Musageta*?

TERCER ENRIQUE: Sí, es el nombre que encabeza el décimo tercer canto del poemario de 1972 y del libro que tienen ustedes en las manos.

PRIMER ENRIQUE: ¿Y qué es lo que te ha llevado a intitular tu nuevo puñado de poemas con el apelativo del patrón de las musas?

TERCER ENRIQUE: Más que nada, el hecho de que en los versos y estrofas que integran este tomo me muevo dentro de un mundo artístico

diferente que trae consigo, creo, una nueva propuesta estética en el panorama de la poesía mexicana.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿No exageras? Nuestra poesía, desde

Gutiérrez Nájera hasta los jóvenes poetas que nacieron en la década de los sesentas, es tan rica, variada, multifacética que se me hace difícil pensar en una nueva y tajante reforma de los usos poéticos.

PRIMER ENRIQUE: Cuéntanos, Enrique, cómo ha surgido tu *Apolo Musageta* y qué te has propuesto con su elaboración.

SEGUNDO ENRIQUE: Y cuéntanos también por qué tienes la pretensión de que con este texto traes "una nueva propuesta estética en el panorama de la poesía mexicana".

TERCER ENRIQUE: La historia de la poesía mexicana en el siglo XX es la historia del paulatino alejamiento, por parte de los poetas, del metro y la rima tradicionales...

SEGUNDO ENRIQUE: Esa es una tendencia que tiene lugar no sólo en nuestro país.

PRIMER ENRIQUE: En Francia, ya en el siglo XIX...

TERCER ENRIQUE: Sí, lo sé. Se trata de un fenómeno que aparece en otros sitios antes que entre nosotros...

SEGUNDO ENRIQUE: ...y que tiene un alcance mundial.

PRIMER ENRIQUE: Dejemos el micrófono al autor del *Apolo Musageta*.

TERCER ENRIQUE: En ese paulatino alejamiento, por parte de los poetas, del metro y de la rima tradicionales, la poesía se ha acercado tanto a la prosa que en general se confunde en la actualidad con ella.

PRIMER ENRIQUE: Yo creo que no sólo la poesía se ha prosificado sino que el movimiento inverso también ha ido teniendo lugar...

SEGUNDO ENRIQUE: ...¿que la prosa se ha poetizado?

PRIMER ENRIQUE: Así es.

SEGUNDO ENRIQUE: La criatura de la poesía que, abandonando su vestimenta tradicional, se ha confundido con la prosa, y de la prosa que, haciendo a un lado su material discursivo secular, se ha identificado con la poesía es el prosema, la poesía en prosa.

PRIMER ENRIQUE: Una pregunta para mi nieto.

TERCER ENRIQUE: Dímela.

PRIMER ENRIQUE: ¿Te molesta o estás en contra de que la poesía (como si un ángel aprendiera un lenguaje humano) sea expresada en prosa?

TERCER ENRIQUE: Desde luego que no. Pienso que el acercamiento de la poesía a la prosa, y su correspondiente ruptura con los cánones poéticos clásicos, representa una liberación de la práctica lírica y la conquista de un espacio en el cual los elementos metafóricos e imaginativos intrínsecamente poéticos pueden hallar un *modus discendi* menos artificial y retórico. Esa es la razón por la que buena parte de mi obra se ha movido dentro de los límites del verso blanco, la versificación irregular y el verso libre. Pero...

PRIMER ENRIQUE: Pero, ¿qué?

TERCER ENRIQUE: Tengo añoranzas por la música. Sufro nostalgias por ese tipo de poemas que eran cantantes de sí mismos o que se hallaban instrumentados por la música de cámara de su ritmo silábico y del eufonismo de sus consonancias o asonancias.

SEGUNDO ENRIQUE: Eso sí que está bueno. González Rojo Arthur, a quien muchos tienen como poeta moderno y hasta de vanguardia, va a terminar siendo neoclásico.

PRIMER ENRIQUE: Sería como si –guardadas, desde luego, las diferencias– Apollinaire volviera los ojos a su Boileau... y empezara a contar las sílabas con el auxilio de los dedos de la mano.

TERCER ENRIQUE: Esperen un poco. Mi nostalgia por la música, por los placeres auditivos de las palabras en clave de canto, no me lleva al deseo o al intento de resucitar las viejas formas para dar luz verde a

organillos o clavecines afónicos y extemporáneos. No. He querido volver a las formas clásicas pero renovándolas...

PRIMER ENRIQUE: Pero, ¿qué innovación es posible en el ámbito de una tradición formal que lo ha ensayado todo?

TERCER ENRIQUE: ¿Puedo poner un ejemplo?

PRIMER ENRIQUE: Claro.

TERCER ENRIQUE: En este libro aparecen muchos poemas escritos con una versificación superrimada.

PRIMER ENRIQUE: ¿Una versificación qué?

TERCER ENRIQUE: Superrimada o soberrimada.

PRIMER ENRIQUE: Y, ¿qué es eso?

TERCER ENRIQUE: Antes de explicarte en qué consiste déjame decirte cómo surgió.

PRIMER ENRIQUE: Bien.

TERCER ENRIQUE: Hace algún tiempo, y después de estar oyendo lieder de Schubert (*La bella molinera* y *Viaje de invierno*), se me ocurrió escribir un soneto en homenaje de ese señor de lo melodioso que es el autor de la *Inconclusa*. Me quedé meditando un momento. Y decidí, por así decirlo, hacerle una transfusión de música a mi proyectado soneto.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿Qué es lo que hiciste?

TERCER ENRIQUE: Hice un poema con rimas internas.

PRIMER ENRIQUE: Pero eso no es ninguna novedad. Existe, por ejemplo, el verso leonino (verso cuyos dos miembros riman entre sí) y la rima que se realiza entre el segundo miembro de un verso y el primero del siguiente.

SEGUNDO ENRIQUE: Por qué no nos das un ejemplo de uno y otro.

PRIMER ENRIQUE: Cuando Edgar Allan Poe dice, en *El cuervo*:

Once upon a midnight dreary, while I pondered, weak and weary,

está haciendo un verso leonino. Cuando Garcilaso de la Vega escribe, en la *Egloga segunda*:

*Amor quiere que muera sin reparo;
y conociendo claro qué bastaba
lo que yo descansaba en este llanto...*

está llevando a cabo una versificación donde la rima del segundo miembro de un verso consonanta con el primero del siguiente.

TERCER ENRIQUE: Mi propuesta es distinta. Se trata de una rima interna que se contrapuntea con la externa, de tal modo que si, en una cuarteta, la rima externa es a b b a, la interna es b a a b. Mi soneto a Schiubert empieza, en efecto:

*En un compás de aurora por encanto,
mas en clave de llanto, tu ave ignora
(victorioso esperanto en voz canora)
la Babel hacedora del quebranto.*

Adviertan que *encanto* no sólo aconsonanta con *quebranto* (rima externa), sino con *llanto* y *esperanto* (rima interior) y que *ignora* no

sólo aconsonanta con *canora* (rima exterior), sino con *aurora* y *hacedora* (rima interna).

PRIMER ENRIQUE: Se trata de una especie de versificación leonina compleja. A decir verdad, creo que bastante difícil porque en vez de dos consonantes de un tipo (en *anto*) o de otro (en *ora*) se requieren cuatro de cada clase.

SEGUNDO ENRIQUE: Presenta además una novedad interesante: el tramado contrapuntístico (el que la rima de un miembro del verso se establezca no con el otro miembro del mismo verso, sino con el miembro contrapuesto del siguiente) evita la monotonía...

TERCER ENRIQUE: ¿Verdad?

PRIMER ENRIQUE: Pero, continúa.

TERCER ENRIQUE: Una vez que escribí varios sonetos superrimados...

SEGUNDO ENRIQUE: Esto es, con una rima interna en contrapunto con la exterior...

TERCER ENRIQUE: ...se me ocurrió que podía llevar ese procedimiento a todas las formas clásicas: tercetos, coplas, octavas reales, liras, espinelas, cuartetos, etcétera.

PRIMER ENRIQUE: ¿Y lo hiciste?

TERCER ENRIQUE: Sí, incursioné en todos esos campos.

En el *Apolo Musageta* hay ejemplos de todas esas formas. Mi pasión por la soberrima me llevó hasta estructurar *haikús* en esta dirección.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿*Haikús* superrimados? ¿Cómo es posible?

TERCER ENRIQUE: En la literatura española, a partir de Tablada, hay dos tipos de *haikús*: los variables (desde el punto de vista métrico) y los constantes. Los constantes como los que hacía Francisco Monterde, constan siempre de tres versos: el primero de cinco sílabas, el segundo de siete y el tercero de cinco. Presentan, además, una asonancia entre el primero y el tercer versos. Yo, en la parte del libro que se llama *Les petits*

riens, conservo la forma constante del haikú; pero lo someto al procesamiento creativo de la superrima.

PRIMER ENRIQUE: Dinos cómo.

TERCER ENRIQUE: Pondré un ejemplo para explicarlo.

Digo:

*Luna en el agua.
Se empalaga la espuma
de albura tanta.*

Aquí reaparecen los tres versos, con cinco sílabas el primero, con siete el segundo y con cinco el tercero y hace acto de aparición, asimismo, la asonancia consabida entre el primero y el tercer versos (*agua* y *tanta*). Pero hay algo más que eso.

PRIMER ENRIQUE: Por lo que veo, a la rima externa asonantada se une una rima interna del mismo género.

TERCER ENRIQUE: En efecto. A las asonancias externas (*agua* y *tanta*) se une la interior (*empalaga*) y a las asonancias internas (*luna* y *albura*) se vincula la asonancia exterior (*espuma*).

PRIMER ENRIQUE: Es un mecanismo de relojería.

SEGUNDO ENRIQUE: De grandes dificultades. Si un haikú habitual es difícil porque hay que respetar la métrica (5-7-5) y la asonancia (a-a), en este átomo poético-musical los problemas se multiplican porque en la misma forma se introduce una soberrima, como dirías tú, asonanta-da y en contrapunto.

TERCER ENRIQUE: Sí, es una forma especialmente complicada y plagada de dificultades y que podríamos afirmar, si pretendiéramos exponer esto como un principio, que la dificultad de la soberrima se halla en proporción directa a la brevedad del poema.

PRIMER ENRIQUE: Pero se oye bien.

SEGUNDO ENRIQUE: Por eso, como lo estoy viendo, esta sección de poemitas lleva el subtítulo de *El gorjeo de las minucias*.

PRIMER ENRIQUE: Continúa, Enrique.

TERCER ENRIQUE: No sólo me interesó conducir la versificación superrimada a los metros breves y ligeros, sino a los versos largos. Para hacer tal cosa se me ocurrió duplicar la llamada versificación de arte mayor (que se inicia con el endecasílabo) y hacer versos de veintidós sílabas o más (como puede verse en la sección del libro que se intitula *Las astucias de Euterpe*).

PRIMER ENRIQUE: De acuerdo con la perceptiva tradicional, la elaboración de versos muy largos (de veintidós, veinticuatro o veintiocho sílabas, por ejemplo) resulta inconveniente, si queremos conservar la rima, porque las consonancias o asonancias (externas) quedan tan lejanas unas de otras que su musicalidad o se pierde del todo o se diluye.

SEGUNDO ENRIQUE: Pero mi hijo da, al parecer, una solución o una respuesta a tal problema.

PRIMER ENRIQUE: ¿En qué sentido?

SEGUNDO ENRIQUE: Al introducir una rima interior en las estrofas de verso largo recupera la musicalidad o acerca las palabras rimadas.

PRIMER ENRIQUE: Léenos, Enrique, algún ejemplo.

TERCER ENRIQUE: En *Secreto a can dado*, que es un soneto endecasílabo duplicado, con soberrima, escribo:

Al sol trapos y llagas, confidencia que le espeté a mi perro cierto día.

Él me escuchó callado. Comprendía. Me miró como mira la insistencia.

Mis entrañas perdieron la prudencia. Fue exacta y radical mi cirugía

y volqué a la intemperie mi agonía, mi más hondo secreto, mi dolencia.

SEGUNDO ENRIQUE: Se trata de una ingeniosa solución. Si sólo existieran las consonancias externas (*día y cirugía, insistencia y dolencia*) la musicalidad derivada de la rima, dada la lejanía de una consonancia con otra, tendería a esconderse o diluirse; pero la introducción de la rima interior salva el escollo y deja los vocablos rimados a la distancia pertinente. *Día*, entonces, no sólo consonante con *cirugía* (que se halla alejada de su sitio) sino con *comprendía* (que se encuentra a una distancia menor), etcétera.

PRIMER ENRIQUE: La rima interior contrapunteada con la externa recupera, por consiguiente, la "distancia endecasilábica" que resulta tan familiar al oído.

SEGUNDO ENRIQUE: Pero en una novedosa y fecunda redistribución métrica.

TERCER ENRIQUE: En ocasiones uno la versificación duplicada con la simple, sin abandonar la sobrerima.

PRIMER ENRIQUE: ¿Cómo está eso?

TERCER ENRIQUE: Se entenderá con toda claridad si leemos la primera estrofa del soneto irregular *Les arts florissants*. Dice:

Polvo y silencio. Ya no derrama su voz el piano, mudo y dormido.

No hay más sonido que el que declama,

chisporroteando, perpleja llama que luce el solo de su crujido,

pequeño aullido sin pentagrama.

SEGUNDO ENRIQUE: Entiendo. A la rima externa (a b a b) corresponde la interior (b a b a); pero como el contrapunto se hace entre dos versos de veinte sílabas (el primero y el tercero) y dos versos de diez (el segundo y el cuarto), la distancia de las palabras rimadas se alarga en unos casos y se acorta en otros. *Dormido*, por ejemplo, queda a una distancia de cinco sílabas de la rima interna *sonido*, mientras que *derrama* permanece a una distancia de quince sílabas de la rima exterior *declama*, etcétera. Si unimos, por consiguiente, los elementos de la soberrima, la duplicación de los versos y la irregularidad métrica, se abren ilimitadas posibilidades de musicalizar el verso y apresar inusitadas armonías.

TERCER ENRIQUE: También se puede hacer, desde luego, versos duplicados con una soberrima asonantada. Pondré un ejemplo, tomado del poema *El extraviado*:

*Imantado por el cielo, contemplé un árbol que estaba
–flora y nube enmarañadas– convidándome a ascenderlo.
En el tronco puse el alma, puse manos, puse empeño
y ascendí hacia el firmamento con el ritmo de la savia.*

SEGUNDO ENRIQUE: Queda claro. Es la estructura que ya conocemos. Una rima exterior (a b b a) que se contrapuntea con una interna (b a a b).

PRIMER ENRIQUE: Pero con la diferencia de que la versificación superrimada se hace aquí echando mano de la asonancia y no de la consonancia.

TERCER ENRIQUE: He escrito, asimismo, unas liras duplicadas acompañadas de soberrima.

PRIMER ENRIQUE: Léenos algo al respecto.

TERCER ENRIQUE: La primera estrofa del poema *Diálogo de espejos* dice lo siguiente:

En el agua borbota la aflicción de la fuente.

*Los árboles sollozan verdemente. Los pájaros encarnan una nota
que en su compás denota la soledad doliente.*

*El monte es una frente. La noche una derrota,
muere el sol en los brazos del poniente y es el eco uguna voz que nace rota.*

PRIMER ENRIQUE: Bien. Me parece indudable que tu nostalgia por la música te hace volver al metro y a la rima, pero con un intento de renovación y de abrir perspectivas en la producción poética.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿Hay algo más en el *Apolo Musageta*?

TERCER ENRIQUE: Sí, varias cosas. Hay una sección de sonetos heterotónicos (*Pequeño cuaderno de canciones*).

PRIMER ENRIQUE: ¿Heterotónicos?

TERCER ENRIQUE: Así llama el padre Alfonso Méndez Planearte a los versos en que hay una estricta diversificación de todas las vocales acentuadas en cada verso. Dice, en *Díaz Mirón, poeta y artífice*: "Por verso *heterotónico* entendemos [...] aquél cuyas vocales *tónicas* (o acentuadas) son todas *diferentes* entre sí. La concisión y precisión, a una, excusarán el neologismo técnico, que al efecto hubimos de idear". Creo que mi *Pequeño cuaderno de canciones* ofrece una gran pureza heterotónica.

SEGUNDO ENRIQUE: Díaz Mirón sería el jefe de escuela de este tipo de verso.

TERCER ENRIQUE: Sí. Y hay quien ha subrayado que tu *Estudio en cristal* presenta, entre otros méritos, una franca tendencia heterotónica.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿Eso piensan?

TERCER ENRIQUE: Sí. Y que mi abuelo, en cambio, no se preocupa por ello.

PRIMER ENRIQUE: ¿Han afirmado eso?

TERCER ENRIQUE: Sí. Y hay quien, a partir de la obra del padre Alfonso, querría hacer un estudio de la mayor o menor pureza heterotónica de los poetas americanos.

SEGUNDO ENRIQUE: Por lo que veo, tus sonetos son *casi* de una heterotonía total. Hay algunos versos –pocos por cierto– donde, sin embargo, aparece acentuada la misma vocal tónica, ¿a qué se debe eso?

TERCER ENRIQUE: A algo muy obvio. Cuando no hallé la manera heterotónica de expresar lo deseado, decidí no sacrificar la metáfora o la imagen poética en aras de la forma.

PRIMER ENRIQUE: De no haberlo hecho así, hubieras caído en la retórica.

SEGUNDO ENRIQUE: Veo, hijo, que deseas añadir algo.

TERCER ENRIQUE: Sí. Quiero señalarles que no sólo me interesa el verso heterotónico, sino que he ideado, desde el punto de vista de los acentos, otro tipo de versificación.

PRIMER ENRIQUE: ¿A qué aludes?

SEGUNDO ENRIQUE: Por lo visto, este *Apolo Musageta* es una especie de cofre plagado...

PRIMER ENRIQUE: ...de tesoros.

SEGUNDO ENRIQUE: No sé. Por lo menos, de novedades.

TERCER ENRIQUE: En la sección del libro encabezada con el nombre de *Cadencias* propongo una versificación opuesta a la heterotónica.

PRIMER ENRIQUE: ¿De qué se trata y en qué consiste?

TERCER ENRIQUE: Entiendo por *cadencioso*, un verso de homotonía deliberada y estrófica.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿Homotonía deliberada y estrófica?

TERCER ENRIQUE: Versificación homotónica significa, a diferencia de la heterotónica, que voluntariamente, a lo largo de un verso, se acentúa siempre la misma vocal tónica.

PRIMER ENRIQUE: ¿Por qué no nos lees un ejemplo?

TERCER ENRIQUE: Helo aquí:

*En la noche brilló, móvil, la rosa,
en pedestal de mármol perfumada.
La mano, hacia su tacto reclinada,
se acercó a los rubores, temblorosa.*

SEGUNDO ENRIQUE: Ya entiendo: en el primer verso se acentúa siempre la o (noche, brilló, móvil, rosa) y en el segundo se acentúa invariablemente la a (pedestal, mármol, perfumada).

PRIMER ENRIQUE: Y lo mismo ocurre en el tercero y cuarto versos: en el tercero se acentúa, como en el segundo, la a, y en el cuarto, como en el primero, la o.

TERCER ENRIQUE: Por eso la homotonía deliberada es estrófica: porque los acentos homotónicos se distribuyen tomando en cuenta las estrofas. En este caso según la fórmula a b b a.

PRIMER ENRIQUE: ¿Y qué sucede con los tercetos?

TERCER ENRIQUE: Lo mismo. Reproduciré completo el soneto, que se intitula *Preludio y fuga*, de donde tomé la cuarteta anterior:

*En la noche brilló, móvil, la rosa, (a)
en pedestal de mármol perfumada. (b)
La mano hacia su tacto reclinada; (b)
gse acercó a los rubores, temblorosa. (a)*

Excitación y arrojo. Peligrosa (a)
lluvia táctil en carne alborotada. (b)
Cálida, la beldad acorralada (b)
quedó, tras del acoso, silenciosa. (a)

El último minuto desanuda (c)
mi raíz, y su prisa ya en camino (d)
del inútil impulso de la duda. (c)

Pero sé que su pie la desvanece, (e)
e impide las intrigas de destino (d)
que mi piel hecha vértigo le ofrece. (e)

SEGUNDO ENRIQUE: Hay homotonía estrófica, por consiguiente, entre el primero y el tercer versos del terceto inicial y entre el primero y el tercer versos del tercerofinal, y la hay, asimismo, entre el segundo verso del primer terceto y el segundo verso del segundo terceto.

TERCER ENRIQUE: Y algo importante: si traducimos los símbolos a las vocales tónicas acentuadas, advertiremos que son cinco símbolos que, *necesariamente* coinciden con las cinco vocales. De ahí que lo fundamental de las cadencias es que consisten en llevar a cabo una homotonía deliberada y estrófica que, en un soneto, acentúa todas las vocales que existen en nuestro alfabeto.

PRIMER ENRIQUE: Creo que una poesía así implica, del lado del poeta, mucho oficio, perseverancia, quizás hasta obsesión, y del lado del lector, más que buen ojo, buen tímpano.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿Algo más, hijo?

TERCER ENRIQUE: Me da pena cansarlos. Pero sí hay, en efecto, algo más.
Varias cosas.

PRIMER ENRIQUE: Somos todo oídos.

SEGUNDO ENRIQUE: Y todo paciencia.

TERCER ENRIQUE: También, muy cerca de la música, o muy influido por ella, propongo tres nuevas formas poéticas: el *canon*, la *cantinel*a y las *tonalidades*.

PRIMER ENRIQUE: Empieza por el *canon*. En música esta forma consiste en...

TERCER ENRIQUE: El *canon* poético, que no musical, que he ideado consiste forzosamente en veinte versos.

SEGUNDO ENRIQUE: Como el soneto consta de catorce.

TERCER ENRIQUE: Veinte versos que presentan una distribución métrica determinada. La cuarteta inicial es la que fija el patrón rítmico a seguir...

SEGUNDO ENRIQUE: Veamos algún *canon* para entender su estructura.

TERCER ENRIQUE: El *Canon II*, incluido en la sección *Sueños para oboe*, corre del siguiente modo:

Al principio la frente.

Después la inquisición del ojo.

Y al desatornillar luego la lengua,

la prisa del aliento para decir las ruinas.

Si al final, oh razón, te vuelves

un crecer canceroso de preguntas

*¿por qué frente al enigma no cantas tu fracaso,
las grietas de tu intento?*

*Aquí está mi obsesión. Pero la duda,
destruye los andamios en los que estoy subido
para pintar el cielo,
los ángeles, la luz y el frío.*

*La perfección me enferma. Mi mal es incurable.
Mi adentro se hace piel.
Blandiendo mi muñón, me indigno
hasta rodar en lágrimas al suelo.*

*La frente en los barrotes.
La lengua torturada. Muerta.
Pasión, siempre pasión, aunque mi cuerpo,
caiga en la zancadilla de inmortales gusanos.*

La conformación acentual y métrica de los versos de la primera cuarteta del *canon* puede ser, desde luego, muy variada. En este caso, el verso inicial es un heptasílabo, el segundo un eneasílabo, el tercero un endecasílabo y el cuarto un alejandrino. Si interpretamos a los versos como voces, la segunda cuarteta se inicia, no ya con el heptasílabo, sino con la segunda voz, esto es, con un eneasílabo...

PRIMER ENRIQUE: Ya caigo: de ahí el nombre de *canon*...

TERCER ENRIQUE: La estrofa, iniciada con tal eneasílabo, continúa con un endecasílabo y con un alejandrino y remata con un...

SEGUNDO ENRIQUE: ...con un heptasílabo.

TERCER ENRIQUE: En efecto. Y así sucesivamente hasta llegar a la quinta, cuarteta que, de modo necesario, coincide con la primera.

PRIMER ENRIQUE: Que coincide no sólo en el número de sílabas sino en los acentos.

TERCER ENRIQUE: Sí, porque cada verso está tomado, a lo largo del poema como una unidad entre un número de sílabas determinado y una distribución acentual uniforme.

PRIMER ENRIQUE: Hablabas también de una *cantinel*a, ¿en qué consiste ésta?

TERCER ENRIQUE: Su definición es muy sencilla: es un canon superrimado, el libro los dos poemas que integran la sección denominada *Sonatas metafísicas* son cantinelas o cánones con soberrima: *Cantinel*a con una soberrima consonantada y *El zoológico de los ángeles* con una soberrima asonantada.

PRIMER ENRIQUE: Escribes también algo que llamas *tonalidades*. ¿Qué son éstas?

TERCER ENRIQUE: ¿Recuerdan la diferencia entre un acorde, un arpeggio y una escala?

SEGUNDO ENRIQUE: Claro.

TERCER ENRIQUE: Un acorde es un conjunto de notas (por ejemplo do-mi-sol-do) que se tocan simultáneamente...

PRIMER ENRIQUE: Un arpeggio es una serie de notas (por ejemplo do-mi-sol-do) que se tocan sucesivamente...

SEGUNDO ENRIQUE: Y una escala (diatónica) es un conjunto de notas (por ejemplo do-re-mi-fa-sol-la-si-do) que, en una determinada distribución de tonos y semitonos, se tocan también de modo sucesivo.

TERCER ENRIQUE: El tipo de poema al que llamo *tonalidad* conjuga el acorde, el arpeggio y la escala...

PRIMER ENRIQUE: ¿Cómo puede hacerse eso?

TERCER ENRIQUE: ¿Te pongo un ejemplo?

PRIMER ENRIQUE: Por favor.

TERCER ENRIQUE:

Aquí, sobré la mesa, las manos se me escapan.

Aquí sobre la mesa,

cabe el papel, la pluma.

Sin mí,

van a la tinta;

sus dedos

humedecen...

El primer verso equivale a un *acorde*. Un "acorde alejandrino". Un verso, como ustedes saben, compuesto por dos heptasílabos. El segundo y tercer versos, corresponden a un arpeggio. Un arpeggio formado por, dos versos heptasílabos. El cuarto, quinto, sexto y séptimo versos encarnan una escala: el cuarto de dos sílabas; el quinto, de cinco; el sexto de tres, y el séptimo de cuatro (con lo que se completan las catorce sílabas del alejandrino inicial, pero desperdigadas o, lo que es igual, tocadas sucesivamente como en una escala).

PRIMER ENRIQUE: Sí que hay novedades, a decir verdad, en tu libro. Creo que Apolo Musageta va a pasar a la historia de la poesía mexicana como un extraño florilegio de poemas preocupados por engarzar su contenido en formas distintas.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿Por qué titulas al séptimo canto de tu libro *Canciones para cantar, tocar y bailar en lugares prohibidos?*

TERCER ENRIQUE: Se trata de un interludio erótico-festivo al interior de un libro donde la nota predominante es más bien la seriedad o casi. Los cinco sonetos que forman este canto no ofrecen ninguna novedad ni en la rima ni en la métrica ni en los acentos. Pero sí en el hecho de que están moldeados con una serie de palabras-metáfora...

PRIMER ENRIQUE: ¿Metáforas que caben en una palabra?

TERCER ENRIQUE: Sí. Palabras que, con alguna modificación intencional, se vuelven metafóricas. Les pondré un ejemplo. El soneto *La operamada* (cuyo nombre ya es, como puede verse, una palabra-metáfora) empieza así:

*Después de descifrar el himensaje
que puvislumbra el ojo cuando espía
la intihumedad caliente de tu estría,
me sé medicorrecto en blanco traje.*

En esta cuarteta hay varios vocablos (himensaje, puvislumbra, intihurnedad y ni licorrecto) que son neologismos surgidos de la identificación de dos palabras (por ejemplo, en puvislumbra, pubis y vislumbra) que genera, metafóricamente, una diferente significación... Es interesante hacer notar que este procedimiento, que ya había empleado antes del *Apolo Musageta*, se presta para expresar lo satírico, lo festivo, lo irónico...

SEGUNDO ENRIQUE: Aquí, en la parte final del *Apolo Musageta*, veo un canto que lleva como título *El arte de la variación...*

PRIMER ENRIQUE: ¿*El arte de la variación* o el *arte de la fuga*?

SEGUNDO ENRIQUE: De la variación. Y veo que está formado por *cuatro poemas: 31 variaciones sobre un tema de Guadalupe Amor, 13 variaciones sobre un tema de Juan Ramón Jiménez, 7 variaciones sobre un tema de César Vallejo y...*

CERCER ENRIQUE: ...unas variaciones sobre un tema de Salvador Díaz Mirón que llevan como título *Viaje al padre* y que están dedicadas a ti.

PRIMER ENRIQUE: Es un viaje al segundo Enrique.

TERCER ENRIQUE: Sí. Más adelante hablaré de este poema.

SEGUNDO ENRIQUE: La variación es un procedimiento musical de primera importancia. Hablar de tema y variaciones me recuerda a Mozart, Beethoven, Brahms tantos otros. Y así como, por ejemplo, Brahms tiene variaciones sobre temas de Händel, Haydn, Schumann, tú las tienes sobre temas de Guadalupe Amor...

PRIMER ENRIQUE: ...de Pita...

SEGUNDO ENRIQUE: ...de Antonio Machado, de Juan Ramón Jiménez, de César Vallejo y de Salvador Díaz Mirón.

PRIMER ENRIQUE: ¿Cómo haces tus variaciones?

TERCER ENRIQUE: Cada estrofa es una variación sobre el tema inicial. Una variación que retorna lo tratado, aunque modificándolo. Es frecuente que, para llevar a cabo estas modificaciones sucesivas, me base en objetos asociados o contiguos a los que aparecen en el tema a variar.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿Cómo está eso?

TERCER ENRIQUE: Por ejemplo. En las *13 variaciones sobre un tema de Juan Ramón Jiménez*, el tema del gran poeta de Moguer (Huelva) es: "Hondo y alto como el árbol". Mi primera variación dice:

Todo lo que sucede

en las raíces del árbol

¡hasta el silencio!

repercute

en el piar de las aves.

SEGUNDO ENRIQUE: La relación es obvia.

PRIMER ENRIQUE: ¿Y, qué nos puedes decir del *Viaje al padre*?

TERCER ENRIQUE: Es un poema que parte, en efecto, de un bello, emocionado e intenso terna de Díaz Mirón sobre su padre muerto.

SEGUNDO ENRIQUE: Veo que es el final del libro.

TERCER. ENRIQUE: En efecto.

PRIMER ENRIQUE: Es el final del libro y el último poema de *El arte de la variación*.

TERCER ENRIQUE: Por eso intenta ser el resumen o superación de todo el *Apolo Musageta*.

PRIMER ENRIQUE: La *coda* final de tu sinfonía...

TERCER ENRIQUE: Las variaciones, en este poema, no son sólo temáticas, modificaciones de un tema, sino variaciones formales...

SEGUNDO ENRIQUE: ¿variaciones en el ritmo y la métrica?

TERCER ENRIQUE: Cada variación tiene una estructura técnico-formal diferente. La primera es una quarteta de endecasílabos superrimados, la segunda es una quarteta endecasilábica homotónica, la tercera es un canon, la cuarta una quarteta endecasilábica heterotónica, la quinta es...

PRIMER ENRIQUE: ...verso libre...

TERCER ENRIQUE: ...la sexta es una cuarteta endecasilábica hecha con palabras-metáfora, la séptima es una cantinela asonantada, la octava...

SEGUNDO ENRIQUE: ...es un haikú superrimado que se inicia con el título de un libro del primer Enrique.

PRIMER ENRIQUE: ¿De cuál?

SEGUNDO ENRIQUE: *Vilano al viento.*

PRIMER ENRIQUE: Me gustaría oírlo.

TERCER ENRIQUE:

Vilano al viento.

Esquelético tallo.

Paso del tiempo.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿Qué más?

TERCER ENRIQUE: La novena variación es una cadencia, la décima ofrece una novedad...

PRIMER ENRIQUE: ¿En qué consiste?

TERCER ENRIQUE: Es un poema de cuartetas de dieciséis sílabas con una soberrima castañediana.

SEGUNDO ENRIQUE: ¿Con una soberrima qué?

TERCER ENRIQUE: ...basada en las propuestas que sobre la rima hiciera el poeta Daniel Castañeda...

PRIMER ENRIQUE: Fue mi amigo.

TERCER ENRIQUE: Un tipo de rima que se basa, no en las vocales, sino en las consonantes. Por ejemplo:

Jeroglífico del alma, tus facciones y tu rostro.

Y en tu lengua; que se postra frente al decir, ese salmo

hondo y alto como el olmo curvado por la siniestra

borrasca que lleva en triste su furia contra tu yelmo.

SEGUNDO ENRIQUE: Ya entiendo. La rima externa castariediana a b a b, se contrapuntea con la rima interna castariediana b a b a.

TERCER ENRIQUE: La última variación es un soneto de arte mayor (duplicación de endecasílabos) soberrimado.

PRIMER ENRIQUE: El *Viaje al padre* es un poema, por ende, en el cual parecen todas las formas propuestas por tu libro.

TERCER ENRIQUE: Así es.

PRIMER ENRIQUE: Bueno. Pasemos a otro punto.

TERCER ENRIQUE ¿Sí?

PRIMER ENRIQUE: A lo intrínsecamente poético. ¿Hay en este libro, además de virtuosismo formal, poesía?

SEGUNDO ENRIQUE: No sé. Ven. Vamos a leerlo.

(El primero y segundo Enriques se alejan poco a poco. El segundo le va leyendo el *Apolo Musageta* a primero. El tercer Enrique se queda en este Universo mundo, dedicado a deletrear sus obsesiones.)

PRIMER CANTO
DE NÚMEROS CONCORDES

SUEÑOS PARA OBOE

CANON I

EL MAR, OH PESCADOR,
es un viejo lobo de playas y zozobras.
Pero tú, con tus ímpetus, lo sujetas
y lo llamas salada servidumbre.

Con tu arpón, pescas en su entraña tu pobreza,
sacas el aletear de las agonías,
los peces voladores y sus trozos
de cielo submarino.

Alzas salmones, pámpanos o merluzas,
el acuario del hambre entre tus dedos.
Tu anzuelo es el coraje,
tu carnada es el clavicordio del silencio.

Al pescar, el reloj también te pesca
racionando tu oxígeno
y tus redes son redadas de agujeros,
de fosas, no nasales, sino de muerte.

Mas pescarás un día
el sentido de tu existencia y al hacerlo
sabrás que es imposible que te sacudas
el mar del cuerpo... salvo por los ojos.

CANON II

AL PRINCIPIO LA FRENTE.

Después la inquisición del ojo.

Y al desatornillar luego la lengua,
la prisa del aliento para decir las ruinas.

Si al final, oh razón, te vuelves
un crecer canceroso de preguntas,
¿por qué frente al enigma no cantas tu fracaso,
las grietas de tu intento?

Aquí está mi obsesión. Pero la duda,
destruye los andamios en los que estoy subido
para pintar el cielo,
los ángeles, la luz y el frío.

La perfección me enferma. Mi mal es incurable.

Mi adentro se hace piel.

Blandiendo mi muñón, me indigno
hasta rodar en lágrimas al suelo.

La frente en los barrotes.

La lengua torturada. Muerta.

Pasión, siempre pasión, aunque mi cuerpo,
caiga en la zancadilla de inmortales gusanos.

URBANA

AQUÍ EN ESTE CRUCERO.

Aquí donde el semáforo decreta
el ser o no ser
de los gerundios: aquí, de pronto.

Aquí donde un canario es imposible.
Donde las libélulas
vuelan –si vuelan– como la errata
de un mensaje de asfalto.

Aquí, donde veo
que una bocina nos olisquea,
la gente nos empuja,
y las bocas se enturbian y envilecen.

Aquí, de pronto, sin presumirlo,
cae en cuenta mi angustia
que se va de mis ojos y mis manos
lo que yo más quiero...

Aquí me paralizó,
me quedo a realizar el inventario
de llagas, de goces.
La auditoría de mis entrañas.

JUBILACIÓN

LOS MÚSCULOS, CON GRIETAS Y ARRUMBADOS.

Los dedos, torpísimos,
en su última exposición
de ademanes.

La vista, vidriosa,

catando extraños matices,
parpadeando
su infatigable titilar de sombras.

Oh, viejo lobo de mar,
¿te contentas
con sueños de papel que urden tus manos
en sus astilleros?

Fatigado,
en un latido y otro saboreándote,
¿harás la parada
al ataúd que se acerca?

Pero... manos al canto, para abrir
virtudes al ocio.

Que esté en su prisión de arrugas
sólo el cuerpo.

PUNTO Y CONTRAPUNTO

QUÉ CAUDAL DE POEMAS ESCONDE ESTE FRASCO DE TINTA:

poemas que se diluyen, discípulos del llanto,
o duros como piedras donde hallar podría su hospedaje
perpetuo un epitafio. Cantos líquidos, sólidos.

Hay otros que son silvestres, dejados de la mano
del jardinero, y otros conjunto de sílabas salvajes
que en vez de consonancias se hallan dando alaridos,
buscando, no un cuaderno, sino su lugar en la selva.

Unos más son poemas libres, callejeros, vagabundos,
sin dueños ni lectores eternos, incansables,
mientras otros son cantos humildes, domésticos, finos,
digámoslo así, falderos, a los pies de unos ojos.

¿Por qué macropoemas o poemas-suspiro?

¿Por qué cargo una musa de contradicciones tan ácidas?

¿Por qué la luz y la sombra: poemas oscurísimos

que el lector cruza a tientas y otros indiscretos como lámparas?

Porque en el pecho guardo la contradicción permanente,
porque ilumino de rojo su sístole y su diástole,
porque son mis poemas unidad y lucha de ventrículos,
contrarios que no tienen la almohada de una síntesis.

SONATAS METAFÍSICAS

CANTINELA

MANSEDUMBRE COMPACTA.

Ruptura con la exacta pesadumbre

que mi pasión contacta, con remedos de lumbre,

cuando llego del canto hasta la cumbre, cuyo orgasmo de tinta me redacta.

Sentimiento que es grito, voz sin brida,

escritura derruida, fracaso del granito,

alfabeto ulcerante de una vida que destroza en su pecho todo mito

del delito que olvida.

Mas es insoslayable proseguir por la senda.

Romper, al parpadear, también la venda. Volcarse, todo oídos, a quien hable.

Ser quien entienda, afable,

que será lo deseable mi contienda.

Catador de minucias y absolutos, poeta envenenado de infinitos,

sé de ritos, minutos,

pecados y delitos, sé de frutos

que se gritan redondos e impolutos a los dientes audaces o contritos.

Sepultura. Luz rota.

Lápida donde brota la escritura

desvanecida, ignota, de mi memoria oscura,

mostrando que si nada ya perdura, es un callar victoria mi derrota.

EL ZOOLOGICO DE LOS ANGELES

LOS ÁNGELES POSEEN

(y se divierten, infatigables)

multitud de animales que prefieren
a cualquiera de los juguetes trascendentales.

Tienen gacelas y salamandras.

También cebras pautadas y señeras.

Caracoles con sus sirenas, breves, que cantan
falacias y cadenas.

Los ángeles disfrutan de un zoológico
donde irrumpe su melindroso cuerpo la grulla,
donde se mece un mono
con el arrobo de quien no duda.

Hay serpientes y jabalíes. También palomas.

Hay cobras y hay delfines.

Filas de cisnes de muerte armónica.

Y el rimar de la alondra y lo indecible.

Y hay asimismo un hombre.

Bestia deforme. Canal de aullidos.

Casi espectro, vagido de pronombre.

Ser que lame, muerto de arares, su sin sentido.

EL PLECTRO

POÉTICA

AQUÍ, SOBRE LA MESA, LAS MANOS SE ME ESCAPAN.

Aquí sobre la mesa,
cabe el papel, la pluma.

Sin mí,
van a la tinta;
sus dedos humedecen.

En el frasco de vidrio, mis yemas se introducen.

Con diez dedos azules,
transterradas de cielo,

decido,
viento en boca,
nervioso,
proferir,

en el papel en blanco, sílabas a *capella*
que interpretan diez voces
digitales. Diez rastros
en que mi yo,
mi pulso,
toda mi entraña
digo.

Oh crimen imperfecto: suicidarme y dejar
una pista en el libro,
un indicio en los ojos,
un canto
y una escala
de vocablos
que aúllan.

El infinito adquiere micrófono en mis manos.

SAFARI DE MICROBIOS

EL MICROSCOPIO ME ARROJA ANTE EL SECRETO.

Hace del ojo coartada

que escudriña.

Una manera

de abrirme

las minucias.

Contemplo en los virus ápices de vida.

Intimidades de larva.

Lo invisible.

Miro fronteras

del ente

que zozobra.

Me encuentro al borde del mundo, de su arcano.

Al verlo miro mi nada,
mi apariencia.
Miro hacia afuera.
Mas veo
para adentro.

Entonces pongo una gota de mi llanto
al microscopio y vislumbro
que se mueven
virus y virus
extraños
y nerviosos.

Cientos de larvas encinta de la muerte.

LA REGLA DE LA EXCEPCIÓN

NADA CAMBIA. TODO SE ENCUENTRA, POR LA LÍNEA
prefijada, rumiando el orden.

Hay parálisis.

Redundancia.

No hay excepciones

ni zozobras.

Como siempre, todas las causas se disponen
a pisarle, yendo en fila india,

los talones

a su efecto.

Como si nada

sucediera.

Todo se halla, como es costumbre, funcionando
con las reglas preestablecidas.

Cielo, mundos.

Y la búsqueda que, sin relojes,

nunca muere.

Mas de pronto, con las argucias del zarpazo,
sobreviene lo sorpresivo.

Y se afirma

como sea

(sobre un pesebre

pequeñísimo)

la grandeza liberadora del escándalo.

BÍBLICA

DIGNO DE REFLEXIONES Y DE ASOMBROS ES EL SÉPTIMO DÍA.

Como índice del mundo, formó Dios
el primer calendario.

Y miró
que su cerebro,
con sus manos
y sus músculos,
fueron

poco a poco encarnando su fatiga. Pero es obligatorio
decir que en la leyenda hay un silencio:

no es verdad que el divino
sudoroso
durmiera
fatigado.

Ahíto
de invenciones.

El hacedor divino, tras de su obra, falleció simplemente.

Vivió para dar vida. Para hacerla.

Y al ver a sus criaturas,
y dar
a su quehacer
el visto bueno,

se arropó
con la nada.

Todo demiurgo muere con el cosmos que deja tras de sí.

Por eso, en este instante, a mis lectores

los invito al velorio

(en el punto

final

de mis esfuerzos)

de mis restos

mortales.

SEGUNDO CANTO
PEQUEÑO CUADERNO
DE CANCIONES

REQUIEM EN RE MENOR DE CHERUBINI

QUIERO MORIR AL PIE DE MI REFLEJO
para espiar el momento de mi huida.
Y recorrer la mácula aturdida
del vaho moribundo en el espejo.

Quiero mirar, testigo del cortejo
de estertores, el alma sacudida
por el combate a muerte de la vida
y el más allá inmiscuido en mi pellejo.

Le demando al azogue que me brinde
el momento en que el hálito se rinde
al caer de los puntos cardinales.

Qué ambición desmedida, cuán artera,
sonsacarle al reloj mi hora postrera:
mis sesenta gusanos iniciales!

QUINTETO PARA CLARINETE Y CUERDAS EN SI MENOR

IMPOSIBLE ES, JOHANNES, QUE RESPETE

a un silencio mediocre el pentagrama.

El cuarteto es nudillo que reclama

oído a la aventura que promete.

Tu canto, puesto a ser, nos arremete

a punta de emoción y en esa rama

que inventan sus sonidos encarama

el pájaro ficción del clarinete.

Las cuerdas son el mundo, el escenario.

El solista es el hombre, y el aliento

del virtuoso, respiro existenciarario.

El hombre ve la luz, crece, suspira.

Transforma su tic tac en testamento

y en el compás de su estertor, expira.

MILTON

MÁS ACÁ DE LOS OJOS, LE DELEGO
a mi entraña la voz. La luz, ingente,
se afirma, en mi interior iridiscente,
como un ficticio, mentiroso fuego.

Más acá de los ojos, cuando juego
a inventarme colores, soy consciente
de que el sentir desorbitadamente
es el don de unas vísceras de ciego.

Parpadean mis manos. Carbón y oro
confundo en mi ceguera. Pero lloro
queriendo ver el mundo con el llanto.

Si hay claridad en mi interior, qué duro
saber de la existencia de lo oscuro.
Qué mal sabor de pecho es el espanto.

CHATTERTON

CINCELÓ EN CONSONANCIAS SU LAMENTO.

Se encomendó a la musa de la nada.

Con clandestino adiós bajo la almohada,
le platicó a su mano el torvo intento.

Conjugación: futuro polvoriento.

Niño roto, pupila desandada.

Salida que se sueña como entrada.

Aire inmóvil, cadáver del aliento.

Sabueso del sentido de las cosas,
creyó olfatear en el sepulcro rosas,
y percibir un cúbico regazo.

Rayo de luz suicida: noche abierta;
si la ponzoña fue, niño, tu puerta
se escuchó en todo el mundo tu portazo.

VICENTE HUIDOBRO

COMO UNA DURA EXHALACIÓN VOLANTE

cruza del aeroplano la silueta.

Baja un paracaídas y un poeta

y prosigue su ruta trashumante.

El lírico despojo, luz mediante,

el derrumbe del ángel reinterpreta.

Caída al lodazal de este planeta
desde un altivo gesto desafiante.

Yo soy ese poeta, y es mi abismo
la sentencia sin fin; mas soy un bardo
rebelde sin cesar en mi ostracismo.

Rebelde, con la furia en los nudillos,
porque me di en poner y ahora guardo
menudencias de cielo en los bolsillos.

FINIS GLORIA MUNDI

DE VALDES LEAL

MI RELOJ NO ES LA JAULA DE ESE REO
que se mueve en el ámbito raquítico
de un espacio que sufre, paralítico,
la constante audición de un aleteo.

Mi cronómetro es jaula en que poseo
lo fugaz, lo anecdótico, lo crítico,
que conjuga su verbo paleolítico
en exacto futuro de deseo.

Mi reloj es lo vivo, lo que tiene

los gerundios contados: vive, canta
sin parar. Pero un día se detiene.

Se para. Y es que el tiempo da la hora
(y él mastica su nudo en la garganta)
de ya no darla nunca, desde ahora.

PARA DESVESTIR A UNA MAJA

¿QUÉ GUSANO CREADOR HIZO DE SEDA
tu epidermis hilada que propicia
la conversión del tacto en la caricia
que en tu cintura mórbida se enreda?

Sobre tu carne el algodón me veda
lo que en su intimidad es la delicia,
esa malla de poros que desquicia
la alta tensión que en tu desdén se hospeda.

Tus dedos pon aquí, como aquel ave
que roza con su cuerpo de aire suave
la superficie tosca y solitaria.

Acércate, renuncia a tu ropaje.
No voy a competir con ningún traje.

De mi cutis haré tu indumentaria.

ITINERARIO DE EROS

EL OSCURO DEL BOSQUE FUE ESCENARIO

de un gozoso ritual: desinhibido,
acarician dos jóvenes, vestidos,
las líneas de su cuerpo imaginario.

Sopla el ser. Urge un poco al calendario.

Corren meses y lustros. Los sentidos
maduran y los cuerpos desvestidos
brincan del abecé al abecedario.

Después, la cama dicta su estatuto.

Y ahí termina todo. No hay más fruto
de goce que la carne enaltecida.

La cama y el placer. No los dolores.

No es posible afirmar: los estertores
son el último orgasmo de la vida.

ARTIFICIO

LOS ÁRBOLES, LAS FLORES, EL OLIVO,
se ponen a gritar una maleza

sin erratas, anónima belleza
que aduce este paisaje productivo.

Mas trae el jardinero, un destructivo
rugir de podadoras, una pieza
de perfección moldeada en la cabeza
y se arroga un proceso correctivo.

Los arbustos se yerguen animales,
figuras, geometría, matorrales
que improvisan a fuerzas el milagro.

Para ya, jardinero, tu locura.
Que deje de sufrir tu dictadura
la verde autogestión, gloria del agro.

SOBRE LA ETERNIDAD DE CIERTOS ZANCUDOS

A MITAD DE LA NOCHE, DESPRENDIDO
de una de las galaxias de mi techo,
baja hacia mí, con su agujón derecho,
el horadaste y pérfido zumbido.

Me arropo en un temor. Sufro de ruido.
Intuyo su perfidia sobre el lecho.

Con mis manos de pólvora lo acecho;
pero renace en el tronar fallido.

Busca en mi sangre definir su esencia.
Yo querría esconderme, mas la almohada
es escudo mendaz, es impotencia.

Desolación que a la mañana duras:
¿he de sentir por siempre, furia alada,
bombardeando mi piel tus picaduras?

AL GALLO EN PUNTO

VIENE LA NOCHE, LADRA LA NEGRURA,
las luciérnagas sufren tarascadas.
Las caderas se inclinan, cinceladas
en granito sensual por su postura.

Caída la conciencia, la criatura
hojea sus neuronas, sus aladas
vivencias interiores, dedicadas
a extraer a dos manos la locura.

De las pupilas clausuradas brota
la imagen de la muerte, pero rota

por las respiraciones reposadas.

Los espectros se agitan, desperezan,
se levantan, se mueven, se tropiezan,
y se suben por fin a sus miradas.

CHE PER PORTA DEL CIELO SI VA ALL'INFERNO

SOY UN CÓNDROR MALTRECHO, ATORMENTADO,
con alas de cartón, viento enemigo,
que al hacerse a los aires es testigo
de un cielo de rapiña desconfiado.

Soy emplumada fiebre, frío alado,
sin dirección y huérfano de abrigo
que en pleno vendaval porta consigo
instrucciones de un viento equivocado.

El harapo que soy, vibra y se esfuma
más en sus desconsuelos que en la bruma.
Hasta sufre de llagas mi gorjeo.

Soy un poco de luz crucificada,
chispa de ser o glóbulo de nada.
Cáncer, ay, más veloz que mi aleteo.

AUTORRETRATO

*Y mientras escribía,
un alma en cada lágrima cabía.*

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

CON MI CANOSA BARBA LLEVO PUESTA

la edad precisa de las confusiones
de este coleccionista de rincones,
señor de las preguntas sin respuesta.

Sinfonía de lágrimas y orquesta,
festival para pluma y convicciones,
galería sin fin de imperfecciones,
provincia de la suma y de la resta.

En tu mechón de tiempo, barba mía,
dices de la congoja y de la almohada
donde el amor fue un hueco cierto día.

Hurgo quién sabe qué. Canto derrota.
Y veo, cuando lloro, que la nada
discurre, transparente, en cada gota.

AROS Y BIBLIOMANÍA

AL ABRIRME LOS BRAZOS, ME DESPLIEGAS

el libro sensorial donde te leo.

Revivo de memoria tu deseo.

Y gozo tu blancura por entregas.

Me inclino a tus renglones. Mas delegas
tu opción a los prejuicios, cuando hojeo
tu carne y tu pezón. Y pisoteo
los puntos suspensivos con que juegas.

Mas te espío, en un claro de la mente,
no desdeñosa, sino indiferente
como el abrazo gris de las posdatas.

Tu corazón vedado me golpea.
Pero me tranquilizo con la idea
de que en todos los libros hay erratas.

REGALO DE CUMPLEAÑOS

HORMIGAS EN LA PIEL DEL ARREBATO,
uñas que merodean un delito,
labios al hombro, piernas de granito,
dulce rompecabezas de lo grato.

Promisa división: el garabato
de ensortijada noche, y el proscrito
pezón que jinetea su distrito:
la febril curvatura del recato.

Fabricación del vértigo. Turgencias
de un talle que enarbola sus urgencias.
Epidermis que grita por un hombre.

Tararear de sirena, voz irónica.

Manos en una guía telefónica.

Búsqueda sin cesar. Dedo en mi nombre.

TERCER CANTO
TRES IMPROMPTUS
DE ARTE MENOR

**OSCURO EL BORRADOR
Y EL VERSO CLARO**

SILENCIO AUTOCRÍTICO I

DE MIS PALABRAS PRIMERO

se esfumaron nueve o diez

vocales y luego tres
consonantes. Al tintero,
a la par del lapicero,
quedó mudo. Mi callar
llegó al colmo al encontrar
que, al extraviar la escritura,
no puedo ni al sol sacar
los trapos de mi locura.

SILENCIO AUTOCRÁTICO II

HACE TIEMPO QUE UNA VEZ

esta idea me sedujo:

encerrarme, cual cartujo,

en un voto de mudez.

Mi escritura, con la nuez

del cuello, giró en redor

de sí misma, sin rumor,

hasta llevarme a vivir
de puntillas y escribir
mis versos con borrador.

SILENCIO AUTOCRÁTICO III

CÓMO PUEDE RENUNCIAR
cualquier pájaro a su trino
si tan sólo al mundo vino
a desgastarse, al gorjear,
de tanto y tanto cantar.
Pero yo me vuelvo manco.
Llevo mi voz al barranco
y siento que a las vencidas
me ganan, enardecidas,
siempre las hojas en blanco.

LES PETITS RIENS
O
EL GORJEO DE LAS MINUCIAS
(Un dado de haikús)

La luna llena.
Se despelleja alguna
rubia en la arena.

Árbol sin aves.

De tu clave de pájaro,

canto, te evades.

Solo de flauta.

Se declama, sonoro,

el chorro de agua.

Un pentagrama
se desplaza a la tierra
y abreva al agua.

Lenta cascada.

Baja sin impaciencia.

Desea un ala.

Canto de rana.

Te reclaman, oh sapo,

con algo de alma.

Luna en el agua.

Se empalaga la espuma

de albura tanta.

Pañuelo y llanto.

Alza una mano el vuelo:

consuelo blanco.

Paloma negra.

Regresa la zozobra.

Llora la tregua.

¿Página en blanco?

Mi barco no descarga

su ancla en un charco.

Punto y seguido.

¿Desisto del impulso?

Dudo. Prosigo.

Canto de cisne.

Díganme: si me callo,

¿qué manó insiste?

Ojo de hormiga.

Se diría que sólo

borro una pista.

La mano izquierda.

Con torpeza, mi hermano,

trazo el poema.

Pluma sin tinta.

¿Quién te cuida o te ayuda,

oh duda mía?

Pezones, senos.

Minero tras el goce.

Hombre en sus dedos.

Cheque sin fondos.

El gozo que te enciende

se viene al pozo.

¿La línea recta?

Ante la nueva insidia

Ramo de flores.

No te asombres: el campo

la brida vieja.

su espacio encoge.

Vuelo de garza.

Arte poética.

Diáspora de los vientos.

Que la perla se calle.

Cielo que pasa.

Que hable la piedra.

BAGATELAS

RETO

LA OSCURIDAD EN EL ALMA,
¿empalma con la verdad
de tu calma, realidad?,
¿o es tempestad que desalma
la ingenuidad de la palma
torcida del cuerpo mío?
Y mi vida y mi desvío,
¿son desvarío suicida
o albedrío del deicida
que anida en mi desafío?

CIRCULARIDAD

ENTRE PLATO Y CACEROLA,
con su cola juega el gato;
corre, inmola su retrato,

y es un rato caracola,
garabato, perinola.

Cuando colea irascible
y alardea que es factible
ser movible y ser presea
de su inflexible pelea,
deletrea lo imposible.

EXTRAVIADOS EN LA SELVA

LA CONTUNDENCIA VERDOSA

me acosa con su presencia.

Armoniosa coexistencia

de opulencia decorosa

e insolencia lujuriosa.

Lo verde alcanza tal vida

que mi confianza, caída

a la florida labranza,

es vencida y mi esperanza
sin tardanza, desteñida.

OSCURIDADES

NO HAY UN RUEGO SUFICIENTE

que dé a la frente sosiego,
cuando es patente que ciego
soy un demente en su fuego.

Oh que juego repelente
saber que afuera una aliada
cualquiera de la mirada
(luz, cascada o tolvana)
busca en la nada postrera
su ceguera ambicionada.

INVERSIÓN

NO ES VERDAD QUE EL FIRMAMENTO,

sin tiento ni caridad,

dé cimienta y heredad

a la crueldad, al tormento

de su edad del dejamiento.

El Señor que está en la altura,

con fervor y con pavora

(más criatura que creador),

ruega ternura y amor

al autor de su impostura.

CUARTO CANTO
EL HEREDERO ARMONIOSO

SIETE SONETOS DE CÁMARA

FRANZ PETER SCHUBERT

EN UN COMPÁS DE AURORA POR ENCANTO,
mas en clave de llanto, tu ave ignora
(victorioso esperanto en voz canora)
la Babel hacedora del quebranto.

De esa ave redentora, seña y santo
es tu pluma que tanto nos azora,
mordaza del espanto, incubadora
de la fauna y la flora de tu canto.

Tus notas se encaraman al oído.
Y ya lo presentido está a la mano

en las teclas que traman lo sentido.

Algo en cada canción levanta cielo.

Y el cantante aguerrido junto al piano

es un sauce llorón frente a un riachuelo.

EN ALTA PLAYA

AQUÍ SALTA EL OLEAJE, CON LA SUMA

de infinito y espuma y abordaje.

Hay conchas, algas, bruma. Y el lenguaje

que en la brisa salvaje halla mi pluma.

Aquí, con el coraje que trashuma,

el firmamento empluma algún mensaje.

Y un marino perfuma este paraje

cuando, memoria en viaje, fuma, fuma.

Aquí dejan las olas su latido.

Todo el mar comprimido en caracolas

que recitan a solas lo perdido.

Aquí el piélago riega su secreto,

el salado alfabeto que congrega.

Aquí de pronto llega mi soneto.

LA MUERTE Y LA MUÑECA

PÉRDIDA DOLOROSA. LUTO INGENTE.

Crespón bajo la frente. Minuciosa
búsqueda de la ausente en cada cosa,
en el aire, la rosa, lo inocente.

Vivencia tormentosa que presiente
la hoquedad refulgente y pavorosa
de la tumba insurgente y portentosa
que descubre su losa fieramente.

Hablo no del adulto que ha perdido,
además del sentido, lo sepulto
en el cajón oculto del olvido,

sino de aquella chica que hipoteca
su mente en la jaqueca, y despotrica
al ver con quién fornicaba su muñeca.

A LA MUJER DE MI AMIGO

*Porque duerme sola el
agua*

amanece helada.

ANTIGUO CANTARCILLO POPULAR

SUEÑO CON POSEERTE, AUNQUE TU ESPOSO,
engañado y furioso, diera muerte
a mi audaz e impetuoso afán de verte
sin defensas e inerte ante mi acoso.

Qué sueño de quererte tan riesgoso.
Qué impulso ignominioso de tenerte.
Qué escozor deleitoso, tibio y fuerte,
ver mi tacto con suerte, victorioso.

Soy tan contradictorio en la locura
que siento que me cura un reclusorio
y que el acto amatorio me fractura.

Y sé que no concuerda en ningún trecho
el amor que, maltrecho, me da cuerda
y este cero a la izquierda de mi pecho.

TELÉFONO

EN LA SALA DE ESPERA DEL SONIDO,
del amoroso ruido, de la entera
beatitud del sentido, de la hilera
de letras en que impera lo querido,

el alma se me altera y, aturdido,
descifro en el gemido de mi afuera,

la acción del alarido que lacera

la distraída cera de mi oído.

Me arrojas la noticia degradante

en voz de lo distante que desquicia

la consensual caricia de la amante.

Soledad: has marcado, en esta audacia

que anula la eficacia del pasado,

el número asignado a mi desgracia.

A MI LECHO AL ACOSTARME

EL LETEO ES UN RÍO QUE TRANSFIERE

la amnesia que requiere el extravío;

es líquido en que muere el albedrío

con todo y el hastío que lo hiera.

Leteo, lecho mío –donde adquiere

esta sed que me infiere el desvarío,

respuesta–, ven, refiere el desafío,

la paz que tu rocío me confiere.

La paz que en el descanso se acuartela,

hasta ser centinela de lo manso,

quietud en su remanso de franela.

Voy a ti en tanto mana de tu hueco

la linfa en que hipoteco mi alma insana,

aunque otra vez, mañana, te halle seco.

PUERTO DE PENUMBRAS

"DESCIENDE A MÍ, CONSOLADOR MORFEO",
le murmuré a mi almohada en el oído.
Llévame a ti que en el sopor me veo
como la bestia atada a su alarido.

Suscita en mí la deserción. Deseo
que tu aliento me invada, que el sentido,
fuera de sí, sin volición ni empleo,
descosa en la mirada lo reunido.

La oscuridad me inunda desafiante.
Negra cuerda asfixiante, me circunda
con un vaivén que funda lo incesante.

Si este mar me desvela cuando brama,
¿serás, sueño, en el drama al fin la vela
que hará una carabela de mi cama?

MONÓLOGO DE LUZBEL

ME ENCUENTRO A MI LADO. SI SOY, NO COINCIDO

con el ser, que he, sido. Lo excelso averiado,
no sé qué sentido tenga hallarse alado,
viejo, desplumado, blandiendo un gruñido.

El caos me rapta los puños. La tierra,
que abono, me aferra. La niebla me capta.
Mi furia se aterra. Se descubre inapta.
La impotencia adapta mi guerra a su guerra.

Todo fue en demérito de mi ser. Agruras
mentales, locuras sin grandeza o mérito...
Si fui en las alturas alto y benemérito,
convertí en pretérito todas las dulzuras.

Era bello, santo, profundo estudioso
de mí mismo –foso de infinito encanto–
conjugando, airoso, con el Verbo tanto
solaz sacrosanto que era prodigioso.

Me recuerdo en pláticas con las dignidades,
con las entidades vítreas y enigmáticas,
y con las bondades de letras enfáticas

puras y aromáticas de las potestades.

Pero mi tormento no estampa en la injuria
de mi acción espuria culpa, fijamiento,
ni cae en la incuria de un comportamiento
con distanciamiento del mal y la furia.

No vivo amagado por inculpaciones
que las infracciones me hayan generado.
Ni están mis legiones de mal y pecado
pidiendo al Estado, piedad y perdones.

Lo que privilegia mi angustia es la dura
e infernal lectura de que mi alma egregia
—cuando era en la altura la batalla regia—
urdió una estrategia que fue una aventura.

LOS GEMELOS

*Maldice He mero la máxima ley cuando
hace votos porque la discordia desaparezca
de entre los dioses y los hombres.*

HERÁCLITO

¿IDÉNTICOS? UN TANTO. PARECIDOS
por convivir reunidos bajo un manto.
Y ahora en pleno espanto: divididos.

Desligamiento de entes. Doble llanto,
babélico esperanto en que dos fuentes
dan voces diferentes al quebranto.

Son más que compatriotas o parientes
cercanos. Son dos gentes o dos notas
del mismo canto. Rotas. Divergentes.

Compatriotas de entraña, de remotas
atenciones devotas, de la maña
con que teje la araña las derrotas.

Se tendían la mano que restaña
demencias de guadaña y del mundano
espejo que el arcano les empaña.

Hurgando en la cantera de lo humano,
decía cada hermano una trinchera

para dejar por fuera lo cercano,

la amenaza al gemelo, la certera
explosión de una fiera o el recelo
que espera en el desvelo y desespera.

El afecto se ahonda como el suelo
donde yace un anhelo, donde ronda,
pesada, la buena onda de un riachuelo.

Mas de pronto un zarpazo (como la honda
de iracundia redonda) se hace albazo,
furor en culatazo, cosa hedionda.

Empuñan el coraje, y el chispazo
de furia es un portazo y un lenguaje
traducido a salvaje puñetazo.

Rivales en lo infecto y el pillaje,
su cainita visaje es el proyecto
de amueblar con lo abyecto su hospedaje.

Disminución de ser. Tretas de insecto.

Cambio, con el aspecto, hasta del ver:
se ven cual Lucifer ve a lo perfecto.

Compiten por la fama, por tañer
idéntico placer, la misma cama,
la epidermis en brama de mujer.

Caínes ambos son. Un epigrama
sin Abeles. Un drama cuya acción
finca en la colisión todo un programa.

Paladean su grito, su excursión
al doble corazón de lo maldito
hasta cuajar en rito la aversión.

¡En verdad cómo aterra el inaudito
espectáculo escrito! ¡Pobre tierra
si sigue, en el delito al que se aferra,
conjugando la guerra en infinito!

POEMA

LA LUZ HICE PRIMERO, CON EL TACTO
creativo de lo exacto, bandolero
de la nada y su cero putrefacto.

Después formé lo oscuro o el lindero
donde habita el grosero contramuro
del rayo y su conjuro mañanero.

Mi creación era buena, y al apuro
lancé en trazo seguro la cadena
de seres como escena del futuro.

El cielo adolescente y la terrena
solidez de la arena, frente a frente,
mostraron de mi mente la faena.

Continué con mi empeño y mi insistente
deseo instituyente; con mi sueño
de hacer en mi diseño un continente.

Seguí con la pelea, con mi ensueño.
Lo grande, lo pequeño, la presea
que me chisporrotea sobre el leño.

Tracé entonces la playa, que rodea
la obsesiva marea, como raya
donde se nos desmaya lo que ondea.

Lancé también al vuelo, con su saya
de estrellas –atalaya del desvelo–
el zodiaco que el pelo nos soslaya.

Y dije: bueno es todo: viento, hielo,
los secretos del suelo, vidrio, yodo,
cada ser con su apodo y con su anhelo.

Algo me acicatea, de tal modo
que en los miasmas o el lodo, mi tarea
fue operar con mi idea codo a codo.
Le di a los peces vida que procrea,
no el aire que estropea, fratricida,
a la especie parida que bucea.

Llenó las espesuras mi atrevida
decisión, concebida en las alturas,
de ocultar en dulzuras la mordida.

Formé los matorrales, las criaturas,
las larvas, las figuras desiguales,
amalgamé animales y bravuras.

Y forjé la pareja con puntuales
gestos originales, con la vieja
plenitud del que añeja manantiales.

Formé también horrores: la madeja
de ruidos se hizo queja, los ardores
rechinar de estertores en la oreja.

Qué amor a lo perverso. Qué fervores
para entonar, señores, lo diverso.
Pero, ¿tendrá editores mi universo?
¿Mi deletrear en verso estos sudores?

EL ESTRO ARMÓNICO

ACORDE DE LIRA PARA DELETREAR EL INFINITO

COMO OLA EN MAR RUGIENTE

encarna la serpiente una aureola.

Cabriola hacia lo ingente,

lo omnipotente enrola

cuando da con su diente en plena cola.

LOA A LAS MALAS PALABRAS

*En un tiempo yo fui, lo que podría
llamarse una persona
decente.*

E.G.R.

REPULSIVOS LISTONES

brincan a borbotones, llamativos,
de creativos arcones
o rincones furtivos
de vates adjetivos y dulzones.

Escritura decente
que es sólo un incidente de dulzura
y censura al valiente
delincuente que abjura
de toda la cordura del ambiente.

El poeta que, sano,
se halla musa en la mano, no respeta
la veta del desgano,
y artesano, decreta
desclavar la careta del hermano.

Si el poema digiere
palabras donde mucre cualquier tema
que ni quema ni hiere,
él requiere un teorema
donde todo problema vocifere.

Yo el sarcasmo prefiero.

Regusto lo altanero, sin marasmo,
del pasmo de lo fiero,
o el minero entusiasmo
de obsequiarle un orgasmo a mi tintero.

LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

TE HALLAS, VIDA –EN INVICTO
sufrimiento irrestricto–,
desvalida, reclusa al estricto
ser adicto a su herida,
a su entraña escindida y en conflicto.

Que se entienda mi estado:
lo público y privado en lucha horrenda.

Una senda en que el hado
pone a un lado mi hacienda
y en otro la contienda en mi condado.

No se asombre el testigo.
No me vea el amigo como un hombre,
de pronombre enemigo,
de castigo en el nombre,
que busca al superhombre en el ombligo.

Soy, sin duda, la lisa
de una parte sumisa y otra ruda,
ser que ayuda a su prisa,
tan indecisa y muda,
a vivir en la cruda su premisa.

El litigio me daña.
Me destruye, con saña, el gorro frigio,
y, oh prodigio, me araña
la entraña y el prestigio,
la ilusión de una hazaña y su vestigio.

Mi existencia, morbosa,
no es, muy mía, otra cosa que la anuencia

–oh potencia fogosa
de viciosa inconciencia–
de la mujer ansiosa de mi urgencia.

Piernas, manos, cintura.
Altar a la blancura. Culteranos
hombros. Llanos de pura
dulzura. Soberanos
litorales mundanos. Aventura.

Mas también me interesa
la pasión, feligresa del amén,
que es desdén que no cesa,
o sorpresa de quien
no querría en mi sien la marsellesa.

Soy, maltrecho, el calvario
que va de lo gregario hasta tu pecho;
mas sospecho –operario
de contrario cohecho–
que un mitin embrionario hay en tu lecho.

A LA POESÍA

TE BUSCO EN EL AULLIDO HECHO DE CIELO,
en la prisa del hielo descosido,
en el plúmeo crujido del polluelo
o en la lección de vuelo que da el nido.

Te reclamo y convido al arroyuelo
a ser su propio anzuelo ante el oído.

Te busco en el rumor del lapicero
o en el do de dolor que da el tintero.

Le coloco asechanzas, con la pura
frucción de la captura, a tus romanzas,
a tus adivinanzas y locura,
a tu cabalgadura de añoranzas,
a la canción que lanzas a la altura
como una partitura de esperanzas,
y aunque grito y deploro tu inclemencia
te presumo en un poro de la ausencia.

Me vuelvo hacia mi hermano y sus ensueños,
a buscar los diseños de lo humano,
a inquirir a la mano por sus sueños,
a ver si en los empeños o el desgano,
el joven, el anciano o los pequeños,
se redescubren dueños del arcano,
del cántico en que el numen se avizora
proferido en resumen de tu aurora.

Te escudriño en la alianza de vocales,
en los besos frontales, en la crianza
sexual de la acechancia a los sensuales
silogismos carnales (donde alcanza
la piel tal mescolanza de señales
que se halla en los umbrales de la danza).
Pero aquí no te encuentro, poesía,
compás que halla su centro en mi agonía.

Quizás en la plazuela de mi entraña
te advierta en una extraña cantinela
que sus notas modela con la maña
de exultante artimaña de vihuela,
y huyas, como gacela en la montaña,

a soldar con la hazaña tu cautela.

Pretender tu intuición no me reprime

la orgásmica ecuación de lo sublime.

No te encuentras, poema, en el paisaje.

Tampoco en el brebaje de un teorema.

Ni en el hombre que rema hacia el paraje

de su mejor coraje. Ni eres gema

que pueda ser emblema del ultraje

de mi estrofa salvaje y de su tema.

Pero mi alma y su empeño, que está encinta,

saca punta a su sueño y va a la tinta.

EL TAMBOR DE HOJALDRA

MADRE, EN TU MADRIGUERA, FUI CACHORRO SILENTE.

Mas a tambor doliente, mi grito (en la primera
bocanada impaciente que la boca emprendiera)
fue sinopsis de fiera, volcánica y rugiente.

Mi pasión vocífera. Mi alarido insistente
ensordece a la gente que deambula a mi vera.
La acústica, en mi frente, fabrica su trinchera,
la inédita cantera de un rugido imponente.

Cuando al silencio arribo, siento, crucificado,
que a mi tambor castrado lo doblego y derribo.
Me lo callo y prohíbo. Lo gozo amordazado.

Lo reto. Lo percibo como un rumor hastiado.
Y ahora que lo evado, lo sentencio, lo inhibo,
a vuela musa escribo todo superrimado.

SUEÑO

NACIDO EN EL PRIMERO PELDAÑO DE UNA ESCALA,
hay algo que me jala desde arriba. Prefiero
no seguir, mas un ala me fuerza por entero
a ser un derrotero que sube y que resbala.

Que cruza, aventurero, de una sala a otra sala,
de la edad en que es gala del cuerpo el pie ligero
hasta el día en que exhala su suspiro postrero
el pulmón prisionero de final antesala.

Salvo los escalones; subo, sin barandales,
por aires desiguales, por distintos turbiones,
sintiendo los jalones de obsesivos umbrales.

Y al cargar mi caída, pero también el vuelo,
pregunto: ¿bajo el suelo se hallará, trascendida,
la fórmula perdida para hacerse del cielo?

ORDENARÉ A LA MIRADA

ORDENARÉ A LA MIRADA REVOLCARSE EN LA MALEZA,
hacerse naturaleza, tremolar la madrugada,
despertando.

Mi rapsodia alborozada recitará la presteza
de los vientos, la fijeza de la piedra ensimismada,
siempre y cuando

se halle injertada de mundo (poniendo su lloro el grano
de arena para el océano de lo bello y su fecundo
movimiento).

Hasta ser el errabundo pez sin anclas o el gusano
que arrastra todo un arcano, o hasta ser el furibundo
documento

donde dan santo y señales del dolor los ruiseñores
que se tornan flechadores del silencio, vendavales
de energía
que dejan sus litorales en búsqueda de mejores
escondrijos redentores que en los puntos cardinales
dice el día.

Mi canción, en clave de alma, tendrá viento, flores, tierra,
también el arpa que yerra, y en los guijarros se empalma,
sobre el río;
tendrá el vaivén de esa palma que monta guardia en la sierra,
con ojos en pie de guerra para proteger su calma
y albedrío.

En la cabeza está todo. No en el nivel de lo externo.
No en la espina o el invierno, sino en el correcto modo
de asumirlo.
Hay en el sujeto lodo, como tiempo hay en lo eterno.
En mi interior acomodo lo exterior y es un infierno
no vivirlo.

Cierro los ojos y veo que el afuera me fecunda;
mas el placer que me inunda me torna también el reo
de mí mismo,

porque si todo poseo: césped, peñasco, coyunda,
o la luz que me circunda, me temo en el apogeo
del mutismo.

Si soy el campo o el grito de los ápices, la cría
de la noche con el día, si es mi voz el manuscrito
que me inventa,
la tinta en que me recito revela mi cobardía
pues mi ábaco no podría, pobre ser, del infinito
dar la cuenta.

QUINTO CANTO
LAS ASTUCIAS DE EUTERPE

EL SILOGISMO

COMO EL NIÑO QUE COMANDA CON LAS MANOS LA COMETA dirigiéndola
a la inquieta procesión de nubes, y anda

con el alma vuelta aleta de papel, cuando nefanda

brisa ignota se la ablanda, se la rompe y se la agrieta,

el creyente corre y manda, de sus prédicas repleta,

su fe al cielo que es la meta que medita su demanda,

cuando irrumpe una alta treta de rapiña y zarabanda,
y su dogma le desbanda reintegrándola al planeta.

Como el niño que divisa su cometa derribada,
como el hombre al que la nada zancadillas le improvisa,
vivo al fin, tras de indecisa reflexión, nueva mirada.

Hoy, salvado de la brisa, con la vida me acomodo
cuando en ti, grano de lodo, sé que encarna la premisa
de la cual, con la precisa deducción, lo infiero todo.

AL ODIO

NACISTE A PRIMERA VISTA. NO HAY DUDA DE QUE POSEO
genes de Caín. Deseo que siempre estés en la lista
de mi cálculo egoísta. Te tengo en mí, te moldeo,
por mi cuerpo te paseo. Te imagino mi conquista.

Te imagino prologuista de todo este forcejeo
contra el temor y el flirteo con la bondad derrotista,
contra la acción altruista del rostro: contra el ladeo
de la mejilla y su feo movimiento publicista.

Te cuido desde la cuna. Desde los primeros pasos.
Te prevengo qué retrasos, pero también qué fortuna,

son posibles, sin ninguna debilidad ni fracasos.

Alzo el coraje. Conjugo todo en presente de flema,
de crítica y anatema. Me vuelvo entonces verdugo.

Voy al papel y le arrugo las entrañas al poema.

PUNTO FINAL

AHÍ SOBRE EL RAMAJE PUEDO OÍR LA CONSONANCIA.

El temblor, la jactancia, la cantata del plumaje.

Puedo oír la abundancia melodiosa del frondaje

o el acorde salvaje de volátil nigromancia.

Puedo oír un coraje que aletea. La arrogancia

de cualquier asonancia gorjeadora. O el mensaje

que transmite a distancia la armonía del celaje

como arpegios en viaje, melodías en vagancia.

A su vez, con sus patas en el verso, brota un trino

tembloroso. Me inclino para oír las serenatas

de su cántico, gratas al deseo en torbellino.

Llego al fin a la suave y encantadora secuencia

con su rítmica esencia de este concierto de clave.

Punto: nido de un ave que ha dejado la existencia.

LA EXCEPCIÓN A LA REGLA

QUÉ FUNCIONES TAN SEGURAS: CADA HORMIGA VA AL TRABAJO

con su instinto, con un fajo de mendrugos, con premuras misteriosas. Va al atajo. Después sube. Qué figuras del quehacer, qué miniaturas del maléfico destajo.

Hormiguero: qué juntas construidas en un cuajo de terreno y de cascajo. Qué perfectas coberturas contra todo escarabajo. Qué resguardo de criaturas diligentes. Qué estructuras hacia arriba y hacia abajo.

Mas de pronto hay una hormiga que se evade de la norma.

Mira al cielo, se transforma. De las otras se desliga.

Piensa en todo, se investiga, y en sujeto se conforma.

Pobre hormiga. Mala suerte. Decisión inquebrantable.

Ahora carga, con la fuerte confusión de lo indeseable,

la ramita formidable de la idea de la muerte.

EL EXTRAVIADO

*Se trataba, carajo,
del ángel de las siete treinta y cinco
que se había salido de su ruta.*

E.G.R.

IMANTADO POR CIELO, CONTEMPLÉ UN ÁRBOL QUE ESTABA

–flora y nube enmarañadas– convidándome a ascenderlo.

En el tronco puse el alma, puse manos, puse empeño
y ascendí hacia el firmamento con el ritmo de la savia.

Invitado por el viento, fui del tronco hasta las ramas,
vi los nidos que aleteaban, vi mis ojos, vi el deseo
de arribar a donde se halla, galardonado de céfiro,
el mayor de los trofeos: darle altura a la mirada.

Ya vecino del frondaje, ya con dos ojos de pájaro,
sin mancharme, miro abajo, por los campos y las calles,
las mil y una enfermedades con que va vestido el asco.

Desde aquí, jugando al aire, la pureza me reclama.

Y me siento estar a un ala, sólo a un ala de encontrarme
confundido con el ángel que su ruta abandonara.

LES ARTS FLORISSANTS

POLVO Y SILENCIO. YA NO DERRAMA SU VOZ EL PIANO, MUDO
[Y DORMIDO.

No hay más sonido que el que declama,
chisporroteando, perpleja llama que toca el solo de su crujido,
pequeño aullido sin pentagrama.

Las teclas rotas. El tiempo en brama. Radio que sólo transmite ruido.

El piano, erguido sobre su drama,

es como un barco que se embalsama sobre la tierra, ya desasido
de un mar barrido del panorama.

Despojo al piano de inconsecuencias. Resano partes. Oigo y afinó.
Voy en camino de las cadencias
que están ocultas en sus potencias. Voy tras el dulce y añejo trino.

Y en este instante, por fin, ya lista la partitura de lo soñado,
sé que ha llegado la hora prevista.

Pero no basta porque el pianista también requiere ser restaurado.

LOS CELOS

PRIMERO, ANTE EL TEMOR, INQUIETUD SUDOROSA

insinuación nerviosa, lactancia del horror.

Los, espíe con la ansiosa mirada del furor,

con un alrededor de carne sospechosa.

Ante ellos, el tumor, la vista recelosa,

los pies en polvorosa bajo el pecho. Pavor

que me hiere, me acosa, me baña de estupor:

me vuelve historiador del barro de mi diosa.

Con acordes verdianos los reduje a la cama.

Como Otéelo, mis manos –ademanes en brama–

cursoron la blancura, paladearon los miedos.

Las líneas de la vida, lazo al fin, se cerraron,
y en el acto homicida las manos levantaron
la flácida escultura de la asfixia en sus dedos.

LA ENTREGA

AMOR, A PRIMERA VISTA. TE CONTEMPLO. ME SEDUCES.

A mi vanidad aduces argumentos de conquista.

Voy a ti, pero me induces a detenerme. Me entrista
que tu cuerpo se resista cuando hacia ti me conduces.

No tengo sitio en tu lista. Me desprecias. Me reduces.

Mas me guiñas de repente la aceptación. Y me llamas.

Con cada dedo rugiente digo a tus dudas que me amas.

Si tu boca es boca en llamas, tengo ampollada la mente.

Gimes por mí. Me reclamas. Tu deseo me hinca el diente.

Y a brochazos, blancamente, toda tú te me derramas.

DIALOGO DE ESPEJOS

EN EL AGUA BORBOTA LA AFLICCIÓN DE LA FUENTE.

Los árboles sollozan verazmente. Los pájaros encarnan una nota
que en su compás denota la soledad doliente.

El monte es una frente. La noche una derrota,
muere el sol en los brazos del poniente y es el eco una voz que nace rota.

Compungido está el lodo mientras no se diluye
en aquel mar de lágrimas que fluye por entre la maleza, mientras todo
se exalta de tal modo que la pasión incluye.

El temblor que se intuye resulta un reacomodo
del dolor que se quiebra y reconstruye cuando se hallan las piedras codo a
[codo.

El temporal adverso. Las hojas que tiritan.

Las gargantas acuáticas que gritan la humildad espumosa de su verso.

El gemido disperso que los vientos agitan.

La unidad, lo diverso del hombre aquí gravitan.

Yo en cambio soy el punto en que se citan todas las leyes, ay, del universo.

CONCERTATA

DOS CAMINANTES

ESTE ZAPATO VA TRAS UN CHIQUILLO. CAMINÓ DEL NO SER

[HASTA EL DISEÑO.

Tropezó con los clavos de su dueño. Calzó su andar apunta de martillo.

En el cuero encarnó todo su empeño. Recibió las caricias del cepillo.

Y en el coro de luces, irguió un brillo que fue la voz cantante del ensueño.

Un niño, ante el zapato y su sencillo pavimento del pie, corre risueño.

A diez dedos por hora, con el ceño fruncido en una idea, vio el cardillo
que salta del zapato, como el sueño de franquear la espina, el coralillo,
la arena calcinada y su amarillo zarpazo a su epidermis de pequeño.

Mas entre este chiquillo y lo soñado, entre su vista ardiente y diamantina y el medio de transporte (que camina luciendo el pelo grueso, ensortijado, de su par de agujetas) se ha infiltrado la férrea claridad de una vitrina.

Un vidrio donde el ímpetu se empaña... Pero existe una piedra y su bravura

formará en el cristal, con la rotura, la tela por la cual vendrá la araña de la explosión a devorar, con saña, la mosca del añico que perdura.

SECRETO A CAN DADO

AL SOL TRAPOS Y LLAGAS. CONFIDENCIA QUE LE ESPETÉ A MI

[PERRO CIERTO DÍA.

Él me escuchó callado. Comprendía. Me miró como mira la insistencia.

Mis entrañas perdieron la prudencia. Fue exacta y radical mi cirugía
y volqué a la intemperie mi agonía, mi más hondo secreto, mi dolencia.

Por largos años fui la reticencia, la lengua maniatada, la energía
sin voluntad, sin uñas y sin guía. Por largos años fui sólo renuencia
ornada de penumbras, impotencia refugiada en su cueva y a la espía
del zarpazo a mansalva que blandía frente a mi cuerpo humilde su
insolencia.

Hoy digo mi verdad sólo a mi perro. Le regalo mi carne viva, sola.

El can se hace tristeza, caracola del mar de incertidumbres en que yerro.

Su gruñido es mi cómplice de hierro: con su ladrar, la indiscreción inmola.

Cuando me muera, sé de la amargara que invadirá a mis deudos, de la aureola de compasión que brotará en cada ola de sus plegarias ante mi envoltura, mas, entre tanta pena, hiel, tortura, se mirará que un can mueve la cola.

LA IDENTIFICACIÓN

CUANDO NIÑO, MUY NIÑO, MANTENÍA MI AMOR PRIMERO CON [EL
CALENDARIO,

la vejez se encerraba en el armario de la abuela. También en la energía
de la mujer canosa que el rosario desgastaba. Chiquillo, la advertía
zurciendo, fatigada, su apatía, calzando su zapato sedentario.

A la vejez, ya joven, la veía como el tramo final de este calvario
que llamamos vivir, el corolario del ir sin ton ni son, la tiranía
de hacer de los recuerdos inventario, deambular en reversa, galería
de extraviadas vivencias, agonía de pasos sin futuro y sin horario.

Maduro ya, la vi con la torpeza con que el viejo camina y se resbala,
en tanto que el bastón que lo apuntala, le brinda únicamente la destreza
de proteger su sueño, su cabeza, toda la dignidad que lo señala.

Ya viejo, la descubro ignominiosa; pero aquí entre mis vísceras la hospedo,
la cubro con mí manto, la abovedo, mientras su mano, de morir nerviosa,
se ve trazar al aire, temblorosa, la invisible estadística del miedo.

SUICIDIO

TODO EL TIEMPO DE PRONTO ESTÁ EN MI MANO. POR MI ÚLTIMA MIRADA
ME PASEO

Huérfano de futuro, me codeo con vapores y sombras del pantano.

Mi carta está en la mesa. La releo. Me atisbo en ella atónito, lejano,
buscando el alfabeto del arcano, dándole carta abierta al aleteo.

Bebo la decisión. Tarde o temprano tendré que oír las lenguas del deseo.

Me aproximo a la nada. La olfateo. Demando la agonía. Voy al grano.

Amenazo al oxígeno y golpeo las puertas de no sé qué meridiano
donde se oye el aullido del gusano que tiene en mi epidermis su trofeo.

Me aproximo al final de la locura. No podría vivir. Cualquier segundo
sería como un siglo, como un mundo, y a ciencia cierta sé que la conjura
del puñal y la mano me captura, me deja sin mañana, moribundo.

Siento que voy cayendo. Pero blando, dulce y fresco es el sitio en el
abismo

donde termina al fin mi cataclismo. De pronto me despierto y miro cuando
con un puñal estoy apuñalando una fotografía de mí mismo.

POÉTICA MUSICAL

RESBALASTE, POEMA, DE LAS CIMAS, COMO BOLA DE VERSOS,

[GRADUALMENTE,

hasta arribar, impávido y bullente, sordo y despellejado de tus rimas,

a la prosaica tierra, a lo corriente, a las voces comunes, a las simas

del habla cotidiana, sin opimas inspiraciones a dulzor batiente.

Anidaste en micrófonos, tarimas, en la vulgar edad del medio ambiente;
se revolcó en la prosa tu rugiente colección de penosas pantomimas,
convertiste tu lengua al decadente lenguaje de cartón, mientras arrimas
tus placeres y júbilos, tus grimas, al turbio diccionario disolvente.

Mas, minero de música, te hundiste, con decisión, al fondo de ti mismo,
hurgaste en tus nostalgias, en tu abismo, buscaste el pentagrama de lo
triste,
el concierto de todo lo que existe, la canción para entraña y erotismo.

Reivindicaste el cántico que estalla, mientras un adjetivo lo ejecuta,
cuando la consonancia nos transmuta las palabras antiguas y sin talla
en musical conjunto donde se halla Apolo Musageta a la batuta.

TERCETO

ENTRECHOCAMOS, TRAS DE LA FIESTA, LAS PERVERSIONES DE

[NUESTRO VINO.

Somos tres pieles en torbellino de conjeturas, mientras la orquesta se va al *crescendo*, sin dudas, presta. Damos, de golpe, por un camino tortuoso y dulce, con el dañino jardín abierto de la propuesta.

Tropel de carne, fue la respuesta. También las curvas del femenino cuerpo acostado –blancura en lino– sobre la cama limpia y honesta.

Nuestro deseo –la suma y resta de los impulsos, el repentino trueque de roces– es asesino de algún portazo, culpa y protesta.

Entre los cuerpos se oye el jadeo: se oye la música de Cupido.

El lecho gime, y es el oído testigo atento del apogeo
del ente triple y de su himeneo, con las delicias de lo prohibido.

Son tres audacias que se alimentan, se excitan, braman enardecidas.

Tres calaveras piernitendidas que en su envoltura carnal inventan
un pasaporte con el que intentan mezclar sus fugas con sus venidas.

AUTISMO

TODO EMPEZÓ EN LA NOCHE. MIS COLMILLOS CRECIERON,

[COMO CHORROS ANHELANTES.

Mis ojos, insinuantes y amarillos,

buscaron en redor, como cuchillos heridos por la sed, las añejantes
arterias rebosantes de cardillos.

Fui en busca de mis víctimas. Los brillos galácticos me dieron fascinantes
visiones delirantes, y castillos

llenos en sus entrañas y corrillos de murciélagos, sombras espectrantes,
amén de adolescentes bocadillos.

En el corral humano guardo ahora manjares succulentos y variados.

Venas, cuellos vedados, donde mora

la sangre de sí misma redentora, sellada en sus arcones inviolados.

Mas la fuga se torna el exorcismo de la espera, la angustia, la hemorragia.

A todos los contagia igual abismo.

Vuelvo entonces los dientes a mí mismo, con una vampiresa antropofagia.

EL BAUTIZO

COMO EL ÁNGEL CAÍDO, MAS SIN ALAS, ASCIENDE EL

[ALPINISTA LENTAMENTE.

Con la cima clavada a media frente, con el cielo a los hombros, con las galas

de un cúmulo infinito de bengalas que saturan de estrellas el ambiente.

Sus pies, hechos de atmósfera, estatuyen los peldaños, la ruta y sus escalas

en las rocas, y haciéndola de palas, al escarbar la gleba, contribuyen

a conformar impulsos que no incluyen ni miedos, ni zozobras, ni antesalas.

La prisa se hace un charco de fatiga. Hay un complot de vientos que

[concluyen

por detener al hombre; pero excluyen la posibilidad de que se diga,

que una anemia en el alma lo castiga, que todos sus esfuerzos se derruyen.

El hombre, sueño en pie, sigue ascendiendo. La luna le hace rumbos, le

[prodiga

su maná de fulgores y le instiga, con un final de cúspide y estruendo,
a seguir con sus pasos combatiendo la vertical aciaga y enemiga.

Cuando alguien dice "Sísifo", nuestro hombre llega hasta su bautizo y al

[tremendo

destino de saber que iba subiendo, con la rodada piedra del pronombre,

a su monte fatídico y horrendo para hallar su leyenda y su renombre,

para dar en la cumbre con el nombre que acaba, como siempre,

reasumiendo.

VISIÓN

AL PRESENTIRME MUERTO, TE CONCIBO, TE CONCIBO Y, TE

[LLAMO CON PAVURA.

Te temo pero te amo. Tu ternura me evapora el desierto de tu arribo.

Deambulo por un tramo de locura, y al total desconcierto me apercibo,
cuando, duro y abierto, te percibo, oh vientre en que me encamo:
sepultura.

SEXTO CANTO

CADENCIAS

MI VOCACIÓN

ME APROXIMÉ A LA SED, HASTA EL SECRETO,

hasta el atril altísimo del vino.

Me descubrí sin fin en un camino

donde el placer se vuelve mi amuleto.

Incliné la cabeza en un abeto.

Torné la vista hacia el confín endrino.

Me decidí a escribir lo clandestino,

lo que huele a caverna, lo discreto.

Y aquí está mi cantar y mi palabra,

la ebriedad de mi página que labra

las luces en que anúdase el impulso.

Mi pobre yo, mi voz que perfecciono,

recorre con dolor tono tras tono

la sucia excelsitud que hay en mi pulso.

PRELUDIO Y FUGA

EN LA NOCHE BRILLÓ, MÓVIL, LA ROSA,
en pedestal de mármol perfumada.
La mano, hacia su tacto reclinada,
se acercó a los rubores, temblorosa.

Excitación y arrojó. Peligrosa
lluvia táctil en carne alborotada.
Cálida, la beldad acorralada
quedó, tras del acoso, silenciosa.

El último minuto desanuda
mi raíz, y su prisa ya en camino
del inútil impulso de la duda.

Pero sé que su pie la desvanece,
e impide las intrigas de destino
que mi piel hecha vértigo le ofrece.

ESPERA

TE ESPERO AUNQUE YA SÉ QUE MI INSISTENCIA
podría desistir a la embestida
de un camino que impide la venida
de tus senos, tu vientre, tu presencia.

Te espera mi deseo, la conciencia
de asistir, si te insisto, a la caída
de tus pruritos mil, sin que te pida
lo que en tu fuero interno es complacencia.

Pavor son esas horas y su dolo,
el pronombre que soy, el hombre solo,
con esta soledad que me programa.

No acudes. Y en mi lúgubre tortura
huyo, con un impulso de locura,

a consolar el llanto de mi cama.

PARA DELETREAR LA DEMENCIA

RAMILLETE DE ESTRELLAS Y DE EMPEÑOS,
la antorcha va veloz, torpe bisonte,
al derroche de rosas en el monte
y a volverse un estrépito de ensueños.

Siente que, en s correr, en sus risueños
galopes de fulgor –rinoceronte
que se torna, esplendor del horizonte–,
se acerca al universo de los sueños.

Pasa de mano en mano. Salta y salta
para acunar su lampo en la más alta
penumbra que la cúspide conjura.

Imposible mentir: el infinito,
medido por la tinta de este grito,
es el discurso azul de mi locura.

EL PESCADOR LITERARIO

EL TIEMPO SE ME DUERME. LA CABEZA
me estalla dé jugar a hallarse en blanco.

Encarnado en mi caña, soy un manco
que mete en el riachuelo su proeza.

El pez devine reto y ligereza.

Nada con ansiedad, mas va al barranco
de la calma rapaz con que lo arranco
del, medio n el que extiende su esquivaza.

Crucifixión y atmósfera propongo:

maniatar al pescado con la nada
o con lo, estertores que le impongo.

Pero después, irguiendo la tormenta,
levantar la metáfora empapada,
el verso en que la muerte se insolenta.

SÉPTIMO CANTO

**CANCIONES PARA CANTAR,
TOCAR Y BAILAR EN
LUGARES PROHIBIDOS**

GOZALTANTE

SURCANDO UN MARMONIOSO, LA NAVELA

semeja un avelóz de plumarina.

La lluviáspera ladra, huracanina,

y el fuerte pescador se redesvela.

El barcófago deja su piestela

y endoblando hacia el sur que buscamina,

se anclava en un lugar, lo rudomina

y en gran pescantidad lo levantela.

Poco después playanda, velozcuro,

a su casanta dulce, oh lejanoro,

donde su mujermosa es peramante.

Se vive vigoroso, camaduro,
ingiere unos mariscos, besonoro,
y yergue su vergana gozaltante.

ENBARCOPANDO

EN ALTO BAR ME ENCUENTRO, VIÑEDONDE

las uvas en su andar añejoviales,
jugotean, traviesas, sus ovals
enpujando al alcohol para que ronde.

A la ebriedad cumplida corresponde
placermitaño gozo de onanales
borrachochos aislados o grupales
y el viejo que al llorar se bebesconde.

Una copa de lirio nos desquicia.
Jubilocos cuzcamos la tacticia
de nalguien que contiene la huevera.

Se siente anhelamar toda la gente
cuando. pezonsacando lo de enfrente,
cruza, mamaternal, la cantinera.

LA OPERAMADA

DESPUÉS DE DESCIFRAR EL HIMENSAJE

que puvislumbra el ojo cuando espía
la intihumedad caliente de tu estría,
me sé mediocorrecto en blanco traje.

Receto pomamadas y masaje,
dulzocitorios tibios y sangría
y ante la paridez, la cirugía
que convierta el follar en un follaje.

Preparo el bisturí. Lo erectotomo.
Desinsecto mis manos y me asomo
a tu camiyacente gozaltante.

Y al cuchillido, abierta a los deseos,
huracamando el mar de tus meneos,
sufres mi opiernación orgasmojante.

SAFORNICARIO

EL COITOTAL DE ORIGEN FUE DEL CIELO

con la vaginatura de lo agreste.

Así, parejalaban esta y este

o la tardébil gris con el friachuelo.

Pero lo mujermoso, siempre en celo,

disoció la nuboca y el celeste
lucerombre volátil, la suaveste
dulcebriedad del cutis y el desvelo.

Besombrándose, viven dramamores
la arboledama, diáspora de ardores,
y la safinidad que la entusiasma.

Tan es lo femeniño lo imperante
que el mujército asciende en un instante
al orgasmo que tórnase en orgasma.

DE ORGIALOGÍA

TRAS DE ORGEAR INTENCIONES AL CONTIENTO,
los dedoseos saltan, carnenciosos,
se prestan su sexamen y mustiosos
besoban las espaldas al tactento.

Son tres o cuatro son –amalgamiento,
nalgarrazón de piernas y virtuosos
escrúculos morales– los sexosos
que su sed pubisacian al mamento.

Al desnudarse, núdanse los brazos,
se bocarriman unos y otros lazos

mezclando promontubos con suavismos.

Se barajan los cuerpos, los jadeos
y exaltan su marea de meneos
mientras socialdelician privatismos.

OCTAVO CANTO
EL ARTE DE LA VARIACIÓN

**31 VARIACIONES SOBRE UN TEMA
DE GUADALUPE AMOR**

Yo soy mi casa.

GUADALUPE AMOR

1

QUIERO DEJAR LOS RINCONES DE LA MENTE

(y sus oscuras ruelas) sin telarañas.

Quiero barrer mi corteza cerebral.

Pasar la aspiradora por resentimientos,
basuras y suspicacias.

Quiero amueblar mi espíritu
y alfombrar mi conciencia...

por si viene
tu recuerdo.

2

Ni modo.

A veces hay que mandar a arreglar

las cañerías del alma.

3

Escucha: hay que limpiarse los pies
al entrar a mi presente
estado de ánimo.

4

Ven. Pasa sin temor.
El deseo
se halla amarrado.

5

Por fin lo he comprendido:
el hondón del ánimo
es mi departamento
de soltero.

6

El incendio se inició en una sospecha
y se propagó bien pronto
a todas las instalaciones de mi alma.
Rugió durante horas y horas.
Pero finalmente cerró sus párpados de ceniza.
Y entonces se escucharon, en su cuna,
los primeros chillidos
del tímpano
de hielo.

7

La luz atraviesa las cortinas,
Penetra mi cerebro.
Arroja mis párpados al museo de las inutilidades disecadas.
Invade mi intimidad,
saca al día mis órganos internos,
ocupa con legiones de luciérnagas
mis sótanos.
Y no me deja ni un añico de sombra
para esconder lo que estoy pensando.

8

No llegues, mi amor,
deslizando tu dedo por cada una
de mis cavilaciones.
Sí, están llenas de polvo,
sucias,
con su luz remendada.
Sí. No he tenido tiempo de pasarles un trapo
y limpiarles todos los días
su pretérito.

9

Para evadirme de la soledad,
alcé el audífono de la telepatía.
Mas el número se me extravió
en el laberinto de la punta
de mi dedo.

10

Agarré la oportunidad por la cintura.
Pero la complicidad de tus pudores
y mi irresolución
fueron la causa del silencio

de la cama.

11

Sí, es el juego del escondite.

Mientras los otros se esconden en sus propios misterios,

mi ingenuidad,

mi persona

pretende ocultarse

–dentro de ti–

de la muerte que nos anda buscando,

y que siempre da con nosotros,

como el invisible piloto de la causa

que no equivoca nunca

el itinerario hacia su efecto,

porque no atiende

–porque no da su cera a torcer–

el canto de sirena de las excepciones.

12

Estoy a tres vasos de whisky

y una mujer

de escuchar de la cama:

esta boca es mía.

13

Deseo que ladra

no muerde.

Déjalo que se calme.

Permítele, para que se entretenga,

el hueso de una audacia.

14

Tras el último escalofrío,

tuve que enderezar

cada uno de los retratos con que se adornan,

las paredes de mi alma.

15

No, mujer.

Tu intimidad no es tan inaccesible

como la anuncia
el cinturón de castidad
de tu saliva.

16

Te propongo:
llevar tu consentimiento a la regadera,
enjabonar tus dudas
ir dejar tu excitación
inmaculada.

17

¿Pero serás acaso
una de esas mujeres
que antes de cada perversión,
y su conjura contra las reglas de tránsito,
se santiguan?

18

¿Que qué me sucede?
(Tus signos de interrogación

corren a agarrarse de las solapas de mi traje.)

Es que una de mis dudas

fue seducida

por tus escrúpulos.

19

Una de mis manos, sin un dedo.

Uno de mis brazos, sin una mano.

Uno de mis ojos, sin paisajes.

Mis rodillas, descascaradas.

La sangre en un estado de alma subversivo.

Es el precio que he tenido que pagar

por acostarme con una antropófaga.

20

Mi sábana desarrolló

su gusto por el rompecabezas de ángeles

de la geometría,

cuando inició,

con nosotros tres,

su colección de ángulos.

Cuando se halla, en el lecho,
el triángulo arropado,
tus manos, mujer,
apresan lo mío
y lo suyo.
Toman, en verdad,
el toro por los cuernos.

Lecho mío:
espero que, durante mi ausencia,
no hayas tenido problemas
con mi fantasma y su obsesión
de deletrear su propia lengua.
Pregúntale a mi almohada
si desea que le lleve
algún regalo:
una experiencia inédita,
un nuevo número telefónico
o un ignorado mal pensamiento.

P.D. El semáforo que me pides
te lo enviaré en el momento
en que aprendas,
no sólo las cuatro operaciones,
sino la regla de tres.

23

Hay dos tipos de mujeres:
quienes, al quitarse las pantaletas,
las colocan, dobladas, en la silla,
y quienes las arrojan
a cualquier punto de su arrugamiento.
Corolario estratégico:
las primeras deben ser acariciadas
por la mano derecha,
las segundas, por la izquierda.

24

Problemas de urbanismo:
para llegar a la parte que habitas dentro de mí,
hay que pararse en una esquina,
tomar un recuerdo,

sufrir una apretura de fantasmas
y bajarse en un despeñadero.

25

Ayer nos encontramos
en uno de los bulevares
de mi insistencia.
Te paraste.
Creí que todo mi cráneo se me venía encima.
Diste un paso hacia atrás;
pero fue un paso
hacia tu talón de Aquiles.

26

Cada vez me resulta más difícil respirar
aquí en el corazón de mi amor propio,
por la ausencia de rendijas
(de cigarrillos de oxígeno)
o por el smog que forman en mi cráneo
tus últimas bocanadas
de desprecio.

27

Tras la lluvia,
el suelo de mi ánima
levanta en hombros un charco,
al que llega a beber,
clandestina,
una de mis vivencias.

28

¿Los pies? En la tierra.
Ubicados en el trozo
De la curvatura del mundo que les toca.
Pisando el realismo.
Por ahora,
sólo de vez en cuando
elevo los ojos a la atalaya de un superlativo,
sólo de vez en vez compro un boleto
para entrar en los andenes
de la fantasía.

29

Al despertar, despierta la ciudad
que llevo dentro.

Y heme aquí trocado en la criatura
que destruye el cascarón de sus fronteras
para ser autora
de su propia alborada.

30

En esta ciudad
cunde una epidemia de iracundias.
Las cloacas hallan la forma de insubordinarse.
Y hasta hay un tránsito ininterrumpido
de culpas en la vía.
Pero también fluyen sentimientos
que deshacen en la boca
terrones de azúcar.
Los deshacen
para decirles a las lágrimas:
miren, cabronas,
no siempre el agua es salada.

31

Yo soy mi casa.
La callejuela sin alumbrado.

Los ladridos callejeros.

La flauta con que Bartolo

deletrea el infinito.

Soy mi ciudad, mi calle, mi plazuela.

Soy mi alcoba y sus rincones.

Soy el jardín donde crece

un trozo de conciencia

dedicado a marchitarse.

Soy también mi cementerio.

El cadáver que me crece.

El cajón donde se guarda

el ya *ni modo*.

13 VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Hondo y alto como el árbol.

J. R. JIMÉNEZ

1

TODO LO QUE SUCEDE
en las raíces del árbol
–¡hasta el silencio! –
repercute
en el piar de las aves.

2

Las raíces, árboles invertidos,
imaginan al tronco y a sus ramas
como la raigambre de su fronda sepulta,
de la fronda en que se oye
el pestilente trino de un gusano.

3

Los pájaros cuelgan su rima
en las puntas del ramaje.
Viajero, llega callado.
Sortea la hojarasca.
No se vaya a asustar
el contrapunto.

4

No sé si mi atención melómana
o el hambriento picotear de los pájaros
en distintos puntos del aire,
fue la causa de la paulatina desaparición del cielo
hasta ser únicamente el telón de fondo
de las inauditas acrobacias

de un gorjeo.

5

Lo que podemos apreciar
en la copa del árbol
–¡hasta el empecinamiento de los capullos
por robarse una estrella!–
ocurre en las raíces.
Pero aquí
–como los topos
y su afán de ser
ruiseñores subterráneos–
todo es oscuro.
Hay un firmamento caliginoso
y enlodado.
Un aire inmóvil, mefítico, asfixiante
(que obliga a la tierra y a los miasmas
a cambiar sin cesar de estados de ánimo).
Tormentas con su epicentro
en no sé qué deidades iracundas.
En fin: constelaciones de gusanos.

6

Los gorriones, injerto del ramaje,
dan a luz en el árbol los frutos de los nidos,
de los nidos que caen hacia el césped
tras de ser madurados por el viento
o por el peso ingente
del pájaro ciclópeo
—la ley de gravedad—
que en ellos aletea.

7

El tronco finge ser un atajo
de la tierra al firmamento.
Algo así como un perpetuo
flechador de centímetros.

8

Las raíces,
con su eterno ademán
de escarbar hacia el centro del planeta,

convierten,
en la alquimia de la botánica,
los jugos nutricios
en ese millar de flores
del tamaño del asombro
o del color con que amaneció esta mañana
la poesía.

Y es que, como diría mi tinta
en una de sus anteriores encarnaciones,
lo que el árbol tiene de florido
vive de lo que tiene sepultado.

9

Los problemas de toda Torre de Babel
no provienen de alguna descompostura
sufrida por sus ambiciones
o por las hélices invisibles
de su helicóptero,
sino de sus pies de barro.

10

Lo alto y lo profundo

se confunden
como el sistema solar
que juega al escondite en un átomo
o como el sauce que llora
toda su semejanza
sobre el río.

11

Hondo y alto como el hombre
que, si sacude su mechón de endritas,
se ve en la necesidad
de darle brochazos de perfume
a su carroña.

Hondo y alto como el místico
que, después de un despellejamiento le alaridos,
y de flagelar la espalda de sus tentaciones,
se va en peregrinación a su delirio,
contempla durante horas el canal de lo perfecto
y se va canturreando
la música de los astros.

Hondo y alto como el crápula,
que recibe las tablas de la ley de manos del deseo,
que organiza aquelarres de sentidos,

y ve cómo la culpa
se va adueñando,
uno a uno,
de todos sus órganos internos.

12

Hondo y alto como Saturno
que no puede olvidar
las canciones de cuna
que cantó a sus hijos
antes de devorarlos.

13

Alto y hondo como el poema
hecho para ir de boca en boca de los dioses,
para limpiar de telarañas las yemas a los dedos amorosos,
para sacar de una caballeriza de pegasos
la larga marcha por la fantasía,
para festejar,
con la copa en alto,
y un cuerpo de mujer allá en el lecho,
la tercería de los alcoholes.

Alto y hondo como el poema
que al tiempo de abrir una metáfora
(como ojo de cerradura
para entrever las cloacas de la pornografía)
redondea por lo menos un verso
que habrá de ser canonizado.

7 VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE CÉSAR VALLEJO

*Hay soledad en el hogar sin bulla,
sin noticias, sin verde, sin niñez.
Y si hay algo quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruje,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie.*

C. VALLEJO

AUNQUE AL IRSE, DEJARON BIEN CERRADAS

las puertas, puntualmente
logró la soledad introducirse
por las rendijas. Pudo electrizarme,
cuando en un corredor, la supe un huésped
más de casa, que se cruzó conmigo
de repente. Gozó con desprender
de la incredulidad a los espectros
que mueven las cadenas en que sufre
mi temor apresado.

No hay un solo camino que no empiece
por el doble hormigueo que genera
en mis pies cierta arena anticipada.

Pero frente al sendero y el hacérsele
(desde este aquí de vidrio y de cortinas)
polvo la boca a mi zapato inquieto,
mi corazón se encuentra
colgado de la percha de mi entraña,
sin tener ya la fuerza suficiente
para reunir de nuevo, y a dos manos,
un poco de coraje.

Miro, en mis soledades, cómo el hueco
de la cama se estira perezoso,
pero al final termina levantándose
conmigo en la mañana. Durante horas
busco si hay algo verde en los rincones
de toda la vivienda, por lo menos
un poco de basura esperanzada.
Pero estoy sin noticias,
con un buzón estéril o que alumbra
ausencias que no tienen otro sobre
que el de un poco de viento que abandona,
después de unos momentos, su cuadrada quimera.
Hay dos viejos caminos a mi vista,
dos lianas que me llaman al abrazo
y al ósculo de polvo.
Pero mi corazón no está en mí mismo
sino que es la criatura,
en este dar a noche lo nonato,
de un aborto del pecho.

Mi corazón se encuentra a la deriva,
mordiéndose las horas,
mientras yo me dedico (con la calma
del que cuenta en un ábaco su tiempo)
a tallar a cuchillo mi cayado
hasta hacer un manojo
de astillas sedentarias.

3

¿Cómo iba a conservar yo la niñez,
el prelude de esta ópera de aullidos,
si hasta mi madre empleó,
de pañal desechable, un calendario?
Mi pubertad duró lo que perduran
los aleteos de Ícaro ante el fuego
o ante el sol en picada,
el tronido de instantes
de alguien que tiene amores con la prisa,
el saltar de lo efímero
en un cerrar y abrir de la ventana.
Hay un rayo que quiebra en dos el cielo,
el aire está de nubes arrugado.
Y rompe sus nudillos el futuro

a mitad de mi puerta.
Mi corazón, deshecho, se levanta,
saca de los cajones del ropero
unos pies y se arroja
tras la carne, la puerta, los temores,
a reunir los pedazos
—en un rompecabezas que es bautizo—
de su nombre de Ulises.

4

Los ojos eran verdes,
en un claro del bosque cultivados.
Verdes como la juventud del fruto
que, redondo, le saca
la vuelta al apetito.
Verdes como la pulpa
que pide de rodillas
la pequeña cosecha de lo dulce
que la maduración le proporciona.
Verdes como el semáforo
que no puede ocultar sus simpatías
con la estación final de la esperanza.
Mas los ojos, subidos a una fuga,

cabalgando un deseo de fronteras,
se fueron al hallazgo
de todas las voces del exilio,
apretaron el paso,
desoyeron las voces de los frenos,
dejaron que su brújula,
encabritada ya, se desbocase,
y dieron finalmente,
con su salvoconducto
para cualquier anhelo de aventura,
en un fraccionamiento del olvido.

Famélico buzón,
exclusivo lugar del universo
de un vacío absoluto embarazado,
no traes a mi casa más noticias,
que tu feroz redoble
de campana neumática
llamando a compañía.

5

Pero hay pies y puertas y caminos.
Bastones que condensan en su cuerpo

toda la geografía.

Senderos que se bifurcan
tras de dejar que en su punto inicial
extienda su tienda de campaña
la zozobra.

Encrucijadas que comienzan en los zapatos.

O en la discusión acalorada
entre el cerebro y el corazón
que termina con un rojo portazo
o un rechinar de neuronas.

Por eso hay un hogar sin bulla,
con una radio sintonizada sin cesar
en la estación en que se transmite únicamente
la *partita* para silencio solo,
y donde el tronido de mis dedos
no es sino el primer compás
del aria de la locura
que cantas, corazón.

6

Pero no me puedo hacer el pequeño,
fingirme miserable de cumpleaños.

El niño que le busca la teta

a tu fantasma.

El que, a fuer de tijeretazos
urdidos por el recuerdo,
hace de todos los pantalones,
pantalones cortos,
como telones subidos hasta los muslos
para mostrar el drama de lodo y sangre
de las rodillas.

No puedo desdoblarme: ser niño, ser mayor.

Sobornar, esquizofrénico, a los relojes.

Quebrarme por dentro:
caminar lentamente,
arrastrando mis pies por el completo polvo
de mi reloj de arena,
para ser niño.

Y correr,
a la velocidad de un hoyo en los zapatos,
con el metálico soplar de los patines
o la bicicleta,
que emplea como combustible
el tronar de dedos,
para ser adulto.

No hay, entonces,
en mi hogar sin bulla,

ni noticias,

ni verde,

ni niñez.

Ni este aullar

que es un acorde de crujidos.

Soy fieramente adulto.

Canoso hasta las neuronas.

Un viejo

que insulta o que acaricia a sus grilletes,

al callejón sin salida de sus incertidumbres;

pero que nunca dará un paso en firme

para amordazar a la soledad,

arrinconarla en el marchitarse de sus uñas,

volverla la pieza más importante

de su museo de horrores.

7

No obstante,

caminando *a corazón* el pie,

interpretando a dos piernas el acorde del impulso,

sueño con hojear una odisea.

Partir a enhebrar paisajes

desde este hogar silencioso

que sufre hasta en el aire de afonismo
y que mira a Penélope
dedicada a tejer y destejer
su propio cuerpo.

Salir,
al sonar el instante,
el "por fin",
el "ya era hora",
el "estaba a punto de crucificar sus zapatos",
hacia los viejos caminos polvorientos
que ostentan una curvatura infinitesimal
en cada tramo.

El corazón busca calcetines,
sandalias, decisiones,
para emprender a pie su itinerario.
¡Qué bulla hay en mi entraña!,
cuando sé que mi hogar es una cárcel
y mi lengua confirma
el ferroso sabor de sus barrotes.

VIAJE AL PADRE

(Variaciones sobre un tema de Díaz Mirón)

*¿Acaso todo hombre no es un desacierto
y un error? ¿No entra al nacer en una do-
lorosa prisión? ¡Prisión! ¡Barreras y cade-
nas por doquier! A través de las rejas de
su individualidad, mira el hombre, deses-
perado, el muro que circunda el recinto
exterior, hasta que llega la muerte y le lla-
ma al reposo y a la libertad...*

THOMAS MANN

*Y ante la forma en que mi padre ha sido,
lloro, por más que la razón me advierta
que un cadáver no es trono demolido,
ni roto altar, sino prisión desierta.*

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

1

EL CUERPO, ENHORAMALA, NO RETOÑA.

La anemia lo emponzoña y apuntala.

Y el tiempo, que propala su ponzoña,

lo hace de la carroña una antesala.

2

Del que se va no se hable. Sólo el zafio

insiste en los delitos y anarquía.

Ven aquí. Mira el rictus. Se diría

la frase intemporal del epitafio.

3

Compungido,

mordiéndole la lengua a mi sollozo

sé que no debo darle luz verde a mi tormenta,

al nubarrón del alma.

Debería guardar más bien el charco

de toda mi congoja a siete puertas.

Mas los restos mortuorios

de mi padre,

un torneo ganado por el encuentro a muerte

del tiempo y la guadaña,

fue causante

de que humedad y pies fueran un río.

Lloro, entonces, sin más.

Mientras siento

la orfandad en mis ojos, en las bolsas del traje

o en este ser de niño

que creía

la mano de su padre inmarcesible,

y que se encuentra solo, mostrando a la intemperie,

la entraña que tiritita.

4

Los ojos son amigos del infundio

al vivir la basura del prejuicio.

Pero son la cordura y sano juicio

si devienen testigos del gerundio.

Mis pies conjugan todos los verbos en futuro.

Saben que llegará la hora,

el instante,

el punto (no con ansias de continuar el viaje

tras un reposo momentáneo,

sino con instintos homicidas)

que hará la redada postrera,

definitiva,

de sus diez dedos.

Si me paro,

si le meto reversa a mis rodillas,

prosigo sin embargo hacia adelante

en esto que podría ser llamado

glotonería de centímetros.

Pero sé que hay otros pies

que en la calzada del devenir en que ando

van en sentido inverso,

con la espalda por guía,

tras de comprar su pasaje hacia la cuna.

A veces me conducen a momentos en extremo distantes

(a las reuniones de célula, por ejemplo,

que tenía con mi oso de peluche)
o a un calendario menos lejano
(a los solitarios de carne
que, clandestinos,
jugaba allá en mi adolescencia).
O en ocasiones me ubican en lo que sucedió
hace dos que tres años
(cuando mi quinteto de sentidos
corría tras la trucha de una gracia)...

Levanto la mano derecha
frente a los pies que van hacia el pretérito.
Los obligo a pararse.

Mi palma, con muecas de semáforo,
le da luz verde al color enamorado
de los frenos.
Y me embarco en los pies
que surcan por el mar de mi cráneo
empujados por el soplo del recuerdo.

Mi destino es mi padre.
La estación terminal de mi principio.
El hombre que, a dos manos,

sacudió el cuerpo de mi madre
hasta redondear en él una criatura
que cayó hacia el oxígeno.
Un hijo de su puta suerte.
Este que, a punta de lápiz
y pastoreado por sus borradores,
recorre el alfabeto de sus células
en sentido contrario.

Mi destino, mi padre.
La forma en que su cuerpo ha sido.
Y me tropiezo de pronto con el güero.
Con el joven delgado, suave, fino,
que cerraba los ojos
para alumbrar de verde sus entrañas.
Lo saludo. Lo llamo.
Mas no me reconoce.
Me ve como quien ve a la indiferencia.
Yo casi soy un viejo,
un hombre que ha cumplido
muchos libros.
Con barbas hasta en los versos,

además de una exaltación que camina ligeramente encorvada.

Y yo lo miro mozo.

Oh mi padre pequeño e inmaduro.

Perpetuamente niño.

Tengo un padre, ay, de brazos.

Le aúllo.

Pero no me escucha.

La cera de cuatro velas en los oídos
se lo impiden.

Llegó a su agonía siendo niño.

Cargó siempre en sus bolsas y mochilas

los senos de mi abuela.

De la abuelita Luisa.

De esa mujer cortada al tamaño de las musas.

Fue niño y fue poeta.

Su profesión: las ligas y las balas.

Extirparle los trinos

a los pájaros.

Fue el segundo aletear

de un sueño colectivo.

De este correr y correr

pasándonos la antorcha de un gorjeo

o los innumerables guijarros, guijarros de los puntos suspensivos.

Gran jugador de ajedrez y de palabras,
no tuvo, sin embargo, estratagemas
ante el jaque mate que lo esperaba
a la vuelta de la esquina.

En el viaje a su mundo, lo veo
irresponsable
(como lo puede ser el huracán
que deshoja
la rosa de los vientos).

Engreído
(como el que escucha atentamente
si el casimir inglés
tiene buena
pronunciación)...

En fin,
con los veniales defectos
de un hombre bello
del rostro a los poemas.

A veces,
tras de arrullar mis pupilas,
y vencer el insomnio,

lo veo inanimado, ausente.
Pero, en mi sueño,
la muerte es, padre,
sólo un malentendido,
una mentira tocada por las trompetas
de no sé que calumnia.
Un cuento de fantasmas
contado por el miedo.

Pero la realidad es que tus restos
no son trono demolido ni roto altar
sino prisión que sufre del desmayo
de todas y cada una de
sus llaves.

Tu instinto de conservación,
tu amor a la vida,
tu poligamia con las nueve musas,
fueron tus carceleros.
Pero la leucemia,
pero su tropa de leucocitos,
pero su cuento de sí acabar,
asediaron los muros de tu carne joven.
Minaron de ganglios el campo de tu epidermis.

Y acabaron por ganarle la partida
a tus diezmados anticuerpos
y anémicos peones.
Para entonces, padre mío,
cuando la palabra cáncer
saltó de su sitio en el diccionario,
fueron inútiles
todas las transfusiones de esperanza...

6

Este recuerdolor que me apenumbra,
diseñala espectruras a mi miedo:
soslumbro un padredumbre fantasmado,
pleno de polvoraz y de gusambre.

7

Tu cadáver no es trono
demolido.
Si acaso es el vestigio
de un manicomio
donde tu propio pecho
fue camisa de fuerza,

barrera

de tus adentros.

Segado de zapatos

no tienes mundo.

Como cualquier segundo

descompuesto, parado

de puntas

sobre su inmueble,

en presente de muerte

te conjugas.

Eres ya lo que fuiste,

como apresado viento.

Mas el recuerdo

redime

lo que pescó la caña

de tu pluma:

voces, versos, preguntas,

esbozos de alas.

No eres trono

demolido.

Ni altar, ni calabozo.

Dios andante,

desfaciste tu sino:

mapa de polvo

júbilo para el hambre

de gusanos sin fondo.

Prólogo de recuerdo,

tu cadáver.

Mudez hecha de carne,

coágulos, tiempo.

Del sitio en que te veo,

de golpe algo te borra

con la goma

del silencio.

8

Vilano al viento.

Esquelético tallo.

Paso del tiempo.

9

Carrera de relevos, donde se halla convertida una musa en estafeta,

es ésta en que mi abuelo,

con mi padre,
y yo como heredero de la lira,
somos los tres Enriques,
las tres generaciones
de bardos
o de mentes
que enmarañan
el tiempo.

Mi abuelo tuvo el suyo: muchos días para hacer una antorcha y trasladarla
al hambre espiritual de otras dos manos.

Domesticó palabras como potros.

Ató a un endecasílabo

su pasión y su mente

y puso

sus secretos

en las sienas

del hijo.

Pero tú, padre mío, no pudiste testar a mi favor tu pentagrama.

Levantaste la mano con la antorcha,

buscaste que mis ansias la vivieran;

mas un aire, de pronto,

llegó, con su hoz en ristre,

a apagar
el remedio
de este sol
hecho en casa.

Alcé entonces la antorcha de mi abuelo para ver el cadáver de mi padre.

10

Jeroglífico del alma, tus facciones y tu rostro.

Y en tu lengua, que se postra frente al decir, ese salmo
hondo y alto como el olmo curvado por la siniestra
borrasca que lleva en ristre su furia contra tu yelmo.

Ya no sé si algo transcurre más allá de tus pestañas.

Miro el *no ser* en tus uñas. Y algo a tu tez baja y borra
tu dulzura en son de guerra, tu incinerarte en los leños
del delirio y sus campañas. Tu morir en pie de barro.

Viaje al padre y a su huella. Viaje a una pluma y su forma
de esculcar, en el enorme plexo de letras, lo bello.

Viaje al pesar que acribilla, cuando la anemia desarma
la intención, al pobre enfermo con la impotencia en que encalla.

Viaje al pesar y al tormento, salto al júbilo dañino
de esperanzas sin abono, sin porvenir, sin garganta,
donde ha salido triunfante, con su luctuoso veneno,
la fatiga de la mano sobre el porvenir de tinta.

11

Ni roto altar, sino prisión desierta... De los muros de carne desististe.
Pero no solamente te evadiste de las barras venosas, de la incierta
palpitación del pulso, de la oferta de segundos de más, de lo que insiste
en que el tiempo, el espacio y lo que existe no serán evasión ni cosa
muerta.

Cambiaste tu mazmorra por la puerta. Pero no solamente el paso diste
para arrojar amarras, sino fuiste capaz de ser el preso que deserta
de sí mismo, de su alma, de la huerta de lirios y vivencias donde existe
la identidad, el ente en que subsiste la ecuación de igualdad siempre
[despierta.

Mas, prófugo de ti, ya no te dura, sino el pueblo de ruinas de tu historia,
el suave rechinar de la memoria, tus restos que ennoblecen la basura
y el polvo que, muriéndose, murmura que no puede existir escapatoria.

Pero tu alma no está muda, destruida; bajo el estercolero de la nada

relampaguea en letras, reencarnada. Se encuentra para siempre detenida en el soplo de métrica y de vida que la hace eternidad encuadrada.

Apéndice

SEIS DÉCIMAS MAYORES SOBRE EL ROSTRO DE UNA MUJER

FRENTE

**Las galaxias, luceros y planetas
y también la expansión del mundo entero,
ocurren en tu frente, invernadero
de soles sedentarios y cometas.
No sé, con tanto estruendo, si respetas
mi voz agonizante. Me acongojo,
y me siento a la orilla de un despojo**

**sin piedad, cuando siento de repente,
en la cerrada curva de tu frente,
el promiso guiñar de un tercer ojo.**

OJOS

**En tu mirar me miro. Contemplada,
adviento que me ves y que te veo
espiándome este afán con que deseo
capturarte en la red de mi mirada.
Lo exterior se hace ausencia, se hace nada.
Nuestra forma de estar hipnotizados
sin cesar, con los límites borrados,
nos vuelve, en el peñasco del anhelo,
la doble encarnación de un solo vuelo,
los pronombres, amor, amancebados.**

NARIZ

**Estás entre los ojos y la boca
como una pincelada curvilínea
que levanta, impertérrita, la línea
del orgullo de un águila en su roca.
En tu par de orificios se coloca
un olfato que ejerce la excelencia
de conocer las flores por su esencia
y en que el pulmón, el fuelle de impacientes
respiraciones, filtra entre tus dientes
el ambiguo sabor de la existencia.**

BOCA

**Ni el beso, ni el suspiro, ni la risa
son la esencial criatura de la boca.
Son un lujo no más que los coloca
entre las variaciones que improvisa.
Lo esencial de tus labios, la premisa**

**para entender qué pasa cuerpo adentro,
son, mujer, las palabras, son el centro
de la lengua que, alada, va al oído
a pedirte que salga en estallido
un puñado de letras a mi encuentro.**

OREJA

**En este caracol ¿oye tu oreja
el salado vaivén y su apretada
sinopsis de la eterna marejada
que por igual acércase y se aleja?
o ¿estás sintonizando con la vieja
ilusión de escuchar algún indicio
del ancestral enigma, con el vicio**

**de escudriñar la entraña del arcano
para por fin tenerlo siempre a mano,
y no en la infinitud del precipicio?**

CABELLO

**El pelo no es tan rubio como el trigo
en la veta feraz de lo dorado.**

**Se diría más bien un desatado
río sobre los hombros o un testigo
del clamor de la piel por un abrigo.**

**Si en sus guedejas fórjase el decoro
para empañar los senos y si asoma
por accidente un pico de paloma,
no tarda en lloviznar su jaula de oro.**

